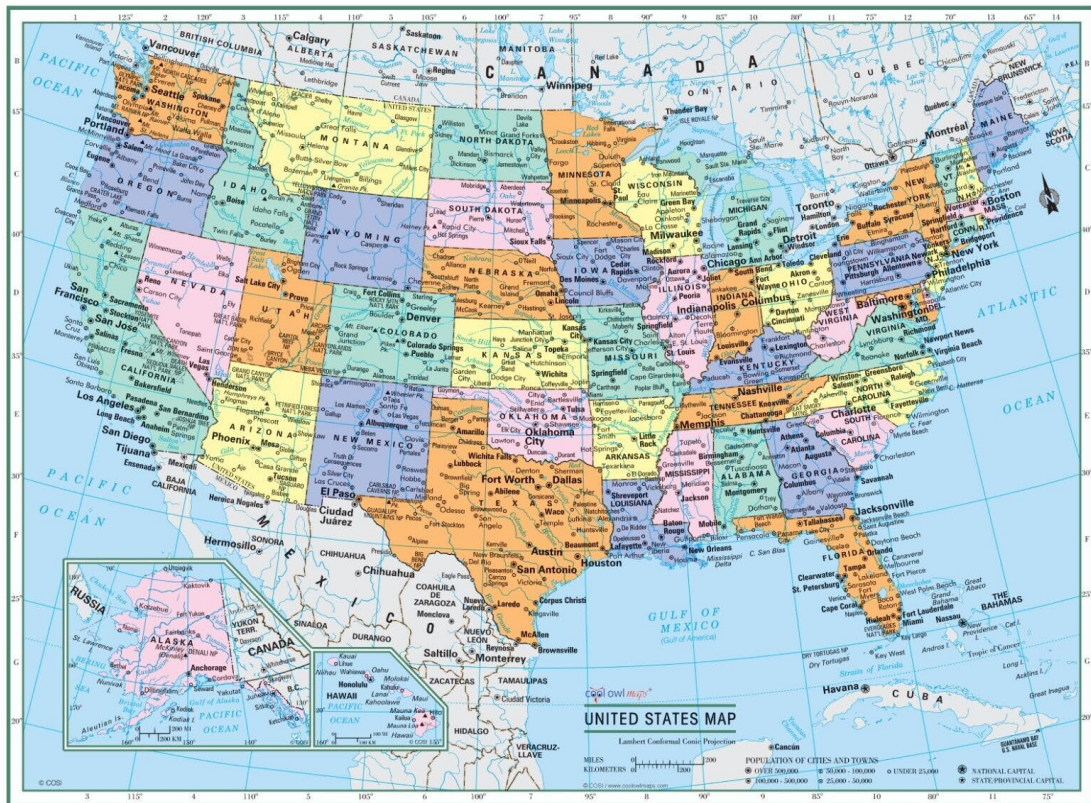


Una visita a California



P. José Mur

Contenido

I.....	1
II. En la parroquia de Santa Marta y “Cathedral High School”	4
III. En Mount Wilson.....	7
IV. Las antiguas misiones españolas	11
V. Las bibliotecas públicas	16
VI. La amistad por correspondencia. Sus beneficios.....	20
VII. El planetario del Observatorio, de Griffith Park.....	23
VIII. Otros centros de Cultura	26
IX. En la “Meca del Cine”, Hollywood.....	31
X. Preparando el regreso.....	36
XI. San Francisco	38
XII. Con el Padre Jesús García Prieto.	42
XIII. En el Observatorio Astronómico de Lick.	46
XIV. Rumbo al Este.....	50
XV. En Chicago.	53
XVI. Con los Padres Escolapios de Hungría y Polonia en Buffalo.....	57
XVII. New York, Buenos Aires.	60



El P. José Mur Cavero nació en Zaragoza el 16 de enero de 1903. Ingresó al postulanteado, y en 1919 hizo su primera profesión. En 1926 fue ordenado sacerdote. Al año siguiente fue enviado a Argentina, y allí permaneció hasta que en 1959 regresó a España. Fue destinado a Sos, y en 1961 pasó a Barbastro, donde terminó sus días en 1990.

Muy interesado por la ciencia y por todo lo norteamericano, pide permiso el 8 de noviembre de 1949 al P. General para cambiar sus vacaciones en España por un viaje de estudios a Estados Unidos. El P. Tomek se lo concede, a condición de que vuelva para el 15 de marzo, comienzo de curso. Y le nombra la existencia de una parroquia de Los Ángeles con escolapios para residir. El P. Mur hace el viaje, y el 25 de marzo de 1950 escribe al P. General

contándole su recorrido en USA: San Francisco. Observatorio de Mount Hamilton. Descripción de telescopios. Parque de Yosemite. Reno. Salt Lake City. Cheyene, Omaha, Des Moines, Chicago. Observatorio de Yerkes. Buffalo: conoció a los escolapios húngaros y polacos que acababan de llegar. Buena gente. Nueva York. Estuvo con el P. Antonio Rivarés, que establecía allí la casa de la Provincia de Aragón. Washington, Filadelfia. Recibe muy buena opinión de USA. Se ofrece al P. General como secretario para su visita, si va. El P. Tomek responde, agradeciendo las noticias, animándole a dar charlas. Le confirma en la idea de que debemos extendernos en USA.

Por lo que él mismo dice, también el P. Provincial Valentín Aísa le pidió que escribiera sobre su viaje, y ese es el texto que reproducimos a continuación, y que se encuentra en nuestro Archivo Provincial, sección Aragón, caja 27, 6. Para un viajero de Argentina (o de España) en aquella época, era sorprendente todo lo que descubría en Estados Unidos, sobre todo si se trataba de un hombre curioso, como el P. Mur.

Señalo que, excepto las dos fotos en que aparece él (sueltas en el manuscrito), las demás las he tomado yo de internet.

José P. Burgués

UNA VISITA A CALIFORNIA

**Everything comes to the man, who waits.
Strike, while the iron is hot, before it gets cold and hard.
(Todo llega al que espera.
Machaca en caliente, antes que se enfríe y endurezca.)**

I.

A instancias del muy Reverendo P. Valentín Aísa, actual Prepósito Provincial, y deseando contribuir con este mi pobre granito de arena al acervo común científico-literario de nuestra querida revista "Horizontes Calasancios", voy a dar principio a una serie de artículos de carácter meramente descriptivo, no aspirando jamás a desempeñar el papel de crítico, ya que la brevedad del tiempo que pasé en esa región me impidió apreciar otros detalles que otro espíritu más sosegado que el mío no lo hubiera pasado por alto. Con respeto pido únicamente a mis lectores buena voluntad, sobre todo al lector "calificado", si me hace el honor de concederme

eso que los ingleses llaman “time is gold”, el oro precioso del tiempo, tan estupendamente distribuido y mejor organizado en Norteamérica.

No pienso decir nada de extraordinario; aspiro tan solo, como buen religioso, a cumplir mi palabra comprometida a las frecuentes insinuaciones de mis Superiores. Ojalá que estas mal pergeñadas líneas llenen su finalidad y despierten nuevos aspirantes entre mis compañeros, pues reconozco que Norte América, con todos sus grandes efectos, es un país digno de ser visitado. La impresión que deja en el espíritu es sana y su recuerdo difícilmente se borra de la memoria. Me refiero a la Norte América de puertas adentro.

X-X-X

Era el día 15 de diciembre del pasado año [1949]; acababa de terminar los exámenes. El tren partía a las ocho y media. En el camarote tuve la suerte de verme acompañado por un antiguo alumno del Colegio de Santo Tomás, Francisco Blanco Dávila, que me recordó con todo cariño a los beneméritos Padres Rogelio Lafiguera, Mateo Miguel, etc.

Como mi destino era la ciudad de Los Ángeles, California, traté de aprovechar la oportunidad que me brindaba “El Interamericano” y que me facilitaba el conocimiento de algunas repúblicas latinas (Chile, Perú, Panamá y México), aunque fuera superficialmente, más tropecé con una dificultad insalvable, que fue la obstinación del cónsul de México al no querer darme la visa del pasaporte, supuesto que mi nacionalidad de origen era española. En vano le aduje que era argentino naturalizado, que había ejercido muchas veces mis derechos cívicos; que precisamente efecto de eso, al presentarme en el año 1938 en España, me limitaron oficialmente la permanencia en el propio país de origen, etc. No hubo caso, tenía de su gobierno órdenes estrictas que cumplir y por nada de este mundo daba el brazo a torcer. En la compañía Panamerican World Airways encontré a un simpático empleado con quien estuve haciendo combinaciones para ir por otra ruta, siendo una de ellas bajar en Miami y desde allí ir en vuelo directo a Los Ángeles. Aquella misma tarde, 20 de diciembre, cancelé mi pasaje. La compañía se comprometió a buscarme avión desde Miami a Los Ángeles.

El día 21 de diciembre a las 11 de la mañana, en “El Interamericano”, magnífico cuatrimotor, alcé vuelo rumbo a Santiago de Chile, cruzamos la cordillera frente al Aconcagua y a la famosa Laguna del Inca. La visibilidad fue completa durante todo el trayecto. De Santiago partimos para Antofagasta, a donde llegamos a las cuatro y media. El campo está situado a 27 km de la ciudad. Se ve que aquello es provisorio; la comida a bordo, buenísima.

De Antofagasta nos dirigimos a Lima, anunciándonos la llegada como a eso de las ocho y media. Pocas veces había visto panorama tan variado y tan estupendo. Era ya la tardecita y estaba iluminada la ciudad; el centro parecía una verdadera ascua. Ofrecía la particularidad que el contorno de la ciudad está bien definido, como lo demostraba la iluminación. El aeródromo soberbio, un edificio colosal de siete pisos, el hall de enormes proporciones, el comedor a todo lujo. A través del micrófono se me llamó para anunciarme que la compañía ya me había procurado pasaje en Miami en la compañía. Delta Line, pero que probablemente tendría que tomar otro avión en Dallas en la American Airlines, como así fue. Alzamos vuelo para Panamá, a donde llegamos a las dos y media de la mañana. Hacía más bien calor, aunque buena temperatura. Proseguimos vuelo a las tres y cuarto, y fue entonces cuando tuvimos un poco de movimiento hasta que llegamos a Miami a las siete y media, por encima de un mar de nubes.

El aeropuerto de Miami es un verdadero enjambre de aviones, punto neurálgico entre las tres Américas. Me llamó la atención el servicio de las compañías, rodeando de comodidades a sus empleados y pasajeros. Estando observando unas tarjetas que quería comprar, se me acercó un

agente del Servicio Secreto del Estado, quien, enseñándome su placa de identidad, me exigió la documentación. Francamente, al reconocer mi persona me pidió disculpas; yo le dije de inglés que no había hecho sino cumplir con su deber. Nos dimos la mano y se despidió.

A las 11 de la mañana alcé vuelo desde Miami en un avión de la Delta Line. Hicimos escalas en Jacksonville, Atlanta, Birmingham, Jackson y Dallas. Aquí tuve que cambiar de nuevo en otro avión de la American Airlines. Era otro cuatrimotor gigantesco, pero que iba medio vacío. Continuamos vuelo e hicimos escala en Tucson y Phoenix, llegando a Los Ángeles a las dos y media de la mañana del día 23 de diciembre.

La extensa superficie salpicada de luces, semejante a un inmenso tul con diamantes, demuestra que allí se agita a un nuevo mundo. Es que los Ángeles, en su extraordinaria capacidad expansiva, ha asimilado a sus numerosos vecinos (Barnes City, Beverly Hills, Burbank, Culver City, Hollywood, Palms, Westwood, Van Nuys, Alhambra, Belvedere, Glendale, Huntington Park, Maywood, Pasadena, Vernon, etc.)

Por no molestar en la parroquia a esas horas tan intempestivas, me fui al Georgia Hotel para descansar de mi larguísimo viaje, esperando que se hiciera de día para fijar mi nuevo domicilio durante mes y medio en nuestra parroquia de Santa Marta. Así lo hice llegando a las 8:00 h de la mañana.

Resumiendo, diré que la compañía “Pan American” me llamó la atención por su perfecta organización y trato esmerado a sus pasajeros, el espléndido servicio a bordo, la atención del “Purser”¹ en el trayecto de Panamá a Miami; gracias a él pude solucionar alguna dificultad, tanto en la aduana norteamericana como en la misma compañía; el interés que se tomó por mi persona no abandonarme ni un momento hasta que llegué a destino. Por eso, si desea viajar con seguridad y confort, viaje en el “Interamericano”.

X-X-X

¹ Sobrecargo (Nota JB)

II. En la parroquia de Santa Marta y “Cathedral High School”.



Eran las 8 de la mañana del día 23 de diciembre cuando llegué a nuestra parroquia de Santa Marta.

En la gran Avenida Vernon 2324, al Este, detrás de unos arbolitos, medio se oculta una casita que, aunque sencilla por fuera, está llena de comodidades que hacen muy grata su permanencia. Es la casa parroquial de Santa Marta, estando la iglesia del mismo nombre, situada a unos 200 metros. Está regentada por el Rvdo. Padre Enrique Poblá, Escolapio, perteneciente a la Provincia de Cataluña. Celoso sacerdote y ejemplar religioso, es muy querido por todos sus feligreses, que lo aman como un verdadero padre y amigo. En los pocos años que lleva de párroco, a costa de grandes sacrificios personales, ha puesto su pequeña iglesia a la altura de las circunstancias. Nada falta de lo pertinente al culto y todo

esmeradamente cuidado y limpio, como una taza de plata. Es digna de todo encomio a su labor en ese sentido. Lo mismo se puede decir de la casa parroquial, vive solo con un gato que cariñosamente llama “Pinocho”, y este parece comprender, contra lo que comúnmente se dice, el afecto que le tiene, pues por allí no se ve ni un solo roedor, a pesar de que la casa está rodeada de fábricas.

También en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe vive el Rvdo. Padre Salvador Pascual, desempeñando el cargo de Teniente-Cura. Y en Pasadena, el Rvdo. Padre Antonio Bargalló, ambos igualmente sacerdotes escolapios, pertenecientes a la Provincia de Cataluña. Por último, los Rvdos. Padres Esteban, Geréncser, Luis Mesko y Francisco Rozsaly, pertenecientes a la Provincia de Hungría, y que las terribles circunstancias de la guerra obligaron a emigrar de su patria, al igual que a tantos religiosos. Estos seis buenos religiosos Escolapios viven ahí, en esa inmensa ciudad de Los Ángeles; a todos los visité, agradeciendo cordialmente sus atenciones y recordándolos desde estas páginas con todo cariño de hermano, rindiéndoles en esa forma un tributo de admiración.

En esta parroquia de Santa Marta en Los Ángeles, estuve mes y medio, y tuve la oportunidad de conocer algunos de sus centros de cultura, el hermoso planetario en el Griffith Park, las dos Universidades, el famoso Observatorio de Mount Wilson, la gran Biblioteca Nacional, el Museo de Los Ángeles y California, situado cerca del imponente Coliseo donde se celebró años pasados una de las Olimpiadas. También conocí, gracias a la gentileza de mi gran amigo Mr. Elvis Faith, norteamericano, “pen-friend” de hacía varios años y que tan espléndidamente puso a mi disposición su coche, gran parte del sudeste y norte de California, y gracias también a la liberalidad del joven norteamericano Sr. Óscar Valenzuela y familia y sus amistades, en particular

la cultísima Srta. María Emma Ruelas, conocí el oeste de la región, y en especial San Juan Capistrano. De todo ello pienso hablar a su debido tiempo.

Volviendo, pues, a nuestra parroquia de Santa Marta, os diré que, como aquellos días eran de Navidad, el P. Pobla preparó un lindísimo Belén con la cooperación de algunos de sus feligreses. El día 25, a las 6 de la mañana, hubo un tiernísimo acto religioso: el de la presentación del Divino Infante al sacerdote en el altar. Dieciséis jóvenes ricamente ataviadas y vestidas de blanco en religiosa formación precedían a la joven Dorita Contreras, que llevaba en sus brazos al Niño Jesús, recibéndolo yo mismo en el altar antes de empezar la Santa Misa, mientras en el coro delicadas voces entonaban el tan popular villancico “Silent Night”. Jamás olvidaré aquella escena tan conmovedora, y una vez más felicito al P. Pobla por tan feliz idea. A las 10 hubo misa cantada; El coro de la parroquia interpretó magistralmente la Misa segunda pontifical de Perosi, que me hizo recordar mis años de juventud, cuando en el año 1928 preparé la parte correspondiente a los niños en el Colegio de General Paz. El día primero de año también hubo Misa cantada, haciendo constar que en todos los domingos el coro interpreta hermosas composiciones, cooperando así al entusiasmo y celo del buen P. Pobla. Me he extendido en todo esto para testimoniar al P. Pobla mi gratitud, y no quiero descender a detalles por no herir su modestia. Siempre recordaré ese humilde rincón de la parroquia de Santa Marta 2324, East Vernon, Los Ángeles, II.

El día 3 de enero, terminadas las vacaciones de Navidad, inicié un cambio completo de vida. Deseoso de poder practicar y oír hablar en inglés, solicité permiso de la Dirección del “Cathedral High School” para asistir a las clases. Estas instituciones escolares son para alumnos que ya han terminado los 8 grados de enseñanza primaria, y tienen un gran parecido a nuestro Bachillerato, si bien, al menos al que yo asistí durante mes y medio, son de una amplitud bastante inferior al mismo.

Ubicado el “Cathedral High School” en 1253, Bishop’s Rd., depende de la Curia Arquidiocesana de Los Ángeles, y su dirección está confiada a los Hermanos de San Juan Bautista de La Salle, siendo director el H. C. Williams. Allí conocí al H. Julio, español de la provincia de Asturias. Es muy popular entre el alumnado, pues lleva en Norteamérica arriba de 35 años, y ha sido varias veces Director de otros Colegios, entre ellos el que tienen en San Francisco de California, 995 Franklin St. Nos hicimos muy amigos, y con toda emoción recuerdo otras atenciones recibidas por tan distinguidos religiosos, que con tanto entusiasmo han consagrado su vida a la educación de los niños.

Ese Colegio comprende 4 años: en el primer año (llamado sus alumnos “freshmen”) estudian inglés, español, álgebra, historia antigua y religión. En el segundo (llamados sus alumnos “sophomores”) estudian inglés, español, geometría plana, historia moderna y religión. En el tercer año llamados sus alumnos “juniors”), estudian inglés, química con prácticas de laboratorio, al menos con 35 experimentos personales, geometría del espacio, civics (algo parecido a nuestra instrucción cívica, pero superior en el fondo) y religión, y por último, en el cuarto (llamados sus alumnos “seniors”) estudian inglés, historia americana, física con gabinete con 45 experimentos personales, trigonometría y religión. Aquí esto es lo básico y obligatorio, pudiendo añadir otras materias. Como se ve, al estudio del inglés se le da mucha importancia para conocer bien su propio idioma. Yo asistí a dos clases de álgebra dictadas por el profesor Mr. White, a una de religión dictada por el H. Eduardo, cuyas hermosas lecciones expuestas con tanto celo y alto espíritu religioso, conmovían realmente a sus alumnos, que lo querían de corazón, y por último, a la clase de español, pero dictada en inglés. Estaba a cargo del H. Julio y se desarrollaba en un ambiente verdaderamente familiar. Antes de empezar las clases se decían

las preces de reglamento en inglés, por supuesto, iniciándoles con el “let us remember that we are in the holy presence of God” (acordémonos que estamos en la santa presencia de Dios); se hacía una pequeña pausa y después se continuaba el resto del rezo. A mediodía, se rezaba el Ángelus en inglés. Las dos primeras clases eran seguidas, vale decir, no había recreo entre ellas. El único descanso de 15 minutos era después de la segunda clase para jóvenes y profesores; el horario era continuo. Gran parte del alumnado venía en bicicletas y motonetas, que las dejaban en la calle sin que a nadie se le ocurriera tocar nada. Había alumnos que venían de 50 km de distancia. Otros muchos acudían en sus autos particulares con varios amigos.

Las aulas de la clase, bien ventiladas y con calefacción central, aunque esto es común a todos los hogares, incluso los más pobres. Buenos patios de recreo. Tenían una magnífica cancha para fútbol, con una gradería espaciosa. Un hermoso gimnasio era el complemento de la educación física. Este gimnasio era también usado cuando todo el Colegio estaba citado para ensayos, instrucciones, etc., y sobre todo para la Santa Misa que oían todos los alumnos en los viernes, último día de semana escolar, pues en Norte América los sábados no se trabaja.

Los 750 alumnos, que tal era el número, se reunían en el gimnasio convertido en oratorio para oír la Santa Misa. Uno de los alumnos dirigía a través del micrófono, con verdadera unción de piedad, el rezo que todos los demás seguían. Después, pausadamente, con un espíritu de religión admirable, al llegar a la comunión desfilaban por la Santa Mesa para recibir el Pan de los Ángeles, casi todos ellos con las manos juntas delante del pecho. Lo confieso de corazón: la compostura exterior, el silencio absoluto que allí reinaba, la presencia de todos los religiosos, sin faltar uno, y de los profesores seculares, el paso modesto y tranquilo de los comulgantes, comunicaban al ambiente un aspecto de religiosidad que realmente emocionaban. No quiero decir lo que pensaba en mi interior; confieso solamente lo que puede una Comunidad de religiosos bien unidos y con santa observancia, aun cuando no sean sacerdotes... ¿Y si además hubiera sido sacerdotes...? Tengo que decir que, al llegar al Evangelio, el capellán, que era a la vez director de otro colegio para los niños del popular barrio chino (dos veces tenía que cruzarlo yo todos los días para ir al Cathedral High School) se volvía a los alumnos y les explicaba el Evangelio del día. Además, antes de salir del gimnasio, el H. Director hacía sus advertencias, y si alguno había cometido alguna infracción, lo mandaba a Secretaría.

Lo dicho era por la mañana a las 9. Por las tardes del mismo viernes, en otro marco con distinta decoración, pero en el mismo gimnasio, se celebraban los acostumbrados juegos de basketball (mens sana in corpore sano). Bien lo sabían aquellos buenos religiosos, y mejor lo cumplían. Si la sana y franca alegría es propia de juventud sana y educada, tal esparcimiento reinaba en el torneo de la noche. El piso de madera lustradísimo; las galerías colmadas de juventud de ambos sexos, pertenecientes a ambos colegios de los contrincantes; de vez en cuando, en los intervalos salía al frente de los partidarios, tres jóvenes y tres niñas a cantar y entusiasmar la “barra” con estribillos característicos según la altura de juegos. Me gustó la corrección impecable de ambos jóvenes. Sus jueces eran extraños al colegio, la justicia ejemplar, que públicamente se manifestaba en un reloj de grandes dimensiones que marcaba los tantos de cada bando. El acto era amenizado por la banda del colegio, todos ellos alumnos. Salí encantado del conjunto y volví a verlo cuando jugaron con los alumnos del High School de los PP. Jesuitas, que ya antes había visitado. Era un ambiente juvenil, lleno de alegría y colorido y saturado de todos los encantos de la edad.

Antes de terminar esta breve relación en la que “inniquis coactus spatiis” dejo muchos detalles, quiero rendir un nuevo tributo de gratitud a todos esos buenos religiosos, a su Director, el H. Williams, al ejemplar maestro H. Eduardo, al profesor Mr. White, y por su amistad y simpatía a

mi paisano el H. Julio (Brother Julius, como allí se le llama), que gracias a él se me daba al mediodía el sustento cotidiano, después de haber llenado mi espíritu por la mañana de sus sabias instrucciones en inglés.

Jamás, jamás, jamás olvidaré a mi querido “Cathedral High School”, dirigido por los beneméritos Hijos del gran La Salle. Dejé constancia de esos sentimientos en una carta escrita en inglés a su digno Director y Comunidad, regalándoles además a cada uno una gran estampa de San José de Calasanz en la que escribí al pie la siguiente inscripción: “Asking for you the blessing from on High”.

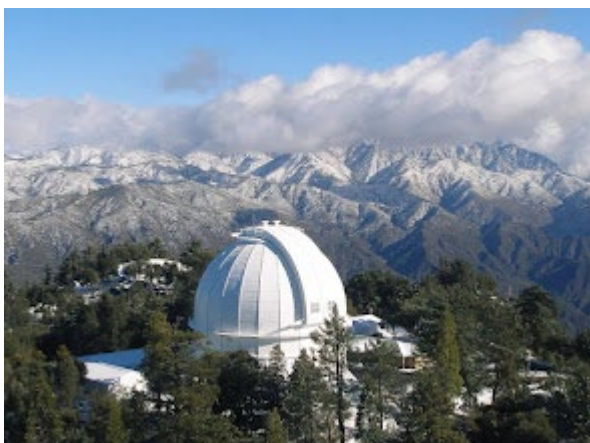
X-X-X

III. En Mount Wilson

Al iniciar el presente artículo, siento en mi espíritu una verdadera lucha entre la parte afectiva y la intelectual, entre el corazón y la mente, pues al recordar en mi diario todas las maravillas y medios de que dispone la ciencia en ese formidable centro de cultura cosmográfica que con mis propios ojos presencié en Mount Wilson y sus oficinas en el Instituto de Tecnología en Pasadena, me preguntó: ¿quién era yo para que se me concediera el honor de poder entrar en esos lugares cuyo acceso al público es tan solo permitido hasta las paredes del edificio, para contemplar, a través de un punto de observación, algunos de sus secretos? Porque sabed, queridos lectores, que está terminantemente prohibido la entrada a personas ajenas a ese organismo científico, y de esto era yo el primero que estaba convencido, resignándome a formar parte de la “cola” para esperar el turno. En vista, pues, de mi pobreza personal y de la brevedad del tiempo de que disponía para abarcar todos los puntos de interés que llevaba tiempo ha programado, acudí a las autoridades del Observatorio Nacional de Córdoba presentándoles mi situación. Varias veces había visitado con mis alumnos de quinto año este observatorio; el año pasado también estuve en el Observatorio Astrofísico de “Bosque Alegre”, a 50 km de Córdoba, oficialmente inaugurado en 1942 con la asistencia del Presidente de la República, Dr. Ramón S. Castillo, y el Ministro de Instrucción Pública, Dr. Guillermo Rothe, para ver el magnífico anteojo reflector de 1,50 m. de diámetro. En sí considerado y por la estupenda ubicación, no tiene que envidiar a los de su clase que yo vi en Norte América. Lástima que el camino que conduce al mismo no disponga de las comodidades de aquellos, ya que su ascensión es peligrosa, sobre todo para grandes vehículos.

El Observatorio Nacional de Córdoba es atendido por personal técnico de primera categoría. Uno de ellos es mi viejo amigo el Sr. Martín Dartayet, de vastos conocimientos astronómicos, sobre todo en el estudio de las “estrellas enanas blancas”. Le expuse mi proyecto y fui presentado a su director interino el Dr. Ricardo Platzeck, quien en nombre de la institución me entregó un valioso documento en inglés, haciendo presentación de mi humilde persona como profesor de matemáticas y cosmografía en un Colegio de esa ciudad. Me fue de gran utilidad para el Observatorio del Lick en San Francisco de California. De ello hablaré a su tiempo.

Otra recomendación verdaderamente valiosa y que me abrió de par en par las puertas de la insigne institución “Mount Wilson” en Los Ángeles y las del Observatorio de Yerkes en Wisconsin, pero anexionado a la Universidad de Chicago, me fue otorgada por el doctor Jorge Sahade, profesor de la Universidad de Córdoba y doctor en Ciencias Astronómicas y conexas. El Dr. Jorge Sahade ha estado varios años en estos centros de cultura, donde se le recuerda con tanta simpatía; me entregó una carta para el Dr. Roscoe F. Sanford, tan sencillo como sabio, que a pesar de sus años, continúa vinculado a Mount Wilson y la otra para el joven mexicano Sr. Münch Guido, que está por doctorarse en Yerkes.



Estuve en Mount Wilson dos veces, pero con distintos resultados. El día 25 de diciembre salí por la tarde en el auto de la familia Chaveras, de nuestra parroquia de Santa Marta. Llegamos allí un poco tarde, de suerte que no se podía ver ni lo que al público en general se le permitía. cierto que el paseo fue espléndido, pero me volví bastante contrariado ante mi primera salida. A Dios gracias, no hay mal que por bien no venga.

El día 31 de diciembre salí de casa con el Sr. Óscar Valenzuela, simpatiquísimo joven de nuestra parroquia, y nos dirigimos a Pasadena por el magnífico “speed way”. Es una ciudad de clima ideal, edificación de buen gusto, de aspecto risueño. La calle Colorado estaba ricamente engalanada Para el “Rose Parade” del 1 de enero, la fiesta de las Flores. Saludamos al P. Antonio Bargalló, escolapio, quien nos orientó hacia el Instituto de Tecnología.

El hermoso Instituto de Tecnología de Pasadena, honor de California, consta de varios cuerpos de edificios según la especialidad, pero distribuidos de tal modo que forman hermosos patios interiores, donde se alzan simétricamente plantados grandes cipreses. Allí pregunté por el Dr. Roscoe F. Sanford, quien, avisado por teléfono, no tardó en presentarse. Eera un caballero de edad, alto, sencillo, como todos los hombres de ciencia. Le presenté las cartas de recomendación del Dr. Jorge Sahade y la del Observatorio, de Córdoba, que ya conocía de años pasados. Inmensa fue su alegría. Ni que decir tiene que se puso a mi entera disposición.

Las grandes oficinas de Mount Wilson están próximas al Instituto de Tecnología. Me enseñó dos observatorios particulares, que ahora ya están anexionados a Mount Wilson; la hermosa biblioteca de más de 20.000 volúmenes sobre materia científica del ramo y anexos únicamente; en aquellos inmensos sótanos pudimos ver el molde donde se fundió el gran espejo de 100 pulgadas (2,50 m) de diámetro para el anteojo reflector de Mount Wilson. Era aquello un enorme taller con infinitas dependencias, tanto para el trabajo manual como intelectual. Aquellas inacabables cintas de papel, donde estaban ampliadas las distintas clases de espectros estelares, para conocer la aproximación de las estrellas hacia la tierra o su alejamiento, mediante

el corrimiento de las rayas del espectro; nos mostró diversas fotografías del Sol, haciéndonos ver la importancia de la cámara fotográfica aplicada a la astronomía, ya que se puede impresionar un elemento de un cuerpo sin que aparezcan los demás, llegando por ese procedimiento a conocer la misma naturaleza, etc. Con tan distinguido sabio estuve como cinco horas, que bien valía la pena haberlas prolongado, pero tenía cansarlo; me presentó a otros



colegas suyos, por los cuales adiviné el gran ascendiente que tiene el Dr. Sanford en esta ilustre entidad científica, a donde acude todos los días, a pesar de estar jubilado, contribuyendo así con su trabajo personal a ampliar el horizonte de la ciencia. Sacó una foto de mi persona y después mi compañero Óscar Valenzuela nos sacó a los dos, prometiéndome después que me recomendaría a los astrónomos que estaban de turno en Mount Wilson, ya que eran amigos suyos. Pasadena dejó en mi espíritu un recuerdo imborrable; nunca olvidaré el Instituto de Tecnología de Pasadena.

Nos convenimos con el Dr. Sanford el día y hora para visitar Mount Wilson. El 7 de enero a las 2 de la tarde fue la hora convenida para volver por segunda vez a Mount Wilson. Después de lo de Pasadena, tenía conciencia que el resultado sería diametralmente opuesto a la primera vez, como así sucedió.

¡Mount Wilson! Verdadera sinfonía de la ciencia astronómica arteria segura de comunicación entre nuestro humilde planeta y esos mundos que nos rodean... está situado en las montañas de Sierra Madre, a unos 50 km de Los Ángeles. Es el observatorio más completo y visitado de Norteamérica, pues, además del estímulo científico, tiene enormes atractivos por sus comodidades (hotel del mismo nombre, correo, restaurante, televisión, etc.), sus magníficos paseos, anchos caminos de macadam hasta la misma cumbre, bordeados de pinos y fragantes cedros, naturaleza salvaje donde habitan en estado natural ciervos, venados, ardillas y una gran variedad de pájaros, que se acercan al visitante para recibir la comida de la propia mano... Ubicadas sus instalaciones a 1675 m sobre el nivel del mar, se divisa un panorama espléndido. Sesenta localidades entre ciudades y pueblos están a su alcance, una gran porción del Pacífico con las siluetas de las Islas Santa Catalina y San Clemente. Por la noche, la emoción que se experimenta ante aquel mar de luces que se pierden en el horizonte, es indescriptible.

El Observatorio está equipado con dos torres-telescopios solares de 30 m y 24 m respectivamente de altura, que dan imágenes de 43 cm y 15 m de diámetro respectivamente. Las torres-telescopios están provistas de poderosos espectrógrafos, espectrohelióscopios y espectroheliógrafos. Posee dos telescopios reflectores gigantes con espejos de 2,50 m y 1,52 m de diámetro respectivamente, para el estudio de cuerpos celestes en base a fotografía directa, fotometría o mediante el uso de espectrógrafos. Un gran interferómetro para calcular los diámetros estelares, como también otros muchos instrumentos más chicos, como el telescopio reflector de 20 pulgadas y dos telescopios refractores de 16 y 6 pulgadas y bolómetros. Todos estos instrumentos para observación solar y estelar cuentan con personal suficiente para utilizarlos durante todo el tiempo en que la observación es posible, tiempo que alcanza a 300 días por año para el trabajo solar y a más de 200 noches para el trabajo estelar. El trabajo diario

de observación solar consiste en fotografías directas del Sol; espectroheliogramas en escala grande; espectroheliogramas en escala pequeña, tomados alrededor de uno cada seis minutos durante varias horas y registrados automáticamente sobre película cinematográfica, y determinación de la polaridad magnética de las manchas solares. Son objeto de observaciones especiales extraordinarias actividad de las manchas, protuberancias o destellos del Sol.

En un hermoso trabajo sobre “Actividades astronómicas del observatorio de Mount Wilson” por el Dr. Roscoe F. Sanford, y que fue traducido del inglés por Jorge Sahade, se hace una extensa relación de la intensa vida científica que allí se desarrolla. El mismo Dr. Sanford me obsequió varios ejemplares. Es un estudio lleno de erudición y sabiduría, que nosotros los profanos nos contentamos con admirarlo, y pensar en la labor dura y silenciosa que, mientras la mayoría de los mortales cómodamente descansa en sus lechos, estos hombres, héroes de la ciencia, a altas horas de la noche, con las consabidas molestias de los rigores de la intemperie, arrancan al cosmos sus secretos, poniendo a nuestro alcance nuevos mundos desconocidos.

El Sr. Óscar Valenzuela se ofreció a llevarme a Mount Wilson. Estando esperando en el hotel, llegaron los Dres. William C. Miller Y Rafael E. Wilson, astrónomos de turno y amigos del Dr. Sanford. Primero me acompañaron a ver la torre telescopio solar, a cargo del Dr. William; era la mayor, la de 50 metros. Pude ver con toda claridad las manchas solares en aquella imagen de 43 cm. Nos enseñó también otras fotos del mismo, pues todos los días hacen observaciones. La pequeña “casita” en la parte superior de este telescopio solar, el más grande del mundo, contiene un sistema de dos espejos uno de ellos está sujeto a un helióstato, que sigue la marcha del sol a través del cielo. A su vez, estos espejos reflejan la imagen del sol a la parte inferior, punto de observación. Antes de irme dejé constancia de mi visita firmando en el álbum de profesores visitantes.

El Dr. Rafael E. Wilson nos acompañó después a su telescopio reflector de 60 pulgadas, o sea, de 1,50 metros de diámetro y después al de 100 pulgadas, o sea, 2,50 de diámetro. Como dije antes, acá en Córdoba, en la estación astrofísica de Bosque Alegre, tenemos un anteojo reflector de 60 pulgadas, único en su clase en el Hemisferio Sur.

El anteojo de 100 pulgadas de Mount Wilson, terminado en 1918, ha contribuido más que ningún otro al avance astronómico de la ciencia. Siendo 250.000 veces más sensible que el ojo humano, ha penetrado en los espacios interestelares la distancia de medio billón de años luz (año luz es la distancia recorrida por el rayo de luz durante un año a la velocidad de 300.000 km por segundo). El armazón del telescopio y la montura pesan 100 toneladas, que se balancean fácilmente movidos por la fuerza de un motor de 3 caballos. El espejo de 100 pulgadas de ancho y 13 y media de espesor, pesa 4 toneladas y media. La cúpula que contiene este “monstruo de óptica” tiene una altura de 33 metros y 30 de ancho. Pesa 750 toneladas. Desde un pupitre con un combinado de botones se mueven eléctricamente anteojo y cúpula, como tantos otros adminículos de protección. Junto al telescopio hay un asientito que se le va por el aire para comodidad del observador, a fin de conocer los espectros estelares. Hasta allí mismo fui invitado a subir, mientras veía que el público debía contentarse con observar de lejos y a través del vidrio de las ventanas. Por eso dije que no había mal que por bien no viniera, cuando fracasé en mi primera salida.

El Observatorio de Mount Wilson ha sido durante muchos años el centro más importante de las quince sucursales de la institución Carnegie de Washington, que hoy administra el fondo de 30 millones de dólares, engrosado por la herencia del último Andrés Carnegie. Así reza una de las cláusulas: “For the purpose of encouraging, in the broadest and most liberal manner,

investigation, research and discovery and the application of knowledge the Woods to the improvement of mankind”.

No quiero terminar este artículo sin dejar testimonio de mi inmensa gratitud a las autoridades del Observatorio Nacional de Córdoba, entre ellos a mis buenos amigos el Sr. Martín Dartayet y Dr. Jorge Sahade, que gracias a su influencia repito, sin ningún mérito mío personal, recibí tantas y tan grandes atenciones en ese admirable templo de la ciencia astronómica. Igualmente, a mi buen amigo el Sr. Óscar Valenzuela, por su aporte valioso personal a fin de facilitarme los medios de movilidad.

Muchos otros observatorios se han construido, pero... Mount Wilson siempre será Mount Wilson.

X-X-X

IV. Las antiguas misiones españolas

Quienquiera que haya visitado la hermosa capital de los Estados Unidos, Washington, al salir de la estación y cruzar frente a ella el espacioso parque, inadvertidamente le llamará la atención un edificio de enormes proporciones, pero de muy buen gusto, coronado por una gigantesca cúpula: es el Capitolio. Centro neurálgico del civismo y democracia norteamericana, diariamente es visitado por naturales y extranjeros para contemplar los recuerdos de su historia y admirar modelados bien en bronce o en delicados mármoles esos insignes próceres que dieron vida a su Patria, como también aquellos sacrificados misioneros que, con la cruz en su diestra y el fuego del amor divino en su corazón, llevaron a miles y miles de infieles a la luz la redentora del Evangelio. Entre estos últimos pude ver en una de aquellas son rotondas la hermosa estatua en bronce dedicada por el Estado de California al inmortal misionero español Fray Junípero Serra.



Natural de Petra, Mallorca, ingresó en la orden franciscana a los 17 años. A los 36 años fue trasladado a México, desembarcando en Veracruz. Con la expulsión de los Jesuitas de los dominios de España, los Franciscanos se hicieron cargo de las misiones de aquellos. A Serra le confiaron una misión compuesta de 16 religiosos, estando él a la cabeza. Al serle notificada esta decisión, no pudo hablar de pura emoción. Era el sueño que acarició toda su vida. Contaba a la sazón 56 años y ya desde su niñez su anhelo había sido imponer la fe de Jesucristo en apartadas regiones.

Después de no pocas peripecias, divisaron la Bahía de San Diego e hicieron alto el 14 de mayo de 1769 en un lugar al que llamaron del Espíritu Santo, y que está precisamente en la frontera que separa los Estados Unidos de México. El 16 de julio siguiente fundó la misión de San Diego, “piedra angular de la civilización en California”, como escribió el americano Jackson. En esa fecha memorable, Fray Junípero Serra, asistido por el primer Gobernador, D. Gaspar Portola y por Fray Fernando Parrón, realizó la ceremonia de la bendición de la cruz, que fue levantada sobre la mesa desde la cual se veía el océano. También bendijo los valles, las montañas y demás parajes agrestes. Con este sencillo ceremonial quedó proclamado aquel lugar tierra de Cristo y Carlos III, Rey de España. Mucho sufrieron aquellos primeros padres por parte de los indios que no comprendían español, a pesar de que les proporcionaban alimento, vestido y comodidades. En estos últimos años ha sido restaurada esta primera misión, que tanto sufrió por parte del elemento indígena.

Esta misión de San Diego, fundada por Fray Junípero Serra, fue el primer eslabón de la cadena de misiones establecida a lo largo de la costa de California, siendo el último la de San Francisco Solano, un poco más al norte del actual San Francisco. Entre estas dos misiones se levantaron las siguientes: San Carlos Borromeo, San Antonio de Padua, San Gabriel, San Luis Obispo, San Francisco de Asís o Dolores, San Juan Capistrano, Santa Clara de Asís, San Buenaventura, Santa Bárbara, La Purísima Concepción, Santa Cruz, Nuestra Señora de la Soledad, San José, San Juan Bautista, San Miguel Arcángel, San Fernando Rey, San Luis Rey, Santa Inés y San Rafael. De estas 21 misiones, 9 fueron fundadas personalmente por Serra. En las otras se distinguieron los Padres Fermín Lasuén, Esteban Tapia, Vicente Sarriá, José Altamira y el P. Palou.

En algunas de ellas, la pátina del tiempo, debido a lo endeble de la construcción, se cebó implacablemente. Otras, como la misión de la Purísima Concepción, fue destruida por el famoso terremoto del 12 de diciembre de 1812. En el 125 aniversario de su fundación, el cercano pueblo de Lompoc levantó una gran cruz en su memoria. Las de Santa Cruz, Nuestra Señora de la Soledad y Santa Inés son un montón de ruinas, y en la de Santa Cruz ni siquiera existen restos de la misma. La misión de San José fue secularizada en 1836; desaparecieron sus inmensos rebaños, los campos abandonados, callaron las campanas y algunas fueron robadas. Casi todos sus edificios-misiones fueron saqueados y arruinados. Las antiguas campanas y el baptisterio, ahora en uso en la parroquia cercana a la antigua misión, están tal como fueron dejados; excepto una parte del convento y una avenida de olivos que los frailes y los indios neófitos plantaron hace mucho. Todos estos árboles sombrean el jardín de las Hermanas Dominicas, que se han convertido en fieles custodias de la tradición dejada por los hijos de San Francisco. La antigua misión de San Rafael Arcángel también desapareció, pero dio origen a la actual hermosísima ciudad del mismo nombre, situada a unos pocos kilómetros del famoso puente Golden Gate de la ciudad de San Francisco. El lugar de la misión está indicado por un gran poste-guía al visitar San Francisco. Acá estuve de excursión con él P. Murphy, párroco de la Iglesia nacional española. Por último, la vieja misión de San Francisco Solano de Sonora, último eslabón de la cadena citada, fue abierta al público en 1914, pero convertida en museo.

Si los vaivenes del tiempo y las pasiones bastardas del egoísmo redujeron a ese triste estado las citadas misiones, otras, en cambio, han podido permanecer firmes, desafiando contra viento y marea las embestidas del enemigo. Citaré como ejemplo:

1 La misión de San Gabriel. Esta misión, una de las más antiguas del coloniaje español, está situada a unos 12 km de la ciudad de Los Ángeles. Fue fundada el 8 de septiembre de 1771, bajo la administración de Fray Junípero Serra, y llegó a ser la reina de las misiones. La fábrica de la iglesia fue ejecutada con piedra, ladrillos y mortero. El altar ostenta seis magníficas estatuas que llegaron directamente de España en 1791. El baptisterio de cobre, modelado a golpe de martillo y donde numerosos indios y “gente de razón” (sic, según la tradición) fueron bautizados junto con la concha bautismal de plata son obsequio personal de Carlos III, Rey de España y de las Indias. Muchas de las primeras familias de la Alta California han sido enterradas dentro de los muros de la misión y en el antiguo cementerio, casi restaurado al presente bajo la guía de los Padres Claretianos. La nota más atractiva de esta gran misión, y que en realidad extasía el espíritu, radica en su admirable conjunto de pinturas por artistas aborígenes que, cual otro viejo Tiziano en prisión, formaron los colores con tierras, hierbas y flores. Según la tradición, estas pinturas fueron ejecutadas en el año 1798. Aunque no fuera más que este aspecto de la misión, recompensa con creces las molestias del visitante a este punto de California. La misión de San Gabriel presenta con orgullo entre sus obras de arte la antigua pintura de Nuestra Señora de las Angustias en Norteamérica, no faltando quien asegure que el origen de la misión se debió a los

favores obtenidos por la veneración de ese cuadro, cuya devoción aún continúa en la iglesia. Cada viernes hay novena perpetua a Nuestra Señora de las Angustias.

2 San Miguel Arcángel. Esta misión fue fundada por Fray Lasuén el 25 de julio de 1797. En el año 1806 un violento incendio la puso en peligro, contribuyendo las demás misiones a su alivio y sostén. Lo valioso de su arte en el decorado interior, como también el altar, simbolizan uno de los mejores aspectos del periodo colonial de California. El exterior es sencillo. La iglesia está en espléndidas condiciones. Muchas vestiduras sagradas e interesantes reliquias han sido conservadas en esta misión.

3 San Fernando Rey. Debió su fundación a Fray Lasuén el 8 de septiembre de 1797, y fue dedicada a San Fernando, Rey de España. La ceremonia fue realizada en presencia de las tropas que procedían del presidio de Santa Bárbara y ante una gran multitud de naturales del país. San Fernando fue una misión próspera, y alcanzó el mayor número de fieles en el año 1819. Actualmente está anexionada a Los Ángeles. Por San Fernando pasé varias veces, y es una ciudad próspera.

4 San Luis Rey. Fundada el día 13 de junio de 1798 por el P. Lasuén, asistido de los Padres Santiago y Peyrí, llevó una vida muy próspera ya desde su origen. Al P. Peyri se le confió el diseño y construcción de su fábrica. Es un estilo mezcla de español, morisco y mexicano. El año 1818 marca su máximo de prosperidad. El P. Peyri puso en la contribución de su querida misión todas sus energías, enseñando a sus indios no tan solo las verdades de la religión cristiana, sino también a tejer, a curtir pieles, a cultivar los campos, a la cría del ganado, alcanzando 30.000 cabezas por año. Cuando la misión fue secularizada, se enteraron los indios que el P. Peyri, aquel Padre común de todos, su inefable Pastor, fue secuestrado para llevarlo a España. Entonces, montando velozmente sus ponies, se dirigieron a la costa a rescatarlo. Dos de ellos llegaron a nado hasta el barco "Pocahontas", siendo trasladados a la Península al lado de quien por tantos años sacrificó su vida por el bien de sus ovejas... Esta misión ha sido restaurada y en la actualidad está bajo el cuidado de los Padres Franciscanos. Personalmente la conocí en mi viaje al monte Palomar.

5 San Buenaventura. El día 31 de marzo de 1782, en el día de la Resurrección, los Padres Junípero Serra y Pedro Cambón, en un lugar llamado "Asunción de Nuestra Señora", alzaron el signo de nuestro Redentor, celebrando la Santa Misa Fray Junípero, quien predicó sobre la fiesta del día dirigiendo a sus oyentes una patética alocución. Los indios ayudaron a los Padres a construir una capilla, una casa para los misioneros y un refugio para los guardias. Esta sencilla edificación fue rodeada por una empalizada. El fuego primero y el terrible terremoto de 1812 después, dejaron enormes huellas en su construcción, que debió ser reparada por los mismos misioneros. Hoy esta misión es la parroquia de la ciudad de Ventura. En mi viaje de vuelta de San Francisco pude verla, ofreciendo su estilo gran contraste con el resto de la edificación.

6 San Juan Capistrano. De intento he dejado esta famosa misión la última, pues una tarde el buen Óscar Valenzuela, acompañado de los suyos, me llevó en viaje de excursión a visitarla. El día 26 de diciembre salimos por la tarde en dirección a esa misión. Primero fuimos a Long Beach, espléndido punto de veraneo en la costa del Pacífico, pasando por Watts, Compton y Wilmington, en cuyas cercanías se alzan las altas torres de los pozos petrolíferos. Hay en tal cantidad que forman un verdadero bosque. En algunos puntos están reemplazados sencillamente por bombas colocadas a flor de tierra, sin necesidad de profundas perforaciones. Es verdaderamente maravilloso; por centenares se pueden contar las torres y las bombas. Paseamos por la escollera, y desde el mar la vista sobre Long Beach es magnífica; sus altos edificios, el lago artificial, las espléndidas residencias, etc. Continuamos después viaje por Seal

Beach, Laguna Beach hasta San Juan Capistrano. Toda la costa se es preciosa: sus lindos “cottages”, paseos, chalets. A la tardecita llegamos a San Juan Capistrano y, aunque comenzaba a anochecer, pude conocer esa antigua misión.



Doble tentativa hubo en su fundación. La primera por los Padres Lasuén y Amurrio, el día 30 de octubre de 1775, el Día de la Octava de San Juan Capistrano. Se erigió y bendijo una gran cruz, se colocaron varias campanas de un árbol y se dijo la Misa debajo de una enramada. Llegó aviso de las turbulencias de los indios en San Diego, y todos la abandonaron por aquella. misión. La segunda fue más feliz, y personalmente la dirigió Serra el 1 de

noviembre de 1776. Se cree que pasaron 20 años hasta en que la misión fue erigida como tal, y entonces se comenzó la construcción de la gran Iglesia de piedra. En 1806 quedó completa. Grandes fiestas se celebraron en su honor, pero poco duró la alegría, ya que el terrible terremoto de 1812 sacudió la torre, que se vino abajo, muriendo entre sus escombros muchos de los neófitos. San Juan Capistrano está considerada como una de las más hermosas misiones en todo el condado de Los Ángeles. Para los artistas como el turismo es centro de atracción de primerísima importancia, como lo demuestra el gran número de visitantes que acuden a contemplar la civilización del periodo colonial. De esto yo mismo me di cuenta. Y las autoridades, para fomentar su atractivo, han construido hasta allí mismo espléndidos caminos en casi todas direcciones. Y en este paseo uno vio de todo: el pasado con su austeridad, y el movimiento actual con su extraordinario progreso.

Los que hemos visto acá en Córdoba y su provincia esos centros antiguos de religión y cultura y después en California algunas de las misiones descritas, comprende que el país que les dio vida es el mismo, España. El estilo sencillo y sobrio de sus líneas lo acreditan, No pretendían los antiguos misioneros españoles, que trataban de propagar la religión católica, más que facilitar a sus fieles un lugar cómodo donde desparramar la semilla del Evangelio. Repito que fue un magnífico paseo, que en parte lo repetí por las facilidades de comunicaciones.

Por cariño y simpatía a la ciudad de Los Ángeles, donde estuve viviendo algo más de mes y medio, me tomo la libertad de hacer una brevísima reseña de la historia de la famosa iglesia que dio nombre a ese formidable centro de población, que día a día va ensanchando su horizonte. Me refiero a la iglesia de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles de Porciúncula, 100 Sunset Boulevard. Propiamente hablando, no fue misión, pero está su historia tan vinculada a la de San Gabriel, que no se puede nombrar la primera sin mencionar la segunda.

El 4 de septiembre de 1781, de la famosa misión de San Gabriel salió una expedición para fundar el pueblo de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles. La componía el Gobernador, seguido de un destacamento de soldados con la bandera de España, 44 colonos y varios Padres misioneros. Al llegar al lugar convenido, se organizó una procesión, llevando un gran estandarte de la Virgen María. Una vez que se cerró el círculo, los sacerdotes bendijeron una gran cruz e impetraron las bendiciones del cielo para la futura ciudad. Hubo misa cantada y al final se entonó el Te Deum. Después habló el Gobernador, asegurando glorioso porvenir a la naciente población. En 1784 la iglesia dedicada a la Virgen fue levantada en uno de los ángulos de la primera plaza, del lado del

río Los Ángeles. Su construcción se terminó en el año 1790. De reducidas proporciones, se trató de levantar otra nueva gracias a los esfuerzos de los padres Zalvides, Nuez y los indios neófitos, iniciando los trabajos el 15 de agosto de 1814, y terminando el 8 de diciembre de 1822. El periodo misional de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles terminó en agosto de 1852 con la partida de los misioneros Franciscanos de San Gabriel y Los Ángeles. Le sucedieron los Padres de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María hasta el año 1856. En 1859 el obispo de Monterrey trasladó su sede a la ciudad de Los Ángeles. En 1871 se colocó la piedra fundamental de la Iglesia Santa Bibiana, que fue dedicada el 30 de abril de 1876. El obispo sucesor trasladó su residencia a la nueva Catedral de Santa Bibiana, que a partir de 1876 era la más frecuentada por los católicos de habla inglesa, mientras que la de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles lo fue por los católicos de habla española. En 1908 el obispo de Los Ángeles invitó a los Padres Misioneros del Inmaculado Corazón de María para que se hicieran cargo de la misión de San Gabriel, y dos años más tarde de la iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles. Así sucedió, y los hijos del gran Antonio María Claret, desde la citada fecha, con ese espíritu de sacrificio que los caracteriza, han conquistado centenares de corazones en esa cruzada de amor a la Reina de los Cielos y han incrementado extraordinariamente el culto de la otrora humilde capilla misional. Todos los domingos y días festivos se dicen siete misas, la primera a las cinco y media y la última a las doce. Las novenas y especiales devociones se suceden sin interrupción. Está en esta antigua iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles la Cofradía de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, con exposición de su Divina Majestad todo el día sin interrupción. Muchas veces visité esta iglesia, que me quedaba de paso al volver del “Cathedral High School”, y siempre encontraba fervientes adoradores ante el Santísimo Sacramento. El altar mayor contiene varios cuadros, que representan el del medio a Nuestra Señora de Los Ángeles; a ambos lados, San Francisco Javier y San Antonio María Claret; después otros de San José, de San Francisco, Santa Teresa y Santo Domingo. Los altares laterales recuerdan los nuestros antiguos de España, lo mismo que las imágenes que se veneran para comodidad de los fieles. A fin de que escuchen mejor la palabra de Dios, se ha colocado varios altoparlantes, según costumbre en las iglesias de grandes concentraciones.

Repito que visité muchas veces esta iglesia y esto me dio pie para ponerme en contacto con los Padres, en su mayoría españoles; me invitaron a cenar y me gustó la camaradería y la alegría familiar que existía entre ellos. No me llamó la atención, pues ya desde mis primeros años de la infancia los conocí en Barbastro, donde siempre fueron tan populares. El Padre Rector me dio también una carta de recomendación para el Padre Tomás Martín, de la Comunidad de Chicago, de la que hablaré a su tiempo. El Padre. Farías me dio una revista sobre las misiones escrita en inglés, y de la que he sacado muchos de los datos anotados en este artículo.

No quiero terminar sin dejar constancia de mi inmensa gratitud a estos celosos y simpáticos Padres Misioneros del Inmaculado Corazón de María por sus atenciones, tanto en esta como en Chicago, donde estuve viviendo en su casa varios días, y en este momento mi afecto hacia ellos no tiene límites. Porque, además, he visto la devoción que tienen a San José de Calasanz, cuya vida conocen muy bien, llamándome la atención lo que me han contado de que en el comedor de las casas de formación ha sido muchas veces tema de lectura la vida de nuestro glorioso Fundador por Timón David.

Sean nuestros guías y sostén en este mundo los santos ejemplos tanto del héroe de Peralta de la Sal como los del gran Patriarca San Antonio María Claret, cuya canonización se ha realizado el 7 de mayo del corriente año [1950].

Y, por último, gloria y loor eterno a aquellos insignes misioneros que, como Fray Junípero Serra, supieron sacar de las tinieblas del error a tantos infieles, alumbrando sus inteligencias con los destellos de la fe y derramando en sus corazones el bálsamo de la caridad, contribuyendo con esas armas espirituales a ampliar las conquistas para la Iglesia. España, su patria, jamás olvidará a tan preclaros hijos.

X-X-X

V. Las bibliotecas públicas

No es mi ánimo, ni mucho menos, pretender esbozar ni a la ligera esa gigantesca institución cultural que, con el nombre de “Bibliotecas Públicas”, existe en casi todas las ciudades norteamericanas. Ni la amplitud de la revista como tal, ni lo reducido del tiempo para apreciar detalles de alto valor didáctico me permiten aspirar a eso. El inmenso panorama que se presenta al que por primera vez visita este país, haría a veces decaer de ánimo, de no ir con un programa de estudios bien puntualizado.

Unos meses antes de mi partida había leído varias obras de la Biblioteca Interamericana, fundada por la dotación Carnegie para la Paz Internacional “con el fin de difundir ideas entre los pueblos del Nuevo Continente, traduciendo y publicando aquellas obras que sean expresión viva del ideal y sentimiento nacionales”. Tales fueron “Los Constructores de los Estados Unidos”, “El significado de la educación”, “La política internacional de los Estados Unidos” y finalmente, “Las Bibliotecas de los Estados Unidos”. Confieso sinceramente que creí encontrar exageración tanto en lo que se refería a las famosas bibliotecas, así públicas como particulares, como en el material de enseñanza es sus instituciones docentes. El tiempo me encargó de confirmar la lectura de muchos pasajes sobre esto último, del mismo modo que la sana crítica histórica repudia cierta actuación norteamericana en el terreno internacional.

El gran filántropo escocés Andrés Carnegie, insigne propulsor del movimiento bibliotecario en Norte América, escribió: “El deber más imperativo del Estado es la educación universal de las masas. No se conciben restricciones en el empleo que con ese objeto deba darse al dinero de una nación. La educación es el seguro de los pueblos, y es el seguro más barato”. Por su parte, a todos superó en generosidad, pues regaló más de 2000 bibliotecas, alcanzando el fabuloso costo de 60 millones de dólares. Cuando no era más que un pobre muchacho telegrafista acudió por luces a una biblioteca, y tan beneficiado sintióse que formó el propósito de contribuir al progreso de esas instituciones en caso de que llegase a ser hombre de fortuna.

En el seno del pueblo de los Estados Unidos, la biblioteca pública ha llegado a ocupar un lugar como medio de educación que solo cede en su importancia al conquistado por la escuela pública. Originariamente, un rubro más y secundario dentro de la estructuración de la enseñanza, ha ido paulatinamente, pero con pie firme, imponiendo su eficacia hasta convertirse en el complemento necesario de la escuela. De este modo, bien ha podido escribir un destacado publicista que la biblioteca es en la actualidad la verdadera Universidad del pueblo, y reclama, por lo tanto, la misma protección que la ofrecida en las escuelas y universidades. Y tan inculcado está en esa nación el convencimiento de que la biblioteca es parte esencial de un sistema de educación, que una comuna, por modesta que fuera, se sentiría avergonzada de no poseer una biblioteca, tanto como si le faltase en escuelas. No tiene, pues nada de particular que para alcanzar los fines que esa institución persigue, grave aquella con fuertes Impuestos a sus habitantes, que, sin protestas los aceptan, reconociendo plenamente la identificación entera entre la biblioteca y la causa sagrada de la educación. Están convencidos que cada unidad monetaria vuelve a la comunidad centuplicada en forma de felicidad y progreso, de modo que,

repito, se grava la fortuna pública con ese fin, como se hace para obtener los beneficios del alumbrado o de la higiene. Sin temor a equivocarse, se puede afirmar que la escuela pública, más que inculcar conocimientos, despierta en el adolescente el deseo de saber, y estos anhelos de Educación y Cultura son ampliamente satisfechos por la biblioteca. Antes que los bajos espíritus envenenen el espíritu, la biblioteca promueve el amor a lo que es grande y bueno, anticipándose de esta suerte al mal y sustituyéndolo por el antídoto. Así, la biblioteca ejerce una acción preventiva.

Durante mi permanencia en Norte América, visite la gran Biblioteca Pública de New York, cuya fachada da sobre la Quinta Avenida, entre las calles 40 y 42; compite con las más grandes bibliotecas del mundo. Fue construida en 1911, elevándose su coste a 9 millones de dólares. Esta biblioteca contiene sobre cuatro millones y medio de volúmenes, que atraen a sus mesas de lectura casi a tres millones de aficionados. Además, posee 40 sucursales distribuidas en Manhattan, Bronx y Richmond, constituyendo así un sistema federado intelectual de tal capacidad que de sus estantes salieron para ser leídos a domicilio arriba de 10 millones de volúmenes. Parecerían agotadas las posibilidades de una biblioteca con estos guarismos extraordinarios, sin duda, los más asombrosos en el mundo entero. Pues bien, todavía mantiene como 400 estaciones distribuidoras, o sea, bibliotecas viajeras, casi todas instaladas dentro de la zona metropolitana, y algunas de ellas situadas a pocos metros de las grandes sucursales. Si añadimos este movimiento al realizado por la central y sucursales, se tendrá, según estadísticas de un hermoso folleto ilustrado que gentilmente me fue regalado, un monto total de volúmenes que alcanzan los 11 millones.

Por supuesto que no todas las bibliotecas acusan resultados tan llamativos, pero en su debida proporción no le van muy en zaga. Así, por ejemplo, la gran Biblioteca Pública de Los Ángeles con sus numerosas sucursales, fundada en 1888 y organizada de acuerdo con el sistema del “estante abierto al público, que significa que cada uno de sus 300.000 volúmenes puede ser consultado in situ por el lector y llevado por este a la sala de lectura, ofrece ventajas insuperables de prácticas. Tuve la oportunidad de visitarla detenidamente. Y conversar con la bibliotecaria encargada de la sección correspondiente a libros de habla española, proporcionándome muchos datos interesantes, y al mismo tiempo me orientó para obtener una dirección de una revista científica que me encargaron en Buenos Aires.



La Biblioteca pública de Los Ángeles está situada entre las avenidas Grand y Flowers, y la Quinta y Sexta calles. Es un gran edificio de líneas sombrías que termina su ancha torre en forma piramidal. Está rodeada de jardines. Consta de tres amplios pisos: el primero dedicado a libros extranjeros, religión, filosofía e historia, periódicos o revistas, departamento para niños y profesores. El segundo está dedicado a ciencias, sociología, viajes, biografías, literatura, novelas, música y arte. El tercero contiene oficinas: bibliotecario,

departamento de pedidos y compras, registro de extensión (es decir, servicio de sucursales), contabilidad, etc. Por cierto, que el público que frecuentaba la biblioteca era inmenso, había un orden y silencio tal es que se podía leer tranquilamente sin sentir la menor molestia. Existía en verdad una atmósfera en que se respiraba un aroma de simpatía y hospitalidad.

Como ya dije antes, la persona encargada de la sección de lectura de habla castellana me satisfizo algunas curiosidades, como por ejemplo el modo de retirar los libros de la biblioteca con seguridad garantizada. Las bibliotecas públicas tienen sus parroquianos, formados por personas que están debidamente autorizadas para retirar los libros de las mismas. Estas personas en inglés se denominan “borrowers” o “card holders”; en castellano, diríamos lectores a domicilio. La persona que debe retirar libros de la biblioteca hace saber su intención, firmando su nombre en una ficha especial. Si el aspirante tiene registrado su nombre en alguna guía de la ciudad, en el catálogo de algún establecimiento de educación, entre los asociados de algún club o entidad moral; si puede exhibir una tarjeta comercial o papel timbrado en que aparezcan su nombre y domicilio, la transacción termina con esto, y el nombre del nuevo lector a domicilio pasa a un libro, registro cuyas líneas se hallan enumeradas consecutivamente, quedando desde entonces el lector individualizado por el número que le haya tocado en el registro. El nuevo cliente recibe una tarjeta que le acredita como “borrower” y desde entonces disfruta de los privilegios de tal. Si el solicitante no puede presentar ninguno de esos testimonios, se le remite por correo una tarjeta postal con el nombre y domicilio dados por él. Si la recibe por tal conducto y la presenta de nuevo a la biblioteca, este solo hecho se considera prueba suficiente de la verdad de su afirmación.

El lema que las bibliotecas americanas han adoptado es de “proveer la mejor lectura al mayor número de personas y al menor coste posible”. Esto implica una disposición a dar en préstamo el mayor número posible de libros, que sea compatible con la necesidad de servir al mayor número de lectores. Durante las vacaciones de verano, la emigración de los habitantes de las ciudades toma proporciones considerables. Casi todas las bibliotecas urbanas conceden permiso a todos los lectores que se ausenten para llevar consigo ocho, diez o más libros que pueden ser retenidos por un tiempo mayor del corriente. El promedio de libros que se retiran cada año de la biblioteca pública de New York gozando de ese privilegio es de 25.000 a 30.000.

Aquí podría citar muchos detalles curiosos para demostrar la gran organización sobre el particular, como por ejemplo: plazo de préstamo, multa a los lectores morosos, reserva de libros, etc. También me gustaría contaros sobre la preparación técnica del bibliotecario, lo curioso del cuestionario de examen, bibliotecas para niños, para ciegos, organización del departamento de consulta de administración, etc.

Otra biblioteca que visité fue la de la Universidad de California del Sur. Es un edificio grande, magnífico. Está situado sobre la avenida de la Universidad. Delante hay una artística fuente consistente en una alegoría que simboliza América y sostenida por cuatro emblemas (School, Community, Home, Church). El artesonado de sus principales salas es soberbio; las lámparas, verdadera obra de arte, por supuesto que no estaba tan colmada de público como en las bibliotecas públicas. Un absoluto silencio imperaba por todas partes. Allí pude ver muchas obras de San Agustín, del sabio Pascal en grandes tomos. Para desgracia, también observé que figuraban en sus anaqueles las de varios enciclopedistas del siglo XVIII y, por cierto, de bien triste memoria. ¡Qué contraste con los libros, revistas, magazines y demás lecturas de la Universidad católica de Fordham en New York! Cuando bajé al inmenso salón que hace de bar-cafetería, observé que todo el material literario estaba concretamente seleccionado y además adecuado a la edad y aspiraciones que de ordinario tiene el alumnado en esa etapa de vida universitaria.

También recorrí las bibliotecas de la Universidad católica de Fordham, dirigida por los Padres Jesuitas; la del Colegio del Monte de Santa María, dirigida por las Hermanas del Instituto de San José (también la Universidad particular), las de los observatorios de Mount Wilson y Lick en

California, y por último, la del Observatorio de Yerkes en Wisconsin. Estas últimas, por descontado, son especiales, tratando sus libros únicamente de astronomía y afines.

¿Existe en Norte América verdadera afición por la lectura? Caro lector, no hago sino mencionar lo que he visto. En ciudades de tan vastas proporciones como Los Ángeles, puedo decir que en mis cotidianos viajes al Colegio Cathedral, dado lo enorme de la distancia, era raro viajar sin ver que muchos de sus ocupantes estuvieran ojeando un libro, revista, diario, etc. Veía también en aquellos tranvías tan llenos de comodidad a bastantes mujeres sacar de sus bolsos un tejido, continuándolo tranquilamente hasta llegar a destino. En el subterráneo de New York, recuerdo que una vez en compañía del Padre Antonio Rivarés, este me hizo notar las características de la mayoría de los pasajeros que con toda atención seguían la lectura de algún libro, folleto, etc., como si estuvieran aparentemente despreocupados por llegar a sus hogares u oficinas de trabajo. Reconozco también que es casi como una necesidad para combatir el aburrimiento, dadas aquellas descomunales distancias.

A juzgar por estadísticas bastante fidedignas, diré que en los últimos años el promedio anual de lectores que acudieron a las salas de las bibliotecas a consultar libros fue de 26 millones, mientras que el número de volúmenes que salieron de las bibliotecas fue de unos 214 millones, pudiendo suceder que entre esos 26 millones una misma persona se halle incluida muchas veces, puesto que el grupo de lectores que leen en la sala de lectura comprende a los que asisten asiduamente a esos establecimientos, particularmente profesores y alumnos. Comparando los guarismos anteriores, no se debe creer que la concurrencia de los lectores a las bibliotecas es escasa en los Estados Unidos, sino más bien que el número de lectores a domicilio sea sorprendentemente elevado. Ya mencioné antes los beneficios de que disfrutaban los poseedores de los “card holders” o “borrowers”, y en esta forma el mecanismo bibliotecario está montado como para servir a la enorme clientela de 18 millones, cifra que alcanza el número de personas que tienen “carnés o borrowing cards” que los habiliten para retirar libros de la biblioteca y ser leídos a domicilio.

Qué libros pueden ser llevados a domicilio, depende de la misma biblioteca y criterio del bibliotecario. De ordinario, los libros propiamente de consulta se hallan en la sala de lectura y son todos accesibles al público. Los otros están en dependencias interiores de la biblioteca, y por lo general no son accesibles al público. Pero la Biblioteca Pública de Los Ángeles, siendo de “estante abierto”, ofrece al lector todos los libros sin distinción, pudiendo ser tomados de los estantes. En cambio, la gran Biblioteca Pública de New York es de “estantes cerrado” - forzosamente por el enorme número de volúmenes que contiene - pero ofrece al lector en la gran sala de lectura sus 15.000 volúmenes enteramente accesibles.

Que ¿quién sostiene ese formidable organismo de cultura y educación? Es digno de notarse que el sostenimiento de las grandes bibliotecas educacionales, que comprenden las anexas a las universidades y “colleges”, Las cuales contienen 40 millones de volúmenes, no gravita casi sobre el Estado. Por otra parte, la munificencia personal de los grandes millonarios norteamericanos es proverbial. He visto una lista en que se citan casos extraordinarios. Por ejemplo, en Chicago, Walter Newberry donó dos millones de dólares, y John Crerar, tres millones. En Baltimore, John Peabody donó 1.400.000 dólares, y Pratt, 1.225.000 dólares. En esta última ciudad, las fundaciones Astor, Tilden y Lennox, una vez refundidas, han formado el crecido fondo de 10 millones de dólares. Pero a todos supera el gran filántropo escocés Carnegie, que cité al principio. En sus donativos Carnegie se ha limitado casi exclusivamente a la donación del edificio, dejando a las municipalidades la tarea de equipar y sostener las bibliotecas, a cuyo efecto una

de las condiciones con que sus donativos se realizan es la de que la municipalidad contribuya anualmente con el 10% del coste del edificio.

Las bibliotecas se enriquecen no solamente con donativos en dinero, sino también con colecciones privadas del más alto valor, como ha ocurrido con las que pertenecieron a Josiha Battes y Jorge Ticknor, legados ambas a la ciudad de Boston. El monto recibido entre 1905 y 1915, es decir, en 10 años, alcanza la respetable cifra de 200 millones de dólares.

Por último, para terminar, diré con un escritor que la vida del hombre depende del uso que haya hecho de las horas de ocio. Pues bien, las bibliotecas públicas son un agente de moralización, ya que proporcionan una sana actividad para todas las clases sociales durante momentos que deja libre el trabajo cotidiano; proporcionan casi un nuevo hogar y alejan de las tentaciones de la vida disipada; ensanchan la capacidad para el sano esparcimiento del espíritu; descubren ante los ojos de los jóvenes un mundo que generalmente queda oculto ante la mirada escolar, el mundo de la belleza, contenido en esos volúmenes que la fantasía de los poetas y el genio de los sabios ha construido para nuestro regalo. Y despierta finalmente sentimientos de honor, dignidad y ansias de saber en el ámbito de la pequeña clientela, los niños, que, como abejas a las flores, corren hacia las creaciones de la imaginación para elaborar sus mieles. Ni que decir tiene que para conseguir la finalidad de una biblioteca persigue, su lectura debe ser sana, que ilustre y desenvuelva las facultades nobles del hombre; y en materia religiosa debe estar inspirada en los más sublimes ideales del cristianismo.

X-X-X

VI. La amistad por correspondencia. Sus beneficios.

Ni siquiera el rayo de luz sigue una trayectoria rectilínea, según el sabio Einstein, y ¿quién puede negar que la monotonía de la vida vea alguna vez truncado su recorrido, que obliga a tomar nuevos rumbos por los horizontes inciertos, turbando la conciencia con el temor a lo desconocido? Terrible tragedia del que, parasitando a la vera de la corriente continua de la vida, no trabaja la inmensidad de cosas que Dios ha dejado a nuestra previsión, tropezando más tarde con incógnitas que ni las complicadas fórmulas algebraicas del sabio citado son capaces de resolver.

El mundo de las almas buenas ofrece al hombre generoso solidaridad, que le está natural como al mundo celeste le es por atracción universal su influjo en el movimiento de los demás cuerpos. El hombre, por naturaleza sociable y por dignidad activo, trata de buscar en esa legión de espléndidos corazones recursos que de momento no están a su alcance, pero que interesándole con el calor de su ideal, consigue despertar sus simpatías, cooperando luego con idéntico ritmo por el logro de sus aspiraciones. Es el germen de la amistad futura, que tantos beneficios ha de proporcionar el día de mañana.

Como todo germen necesita su alimento, esa amistad en ciernes ha de ser constante y periódicamente nutrida con nuestra atención amorosa, regándola con el cariño de nuestra solicitud desinteresada, tratando de que eche hondas raíces que faciliten su cultivo, para recoger más tarde opimos frutos de satisfacción y bienestar.

Esto y nada más es el proceso de la amistad por correspondencia. Iniciada con tópicos de carácter meramente recreativos, dejase traslucir paulatinamente la mutua inteligencia, la sinceridad y buena voluntad, culminando en esta reciprocidad misteriosa que atrae los encantos del espíritu, y se agrupan como los cristales lo hacen alrededor de uno primitivo.

Cuando nació en mí el deseo de conocer Norte América, trabajé cuando estuvo en mi poder por descubrir en ese país personas que me ayudaran en esa empresa. Me fue de suma utilidad mi afición a la filatelia, que me proporcionó medios de hacer mi presentación y sondear poco a poco su espíritu. El tiempo se encargó de consolidar ciertas relaciones que me orientaran en el plan del viaje que me propuse y que más tarde tuve la dicha de conocer personalmente. Es a ellos a quienes especialmente dedico en este artículo de mis recuerdos las flores más perfumadas de la gratitud de mi corazón. Dos son los principales que me deparó la nutrida correspondencia: Mr. Elvis Faith, norteamericano y el Sr. Miguel Ángel Gallegos, costarricense. Del segundo pienso ocuparme a su tiempo al hablar de mi paseo por San Francisco.

Mr. Elvis Faith es un caballero sumamente espléndido, como sabe serlo el norteamericano, empleado hace muchos años en el correo central. Reside en la ciudad de Los Ángeles. Inmensa fue la alegría que sentí cuando tuve la suerte de encontrarnos. En realidad, parecía un sueño. Después de tantas cartas como nos escribimos, de planes forjados que parecían imposibles, de buscar solución a tantísimos problemas que por las circunstancias del momento entorpecían mi camino... Al fin despuntó en el horizonte la nítida aurora de un risueño despertar... El rosicler matutino coloreaba a paso de gigante y con sus tintes de púrpura a mí quebrantable optimismo.

Repito que di por bien empleado cuando tuve que pasar hasta encontrarme con tan buen amigo, cuya silueta espiritual me era harto conocida por la numerosa correspondencia. Le obsequié con hermosas series de sellos argentinos y sudamericanos, que tanto agradeció poniendo su sencillo ahora a mi disposición. Le manifesté algunos de los puntos del motivo de mi viaje, que inmediatamente aprobó y tan gentilmente cumplió.



Dos fueron las excursiones principales que realicé en su compañía, que me dieron pie para conocer muchas facetas de la California del Sur: el pueblito de Tehachapi y el Observatorio del Monte Palomar.

Era el 1 de enero del corriente año. Después de la Misa solemne salimos rumbo a Tehachapi, distante unos 300 km. Cruzamos el desierto Mojave, en realidad más que desierto, parece una gran llanura, pero con vegetación

ordinaria y escasa en agua. En medio está el pueblo del mismo nombre, donde hicimos alto para descansar. Es un lugar chico, pero lleno de comodidades, a pesar de estar enclavado en aquellos parajes tan solitarios. Pasamos después por verdaderos bosques de olivos, naranjos y limones. Más adelante, altas sierras desnudas completamente de verde, pero en cuyas cercanías hay ricos yacimientos de petróleo. El camino, como todos los de California, magnífico; el panorama, variadísimo. Todos los pueblos que cruzamos (Lancaster, San Fernando, Roseland, etc.) gozan de las mismas ventajas que uno ve en las grandes ciudades (señales para el tráfico, servicios públicos, la iluminación característica, sus infaltables letreros luminosos, etc.), que dan la sensación de vivir en las grandes urbes. También vimos de paso varios trenes larguísimos (llegué a contar uno de 114 vagones remolcado por tres poderosas locomotoras), confirmándome en lo que había leído sobre el particular.

Al llegar a Tehachapi fuimos a visitar al Padre Silvano Baquedano, que dos años antes estuvo de visita por nuestro Colegio de General Paz, y con quien trabé amistad, previendo ya el futuro. Ni qué decir tiene que se puso a mi disposición, siendo de valiosa ayuda su cooperación para relacionarme con la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe en San Francisco.

El Padre Baquedano es un sacerdote español muy simpático y querido por el pueblo. Está al frente de la parroquia cuyo titular es San Malaquías; pertenece a la diócesis de Fresno. Mandó prepararnos una succulenta comida y nos acompañó por todas partes. Hablando de su parroquia, enalteció mucho la generosidad de sus feligreses, como yo mismo lo vi a mi llegada, que estaba haciendo el recuento de la colecta de aquel día.

La segunda excursión fue al famoso observatorio instalado en el Monte Palomar, el más grande del mundo.

El día 12 de enero era la fecha convenida. Amaneció con mucha niebla y una garúa bastante fina presagiaba mal tiempo. Creí que con tales pronósticos iba a suspender mi amigo el viaje, y entonces, como de costumbre, me fui al Colegio. A mitad de la mañana me llaman por teléfono desde la parroquia de Santa Marta, que el buen Mr. Faith acababa de llegar para buscarme y realizar el proyectado viaje. Salimos, pues, con ese tiempo inseguro, que por momentos parecía iba a componerse. Así fue en parte al dejar la ciudad de Los Ángeles y tomar el camino de Long Beach, que ya conocía. Al llegar a este punto nos dirigimos al sur por el hermoso “highway” costero, pasando por los hermosos lugares de veraneo Newport. Balboa, Corona de Mar, San Clemente, San Onofre y Oceanside. Ya cerca de San Diego nos desviamos al interior, pasando por la hermosa misión de San Luis Rey, Bonsall, Rincón, etc., hasta el mismo pie del monte donde está el Observatorio, cuando una fuerte tormenta de nieve nos obligó a retroceder. En verdad sentí no ver con mis propios ojos esa maravilla de la ciencia y de la técnica, que tanto conocía por estudio y que estuve tan solo a unos pocos kilómetros de distancia, pero ante fuerza mayor, no hubo más remedio que resignarse.

Retrocedimos, pues por los hermosos y abrigados valles de Rainbow, Temécula, Corona con sus hermosos parques y linda edificación; como siempre, entre arboledas de naranjos y limones; vi igualmente muchos viñedos, quedando, a pesar de no alcanzar el monte Palomar, muy satisfecho del magnífico paseo. Entre las dos excursiones. citadas hicimos arriba de 1000 km.

También me sacó a pasear otras veces por la ciudad el gentil Mr. Faith, que tanto sintió el contratiempo citado, y que si no repetimos el viaje fue porque sus ocupaciones y compromisos no se lo permitían. Hace unos días recibí carta de él desde Los Ángeles y me recordaba con mucho sentimiento el accidente.

A título de curiosidad, mi querido lector, te voy a dar unos datos del citado Observatorio, del cual estuve tan próximo, sacado de un hermoso folleto en inglés que me regalaron en Mount Wilson.

El Observatorio está situado a 80 km al norte de San Diego, a una altura de 1700 m sobre el nivel del mar, y depende del Instituto de Tecnología de Pasadena. Consta de una grandiosa cúpula que tiene una anchura de 45 m y la altura sobre el suelo es de 43 m, como una casa de 12 pisos. La altura a partir del lugar de observación es de 36 m; el peso de la parte movable, es decir, de la pared y cúpula que descansan sobre el cuerpo del edificio, que es de material, pesa 1000 toneladas. La “abertura de observación” mide 10 m, y el peso de la contraventana es de 30 toneladas. El telescopio es del tipo reflector, como el de Mount Wilson, pero el doble de diámetro, es decir 5 m de ancho. En los bordes tiene un espesor de 60 cm y en el medio de 45 cm. En el centro hay una abertura que facilita la prolongación del foco. Pesa 14500 kg. tan solo el espejo. La armazón del tubo que contiene el espejo es de 140 toneladas. Todo el instrumento, es decir la horquilla con los elementos citados, pesa 500 toneladas.

El material empleado para el espejo fue el “pírex”, o sea borosilicato de sodio, en atención al débil coeficiente de dilatación. La masa empleada se la sometió a una temperatura de 1580° de

calor, siendo trasladada después a un horno especial para someter el vidrio al recocido. La temperatura de este horno se fijó en 1350°, y en un estado de fluidez tal que obligara a desplazar la menor burbuja de aire. La temperatura fue disminuida a razón de 1° cada seis horas, de suerte que se necesitaron once meses para alcanzar la temperatura exterior.

Se equipó un tren especial para el traslado del “espejo gigante” a las oficinas de Pasadena, y empleó quince días en cruzar el continente, ya que su fundición se hizo en New York. Para conseguir el mayor rendimiento del enorme anteojito, se buscó un paraje de gran pureza de aire y de absoluta carencia de iluminación nocturna del cielo por luces artificiales. Se pagó por el espejo la suma de 7 millones de dólares con fondo de la Fundación Rockefeller.

Los hombres de ciencia norteamericanos confían con este poderoso telescopio reflector hacer exploraciones en el cielo sin precedentes en la historia de la astronomía, y que han de constituir un sensacional progreso para el conocimiento humano. Esperan elaborar un “Atlas Celeste” completo, que constará de 2000 fotografías y que será, según expresión de un sabio de la materia, “la Biblia astronómica, al menos durante los cien años siguientes a su realización”.

En el Hall de Ciencia del Observatorio Griffith Park de Los Ángeles, vi una hermosa réplica del poderoso telescopio del Monte Palomar, construido por Samuel Orkin, y cuyo costo se elevó a 25000 dólares. De la cúpula solamente se ha incluido la mitad, vale decir como si se le hubiera hecho una sección vertical por el eje, de suerte que todo el aparato y el interior de la misma son perfectamente visibles. El telescopio se mueve por la acción de 2 motores; el uno actúa sobre el tubo donde está el espejo en dirección Norte Sur, y el otro mueve la horquilla en su eje polar de Este a Oeste.

Tal es, en resumen, el primer fruto de la “amistad por correspondencia” con el gentil caballero norteamericano Mr. Elvis Faith. No creas, lector, que fue por poco tiempo; eran por lo menos siete los años que estuve escribiéndole. Empezamos con el sencillo hobby de la filatelia, y acabamos con un gran entendimiento y simpatía comunes, base de la verdadera amistad, que difícilmente el tiempo borraré. Más aún, cuando estuve en Chicago fui a hacer en su nombre una visita a sus familiares, y todo les parecía poco para obsequiarme. Esto me dio motivo para conocer más detalladamente esa inmensa urbe, centro de extraordinario movimiento y la segunda población de Norte América. A decir verdad, cuando descendí en Miami del avión me sentí no sé por qué como en mi propia casa, y era la confianza que me inspiraban esos dos gentiles caballeros, Mr. Elvis Faith y Miguel Ángel Gallegos, de cuya esplendidez y cooperación jamás dudé ni un momento. Esa confianza que echa profundas raíces en el alma, sin que encuentren capa alguna impermeable.

VII. El planetario del Observatorio, de Griffith Park.

Casi al final de la interminable avenida Vermont, que cruza la ciudad de Los Ángeles de norte a sur, en el punto donde es cortada por la calle Monroe, cerca del Colegio Ciudad de Los Ángeles, parte según los días y a determinadas horas un ómnibus que conduce a los pasajeros ansiosos de cultura y sano esparcimiento al hermoso lugar conocido en esa ciudad con el nombre de Griffith Park. Este parque es inmensamente grande, como que abarca muchas hectáreas cruzadas por colinas pobladas de mucho y variado arbolado, por donde serpentean hermosos caminos, todos bien asfaltados, y desde la cumbre más elevada se divisa un espléndido panorama sobre la gran urbe y ciudades que la circundan.

Este grandioso parque comprende, entre otras cosas, los links de golf del Municipio, el “Bird Sanctuary”, El Teatro Griego, el Valle de Helechos y, sobre todo, el famoso Planetario, del cual os voy a hablar en el presente artículo.

El Planetario forma parte del Observatorio que fue regalado a la ciudad por el Coronel Griffith. Este observatorio fue inaugurado oficialmente el 14 de mayo de 1935. Frente hay una hermosa plaza, en cuyo centro se ha levantado un severo monumento dedicado a los seis grandes astrónomos, cuyas figuras están adosadas al mismo: Hiparco, Copérnico, Galileo, Kepler, Newton y Herschel. Comprende tres divisiones principales: la primera, el Observatorio propiamente dicho, que contiene un telescopio refractor de 25 cm y 3 telescopios solares con sus respectivos celóstatos: uno da la imagen sobre la pantalla, el otro sobre un espectroscopio y el tercero sobre un espectrohelioscopio.

La segunda división es llamada el “Hall de la ciencia”. En el cielo de la rotonda hay doce divisiones, en las que hay pintadas figuras, cosas y seres mitológicos alusivos a los doce signos del Zodiaco. En las paredes hay pintados en grandes paneles personajes históricos y novelescos, con instrumentos de leyenda y de actualidad que varían según el tema que representan. Se refieren a la astronomía, aeronavegación, ingeniería, metalurgia, electricidad, geología, biología, matemáticas, física y tiempo. Es impresionante en este último panel la escena que recuerda el hecho de la decapitación de los astrónomos chinos Hsi y Ho por haber fallado a causa de su embriaguez en el pronóstico del eclipse solar, y por ende, en los ritos que le acompañaban. En este Hall de la ciencia, que en parte se le puede considerar como un museo, existen demostraciones de conocimientos desarrollados automáticamente por medio del movimiento cinematográfico, de suerte que en pocos minutos se pueden apreciar las vicisitudes del desarrollo. Pongo, por ejemplo, la formación geológica de la corteza terrestre y la aparición del hombre con sus medios de vida según las edades cronológicas; el proceso de la teoría atómica, que termina con las terroríficas explosiones en el atolón de Bikini; la descarga eléctrica en las tempestades, etc. Hay también una hermosa réplica del Observatorio del Monte Palomar y que ya recordé en mi artículo anterior; un grandioso péndulo de Foucault que se mueve día y noche para demostrar palpablemente el movimiento de rotación de la Tierra; restos de gran tamaño de aerolitos, magníficas exposiciones de minerales, un ciclotrón y otras exhibiciones al vivo en el campo de la Física. Es todo sumamente interesante. Pude ver a varios alumnos que copiaban datos de tales exposiciones para presentarlos en sus clases respectivas.

La tercera división del Observatorio de Griffith Park es el Planetario. En verdad mucho se puede decir de este maravilloso invento. Uno no sabe qué admirar más, porque en ello todo cautiva la atención. Ya había leído hermosas páginas sobre el particular, y me pareció algún tanto abultada su descripción. Sin embargo, quien haya visto la afluencia de público en sus sesiones, como yo pude observarlo en Los Ángeles y New York, siendo así que ya llevan muchos años funcionando, se convencerá de la verdad de mi afirmación. Porque hay que tener en cuenta que en el planetario lo que menos vale, y ya es de suyo valer enormemente, es la parte técnica, por decirlo así, del planetario, por su dificultad en la construcción y la armonía admirable en la combinación de luces, movimientos tan variados y completos de planetas, estrellas, sol, etc. Es que al cabo del año se desarrolla un verdadero programa de astronomía práctica, de suerte que objetivamente contempla uno en el cielo de la cúpula, secundado con clarísimas exposiciones, lo que ve diariamente en el firmamento y lo que escapa a la simple vista. Además, la sesión se inicia siempre con nociones previas de conocimientos anexos, desarrollados conforme a un promedio de capacidad intelectual, resultando así sumamente agradable la hora de “cine celeste”.

El planetario es en sí un aparato proyector, que consta de dos grandes globos unidos entre sí por una armazón que contiene varios planos en los que hay pequeños proyectores. Su mecanismo reviste extremada complicación, como se puede suponer. Su centro está en el plano del horizonte y a una altura de tres metros del piso. Los globos contienen los proyectores que

reproducen las estrellas. Dentro de cada globo hay una lámpara de 1000 vatios. Cada uno de los 32 proyectores de estrellas contiene un sistema de lentes con orificios de 65 tamaños diferentes para representar las estrellas, desde las más brillantes hasta las que apenas son visibles, y de tal manera organizado que fuera de la bóveda de la cúpula no existe parte alguna iluminada. En los planos intermedios a los dos grandes globos están los proyectores del sol, luna, Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Mercurio, Vía Láctea, cometas, etc. Adosados al mismo aparato, pero en otro cuerpo de armazón, están los proyectores del alba crepúsculo, meridianos, aurora boreal, ecuador celeste, eclíptica, un eclipse de sol, tres estrellas variables y luz zodiacal. En conjunto son 150 proyectores. Este aparato está movido por siete motores, controlados todo ello desde una consola por el operador, que al mismo tiempo que explica, va señalando sobre la bóveda con un haz luminoso en forma de flecha.

Todos los fenómenos celestes producidos por el planetario son proyectados sobre la bóveda de una semiesfera blanca, que tiene un diámetro de 25 metros. El planetario está en el medio; el operador a un lado cerca de la puerta de entrada, de modo que no molesta al público que puede ocupar cómodamente las 514 butacas, que tal es el número en el Planetario de Los Ángeles, y que en círculos concéntricos se hallan colocadas entorno del complicado mecanismo reflector.

La sesión de “cine celeste” que yo presencié y que con tanta ilusión asistí, se desarrolló en la siguiente forma. Primeramente, nos dio el operador, que como se supone es un profesor muy versado en la materia, nociones sobre el espectro, para llegar después con su medio al conocimiento de la naturaleza de los astros. Muy interesantes fueron estos preliminares, y desarrollados con un lenguaje en inglés tan sencillo que me di cuenta de casi todo.



Después se inició la verdadera función de “cine celeste”. Todo se juntó para que el espíritu experimentara esas emociones indescriptibles que difícilmente se borran. Comenzó por extinguirse paulatinamente la luz que alumbraba el amplio local y aparecer por el lado de Hollywood el sol en el momento de ocultarse bajo el horizonte. Hay que tener en cuenta que esa ciudad está al oeste de Los Ángeles. Próximo al sol se veían Mercurio, Venus y Marte. Continúa extinguiéndose la luz hasta la completa oscuridad para el público, mientras que la bóveda de aquel firmamento se viste de puntos brillantes en formas geométricas, dispuestas de tal forma que es fácil adivinar las constelaciones celestes. Primero aparecieron las estrellas del hemisferio norte, y allí pude ver la Osa Mayor y la Osa Menor con su estrella principal, llamada Polar, por encontrarse junto al Polo Norte; lo mismo, las demás constelaciones de ese hemisferio iban apareciendo sucesivamente. Los otros planetas, Júpiter con sus satélites y Saturno con su característico anillo y divisiones de Cassini y Struve. Mucho más chicos aparecieron los planetas Urano y Neptuno. Todo esto se desarrollaba mientras dulces melodías acompañaban armoniosamente aquel grandioso espectáculo, cuando de momento todo aquel conjunto de brillantes desapareció para dar lugar a los de nuestro hemisferio. La hermosa constelación Cruz del Sur lucía ufana sus galas al par que la del Centauro. Con toda claridad fueron desfilando las constelaciones del Can Mayor, Can Menor, Toro, Escorpión, Orión, etc., con diferencias notablemente marcadas en sus componentes (Sirio, Proción Aldebarán, Antares, Beltegeuse, Las Tres Marías, etc., según se estudia en Cosmografía. Después nos dieron el lujo de disfrutar la intensa emoción que despierta en el alma la contemplación de una aurora boreal. La ilusión no podía ser más completa; esos

fenómenos de las regiones polares constituyen un algo maravilloso. No era una simple pintura, simulaba haber el movimiento de lucha entre las nubes y los rayos de luz, que pugnaban por abrirse paso en diferentes haces del más vistoso colorido. Confieso que llegó un momento en que me imaginé estar en pleno campo en contacto con la realidad palpitante, trasladado a los espacios del infinito, cuando desgraciadamente no pasaba de una ficción creada por la técnica.

El programa de Astronomía que vi en Los Ángeles quedó completado con el que vi en New York en el planetario Hayden, pues además observé el Ecuador Celeste, la Eclíptica y tres mapas celestes distintos, que corresponden a las tres latitudes que permiten ver el firmamento con características peculiares, que denominamos “esfera oblicua”, “esfera recta” y “esfera paralela”.

Otra maravilla muy importante y que en la realidad del mundo celeste se ha de necesitar la friolera de 26000 años es la siguiente: la Cosmografía nos enseña al estudiar las coordenadas eclípticas, que el plano del ecuador se mueve respecto desde la eclíptica, y que se evidencia por una rotación de la línea de los equinoccios. El eje de la esfera celeste, perpendicular en todo momento al ecuador, ha de seguir esas vicisitudes, lo que lógicamente traerá como consecuencia el desplazamiento de los polos con respecto a las constelaciones. Así, por ejemplo, la Cruz del Sur, que actualmente es invisible en la mayor parte de Norte América, se verá al cabo del tiempo mencionado, mientras que en el hemisferio norte, la estrella Vega de la constelación Lira reemplazará la actual Estrella Polar de la Osa Menor. Pues bien, el Planetario conduce al observador en pocos minutos a través de esos miles de años a contemplar estos cambios de aspecto en la bóveda celeste.

Antes de terminar la sesión de “cine celeste”, el espectador ve en la parte de Levante una luz difusa de igual tonalidad que la de la aurora, que al aumentar en intensidad van las estrellas poco a poco esfumándose, hasta que un potente sol artificial arroja sobre los rostros de los espectadores sus rayos de luz, anunciando un nuevo día. El conferenciante termina la sesión saludando a la concurrencia con el “Good morning”.

En estos tres años últimos, la dirección técnica del Observatorio ha ampliado sus exhibiciones, al añadir al planetario nuevos proyectores que permiten cambios interesantes de programa, tales como “un viaje a la luna”, “un viaje a Júpiter y Saturno”, “un viaje a Marte”, “una visita al sol”, “vagando por la Vía Láctea”, etc.

En resumen, el Observatorio de Griffith Park de Los Ángeles es una institución cultural que dice mucho en favor del municipio que lo sostiene. En conjunto, me gustó más que el de New York; también es más moderno, tiene mejor vista que el de aquella inmensa urbe, pues mientras que el de Los Ángeles ostenta airoso su silueta en lo alto de una montaña frente a Hollywood, aquel parece estar enterrado en el oeste del Parque Central a la altura de la calle 81, formando parte del colosal edificio del Museo Americano de Historia Natural, que por sus descomunales dimensiones, parece como si pretendiera empujarse ese reducido cielo celeste por donde desfilan la munificencia, sabiduría y omnipotencia del Creador.

VIII. Otros centros de Cultura

Con este epígrafe aspiro tan solo a describir someramente distintos puntos de alto valor educativo, cultural y histórico, recreativo, etc. que pude observar, pues la brevedad en mi permanencia y la enormidad de las distancias no me permitieron para más. Citaré museos, colegios, universidades, etc.

Siempre han sido los museos lugares de gran atracción para el público estudioso. Como me quedaba relativamente cerca de donde vivía, estuve dos veces en el Museo contiguo al gran Coliseo, llamado Los Ángeles County. Es decir, Museo del condado de Los Ángeles. Es un edificio

bastante grande, consta de tres pisos. La historia de California, desde los aborígenes hasta la llegada de los primeros exploradores, entre ellos el famoso Drake; la de las antiguas misiones; escenas de la época; las primitivas y sencillas capillas; ornamentos sagrados, etc., todo aparece con perfecto realismo. En otras salas se exhibe la fauna de América, Asia, etc., y demás continentes en grandes apartados y con vidrieras, espaciosísimas, como si vivieran al natural. El fondo está de tal manera representado con sus características notas, que dan la sensación de verlos en la misma selva o despoblado. La paleontología también tiene su representación con hermosos ejemplares, aunque es inferior a la de La Plata en la Provincia de Buenos Aires. La cerámica, artículos de loza, de porcelana del Japón y de la China; momias, restos de Faraones, sortijas, zarcillos, brazaletes, camafeos, etc. pertenecientes a Reyes antiguos de Egipto. En mineralogía me llamó la atención un hermoso diamante, tal como se encuentra en la naturaleza. Delante tiene una lente para apreciar mejor sus facetas. Figura también la historia del cine, su desenvolvimiento hasta la perfección de la actualidad. La pintura posee también sus magníficas salas con cuadros de pintores de los siglos en pabellones separados. Hay una sala con pinturas de la distinguida artista local Miss Elizabeth Holmes Fisher. Obras de arte antiguo en madera tallada, pertenecientes a grandes personajes, tapices, gobelinos, etc. No digamos de la historia norteamericana propiamente dicha, históricos documentos de sumo interés para ellos, de los medios de locomoción (las antiguas diligencias hasta el perfeccionamiento del automóvil en sus distintas etapas), lo mismo de la aviación. Riquísima vajilla antigua de plata perteneciente a patricios, cuidadosamente ordenada y distribuida en forma atractiva, etc. Estuve mucho tiempo recorriendo sus salas, viendo en algunas que estaban trabajando para ampliar sus exposiciones.

Junto al Museo dije que estaba el inmenso estadio Los Ángeles Coliseum, donde caben 100.000 personas; aquí se celebraron las Olimpiadas de 1932. Como siempre, gracias a la exquisita amabilidad del buen amigo Valenzuela, conocí además el Hollywood Bowl y el Pasadena Rose Bowl, con capacidad este para 80.000 espectadores.

También vi el grandioso edificio de la Cámara de Comercio, donde figuran hermosas colecciones de productos del país, antigüedades indias y muchos e interesantes recuerdos del tiempo de los españoles y de las misiones, principalmente de Serra.

Casi contiguo al museo citado está la Universidad de California del Sur, y en el oeste de la ciudad, pasado Beverly Hills, está Los Ángeles University. En esta última estuve de paso llevado, providencialmente. Consta de varios edificios muy preciosos, rodeados de hermosos parques y terrenos apropiados para dar cabida a miles de autos. Son unos 13000 los alumnos que asisten, y gran parte lo hacen en coche particular, dada la gran distancia. Contiguo a estos grandes pabellones universitarios hay otros edificios de muy buen gusto donde se alojan muchos jóvenes que vienen de fuera para asistir a las clases y que, por falta de medios y economía, prefieren vivir como pensionistas. Hermosa idea, pues así ahorrar mucho tiempo y dinero.

La otra Universidad, llamada de la California del Sur, es más céntrica, consta de diez pabellones distintos que corresponden a varias facultades, también a biblioteca, oficinas de administración, auditorio para alumnos solamente (el que vi tenía capacidad para 2000), etc. Por la prensa me he enterado que ya han habilitado otro gran edificio perteneciente a esta gran entidad docente y que yo vi en construcción muy adelantada. En esta Universidad me busqué un profesor particular de inglés que durante varios días por la tarde, en su despacho personal, me daba clase, hasta que llegó un momento en que tanto por su parte como por la mía, nos fue de todo punto imposible continuar. Se mostró sumamente gentil, ya que no quiso cobrarme nada. Además, según me enteré después, era profesor de filosofía y aceptó el compromiso en la creencia de que yo era un principiante, cuando lo que precisaba era escuchar mucha lectura y conversar

sobre la materia. De esto estaba plenamente convencido, puesto que en todo mi recorrido por toda esa nación del Norte no tuve apenas dificultad para hacerme entender; lo que me costaba era apreciar lo que me decían. Viendo entonces que no llenaba mi finalidad, suspendí de común acuerdo mi asistencia.

Ya que he mencionado el auditorium de la Universidad, diré que por aquí hay buenos edificios dedicados a esta clase de recreación cultural, conciertos, coros polifónicos (escuché uno que estaba ensayando en la sala de música de la Universidad de California), funciones líricas, etc. En Los Ángeles están el Filarmónico, no lejos de la Biblioteca Pública, el Pan-Pacific de Hollywood, el municipal de Long Beach y sobre todo es Shrine Civic Auditorium, con capacidad para 6000 oyentes y que está dedicado a la ópera. Ese edificio es grandioso, su fachada recuerda la de los Palacios musulmanes.



Otra Universidad particular que visité fue la llamada “Mount St. Mary’s College”, dirigida por las Hermanas del Instituto de San José. Está situada en Santa Mónica, Chalón Rd. 12001, en una montaña que domina un precioso paisaje y también con vistas al mar.

Saliendo de la plaza Pershing, frente al Hotel Biltmore, se toma el ómnibus que conduce a Santa Mónica, haciendo su larguísimo recorrido por el espléndido Wilshire Boulevard, franqueado por ambos lados, con magníficos hoteles, hermosas residencias, clubs, espaciosos parques poblados de palmeras, pintorescos restaurantes, etc. Al llegar al pie de la montaña, un gentil caballero me ofreció llevarme en su coche particular. Y así lo hizo por aquellos parajes agrestes con exuberante vegetación hasta llegar a la cumbre. Repito que es una Universidad particular, y en ella sus

profesores son monjas y la mayor parte de doctoradas en su especialidad. Así me fueron presentadas la Hermana Doctora en Física, Química y la de Idiomas, que dominaba francés, inglés, español, italiano y alemán. Esta fue la que me acompañó por todo el Colegio, mostrándome sus aulas, que estaban bien equipadas conforme a la materia por desarrollar. Además de las monjas tenían algunas profesoras seglares y dos sacerdotes, uno de ellos enseñaba matemáticas y el otro religión. El alumnado no era muy numeroso en aquel entonces, porque esto es también relativo. Me mostraron otras dependencias auxiliares, una hermosa sala para conferencias a base de proyecciones cinematográficas, salón de actos muy original, dedicado casi exclusivamente para la declamación y audiciones musicales, salón para recreo y distracción de las alumnas, un verdadero restaurante interno exclusivo para las alumnas y distinto del comedor de las pupilas, etc. Mas lo que me llamó poderosamente la atención fue el precioso edificio destinado a biblioteca. Consta de tres pisos; el principal, destinado a sala de lectura, es en verdad lujoso en su edificación y alumbrado. Por supuesto que, estando la dirección confiada a religiosas, la lectura es seleccionada. Para las grandes fiestas del colegio y sobre todo para fin de año, tienen aparte una construcción en forma de semiesfera que con el conjunto de la naturaleza le da un aspecto magnífico. La iglesia, muy espaciosa. Las vidrieras hermosas, aunque los altares sencillos. La Comunidad tenía 40 religiosas. Esta Congregación

consta de cinco florecientes Provincias desparramadas en este país, siendo en su mayoría doctoradas. Todas llevaban su gran portafolio como cualquier profesor universitario. Me invitaron a comer, y después una de las alumnas me bajó en su coche hasta el Boulevard Wilshire para continuar en ómnibus hasta Los Ángeles.

En el cruce de las calles Franklin y Western de la tan popular ciudad de Hollywood, recostado sobre la falda del monte del mismo nombre, se levanta un lindo colegio “High School”, casi diría exclusivo para niñas de familias pudientes. Ese edificio es el al mismo tiempo Casa Madre de las Hermanas del Inmaculado Corazón de María, cuya actuación está ceñida únicamente a la California. Me recomendaron visitar este Colegio las mismas hermanas que están al frente del Colegio Parroquial de Nuestra Señora de Los Ángeles y del que hablaré después. Estuvieron muy acertadas, porque en verdad todo respira allí simpatía. Tienen una linda capilla, las clases espléndidas con bancas modernísimas, las de especialidad como cocina, costura (conté ocho máquinas de coser), dactilografía (había cuarenta máquinas de escribir), magníficos salones de estudio, clase para música con su gran piano de cola. En cuanto a la educación física, linda cancha de tenis, preciosa pileta de natación, un gimnasio amplísimo. En este “High School” me dijeron que, además del inglés, enseñan latín, francés y español. El alumnado era bastante numeroso, seleccionado, con su elegante uniforme y que, según dije antes, se veía proceder de familias acomodadas. Muchas de las hijas de las otrora estrellas de cine vienen para su formación a este Colegio que, como está a todo lujo y comodidad, las pensiones son elevadas. Como la Superiora que me acompañaba no entendía bien el español, nos ayudó en la conversación una niña argentina cuyo papá es piloto de la empresa de aviación Panagra. Me dijo que para el invierno se viene a la Argentina, y que también visita a Córdoba. Le ofrecí mi tarjeta personal por si gustaba llegarse a nuestro Colegio.

En cuanto a colegios de primera enseñanza, visité dos en esta ciudad de Los Ángeles, uno del municipio y el otro una escuela parroquial. Por ley del Estado, todos los niños tienen obligación de seguir los estudios hasta la edad de 18 años, y esto lo cumple la inmensa mayoría. O en las escuelas del Estado (condado, municipio, etc.) o en las particulares. La Arquidiócesis de Los Ángeles ayuda y sostiene muchísimas escuelas parroquiales y varios “high schools”. A este grupo pertenece la “Cathedral High School”.

La escuela primaria consta de ocho grados, si bien la que yo visité, tenía seis grados y su alumnado estaba formado sobre todo por niños pobres, muy pobres, y muchos eran negritos. A gran parte de ellos la escuela proporcionaba alimento a mediodía. El “Principal” (Director, diríamos en castellano) me dijo que sus amigos le ayudaban con ropas y dineros y, en efecto, yo mismo vi algunas prendas casi nuevas o poco usadas, tanto para varones como mujeres. Me mostró también el presupuesto del condado, enormemente engrosado por donaciones y por el mismo condado para atender a sus escuelas. No cabe duda que había en ello organización; de la administración no sabría qué decir, pero lo que sí es cierto que, materialmente hablando, la asistencia a los niños no dejaba nada que desear. Digo materialmente, pues la escuela era completamente laica.

Acompañado del “Principal”, recorrí todas sus aulas y dependencias, vi el jardín de infantes, aulas que contenían infinidad de cuadros murales al alcance de todos (enanitos, flores, carritos, escenas de recreación en colores, etc.) Había también muchos juguetes para distraerlos y una camita para un caso de emergencia. Allí estaba completamente aplicado el sistema de la gran educacionista italiana María Montessori. VI encajes sólidos de diferentes tamaños para educar la perfección visual, como también prismas de madera, listones de doble color hasta 10, a fin de adquirir noción de los primeros números. Téngase en cuenta que esta educacionista estuvo en

California dando clase práctica durante algún tiempo, y su labor fue espléndidamente reconocida. Muy simpática se me hizo esta aula de jardín de infantes, donde nada faltaba, adecuado para tan tierna edad. Las demás aulas espaciosas, bien ventiladas, con calefacción central. Me dijo el “Principal” que todas las escuelas tienen su cinematógrafo como elemento educativo, y sala de exhibición. Me proyectó el hermoso documental titulado “Ants” (las hormigas), que magníficamente exponía con claridad del lenguaje (yo seguí casi todo) la laboriosidad de esos animalitos. Todas las semanas cambian de programa, y esto es obligatorio. Tienen clase especial de canto y música. Y precisamente cuando visité la escuela, en una de las aulas estaban aprendiendo cantos escolares. El “Principal” solicitó de la profesora que entonaran el “Silent night”, tan conocido en Norteamérica. Después de cantarlo les distribuyó instrumentos de música infantiles, con los que acompañaron a la profesora, que ejecutaba en el piano melodías populares. Como complemento de eso tenían cinco radios y muy buena discoteca con su respectivo gramófono. También se les enseña trabajos manuales, lo mismo en madera que en metal, y yeso. Me mostró un conjunto de instrumentos de carpintería, como un horno eléctrico para las obras hechas en arcilla. Vi los baños y me gustó la limpieza absoluta que había y la higiene completa hasta en su último detalle. Por último, me dijo que una enfermera viene dos veces por semana a visitar a los niños y una o dos veces por mes el médico escolar. Tenían una linda sala para observarles la vista, dentadura y prestarles cualquier asistencia médica que necesiten. Además, están las “assistants”, cuyo deber es únicamente indagar la causa de la falta de asistencia a clase.

En resumen, una escuela que posee lo que manda la pedagogía más exigente. Pero triste es decirlo, que faltaba lo más esencial para el día de mañana, cual es la formación espiritual basada en el santo temor de Dios. La moral sin Dios es un mito; cumplimiento del deber sin sanción justiciera, una ilusión. Sistema educación, que sin ese requisito, formará con equilibrio muy problemático caracteres de dudosa actuación, máxime cuando el vendaval turbulento de las pasiones aspire a enseñorearse del corazón y suplantarlo el dominio de la voluntad.

¡Qué distinto ambiente el de la escuela parroquial de Nuestra Señora de Los Ángeles, bajo la dirección espiritual de los PP. Claretianos!

Además del “High School”, consta de escuelas de primera enseñanza. El primero había suspendido las clases de momento, debido a los días de descanso que siguen a la primera etapa del curso, ya que a fin de enero tienen pruebas semestrales.

Estuve, pues, en la Escuela Parroquial. Las maestras son las Hermanas del Inmaculado Corazón de María, cuya Casa Madre, ya dije, está en Hollywood. La Hermana Felicitas se encargó de acompañarme por los ocho grados, que todos estaban colmados de alumnos (niños y niñas, pues eran mixtos). En algunos grados había maestros seglares, pero católicos, por supuesto. Como en la mayoría de los grados gran número de alumnos hablaban y entendían el español, las maestras me pedían que les interrogara, como lo hice muy gustoso. Además, coincidió que el día que visité la escuela era viernes, último día de trabajo escolar de la semana. Entonces, la Hermana Felicitas me pidió que les explicaba el Evangelio del próximo domingo, y que era sobre el pasaje de la tormenta del Mar de Tiberíades, estando Jesucristo con los Apóstoles en la barca. Sumamente agradecida quedó la Hermana Felicitas, pidiéndome después que bendijera a sus alumnos. Un nudo se me hizo la garganta cuando vi que todo aquel conjunto de niños y niñas, como un solo hombre, cayó de rodillas para recibir mi pobre bendición. Sacando fuerzas de mi debilidad y pidiendo allá en mi interior perdón al Señor, me vi obligado a acceder a los santos deseos de aquella buena religiosa, que tantos bienes espirituales ansiaba para sus buenos alumnos. ¡Qué contraste en el ambiente del alumnado! Y es que en este imperaba como base de formación la

piedra angular del catolicismo, que orienta nuestras almas a un mundo superior. Por lo demás, esta escuela parroquial no difería mucho materialmente de la que había visto días anteriores del Estado, con la particularidad que en las parroquiales todo es a costa del sacrificio por parte de los católicos.

Estas instituciones parroquiales son de las cosas que más me llamaron la atención, por la admirable armonía que saben dar a su labor escolar con el movimiento de la Iglesia, tal como lo vi palpablemente en una escuela parroquial de Chicago. De ordinario, la alta dirección espiritual está confiada al párroco o a un sacerdote delegado.

Y a propósito de esto, os diré que tuve la suerte de ver en el cercano pueblito de Wilmington la gran fiesta que se hizo con motivo de la bendición de unos terrenos para la escuela parroquial.

Era el domingo 8 de enero, fiesta de la Sagrada Familia. A pedido del P. Manuel Ángel Canseco, párroco de la Iglesia del mismo nombre, dije la Misa mayor cantada, tocándome al mismo tiempo la explicación del Evangelio. Por la tarde iba a ser la ceremonia de la bendición de los terrenos. Llegaron dos monseñores y varios sacerdotes, a fin de dar toda la solemnidad posible a dicho acto. Habló monseñor Donald en inglés y después en castellano el padre Cervera, Paulista, hizo una hermosa apología de la escuela parroquial, combinando magistralmente las ideas que él había preparado con los conceptos vertidos por Mons. Donald. Llama la atención al extranjero, dijo, que por primera vez visita California, las repetidas leyendas que en todas sus calles, según la categoría, hora y lugar se ven escritas: “No parking”, “No estacionar”. Pues bien, dijo el orador, la escuela parroquial es la confirmación, llevada, por supuesto, al terreno espiritual de ese mandato.

Por mi parte, parecióme ver en su discurso, con distintas aristas y otras facetas, el pensamiento sublime de San José de Calasanz, Piedad y Letras, Iglesia y Escuela, llámesele si quiere Escuela Parroquial.

x-x-x

IX. En la “Meca del Cine”, Hollywood

Desde mucho antes que la iglesia de nuestro Colegio de General Paz quedará constituida en Parroquia, por la espléndida ubicación que ocupa, ya que en realidad se puede decir que es el verdadero centro de este progresista suburbio, era costumbre de nuestros Padres la enseñanza del catecismo en la tarde del domingo.

Con el fin de que la concurrencia del pequeño mundo infantil fuera más numerosa, se les ponía como atractivo el señuelo del cine, que en general siempre ha tenido ardientes partidarios. Ni que decir tiene que la censura y control más estrictos pesaban sobre las exhibiciones, haciéndose a veces sumamente dificultosa la sesión por no encontrar producciones adecuadas a esa edad. No había más remedio que echar mano de la tijera para hacer los recortes necesarios y formar así y todo algo que valiera en la pena de pasarlo por la pantalla... Si a esta costumbre del catecismo para con los pequeños se añadía la que entonces existía de dar a los alumnos en días señalados (como fiestas patrias, del patrón, etc.) funciones de alguna importancia, se comprenderá que el Padre encargado de tan delicada misión tenía que estar muy sobre aviso; tenía que armonizar, haciendo a veces mil equilibrios, precios y categorías, moralidad e interés, para contentar en cuanto fuera posible el gusto de la concurrencia.

Este cargo tan enojoso de censor y de “procurador de programas” me fue confiado allá por el año 1929, cuando precisamente la aplicación del sonido al cine verificó una verdadera revolución, que ponía una traba más al desempeño del mismo, puesto que entonces no

teníamos máquina apta para este material, tal como al presente existe. Esto no obstante, circunstancias particulares me ayudaron a mantener muchas relaciones y... aun amistad (por qué negarlo, a pesar del tiempo, aún me recuerda alguno de ellos) con algún gerente de casa productora de mucha importancia, que ponía a mi disposición cuanto le mandaban de Buenos Aires, facilitándome el camino para proveer tanto a este Colegio como al de Santo Tomás en el poco tiempo que estuve. Diré todavía más, en cierta ocasión, una de las mejores salas de Córdoba me exhibió en privado alguna producción, a fin de que si la encontrara apta para el Colegio, pudiera retirarla.

Con el tiempo me desligué en absoluto de esta actividad que me permitió conocer infinidad de gamas multicolores del ramo y que, como todas las cosas, requieren la edad y su clima.

Cuando me trasladé a Los Ángeles, conocí por primera vez de paso, al volver de Mount Wilson, la tan popular ciudad de Hollywood. En realidad, ya está unida con Los Ángeles, de modo que no hay solución de continuidad entre ambas poblaciones.

Entramos por el Hollywood Boulevard, donde se destaca el edificio de la Compañía General de Seguros, que remata en una torre original con un potente faro. Eran los días de Navidad. Presentaba este Boulevard un aspecto magnífico. A ambos lados de la calle habían colocado grandes árboles Noel, todos iluminados en su superficie, con multitud de bombillitas de los más variados colores; de uno a otro lado había un sinfín de guirnaldas con adornos alusivos en su ambiente (campanillas, ciervitos, colgaduras, etc.). Aparecía toda la calle como una interminable bóveda de combinación de luces; el conjunto era realmente fantástico. Los lujosos comercios, preciosa residencia de los hoteles Roosevelt y Hollywood, codo contribuía a aumentar el efecto de su admirable policromía luminosa y múltiple colorido.

Como nos sentíamos bastante cansados, el buen amigo Valenzuela me llevó una confitería en la que atienden al cliente en el mismo auto. Para eso uno se acerca con el coche casi hasta el mismo mostrador, mientras que gentiles señoritas, gustosamente vestidas, le traen todo lo que solicite en una bandeja especial que cómodamente se sujeta en la portezuela del coche, sin hacer por esto recargo alguno. Reconozco por mi parte que ello constituya una comodidad exagerada, pero aquí todo resulta tan natural. Lo de siempre, el máximo de confort y comodidad. Fue, como he dicho, la primera vez que conocí esta ciudad.

El 16 de enero, día de mi natalicio. Quise sacarme una foto como recuerdo de mi viaje a Norte América. Así lo hice en un estudio de la calle Broadway de Los Ángeles, y después el mismo patrón tuvo conmigo lo que aquí en lengua criolla llamaríamos una “ganchada”. Porque, hay que confesarlo, el norteamericano es verdaderamente “gaucho”, y de eso, por mi parte, pudo dar pruebas fehacientes en todo mi recorrido.

Resulta que deseaba conocer la Universidad de Los Ángeles, que como ya dije, está en el extremo oeste, pasado Beverly Hills, y, a pesar de las explicaciones que me dio, no acertaba cómo ir. Entonces tomó él mismo su coche para darme un magnífico paseo. Me llevó por lugares espléndidos que no conocía: el parque del General McArthur con sus pintorescos lagos, el lindísimo “Town hotel”, donde entramos para que conociera sus parques, el confort de sus dependencias, etc.; el Hotel Ambassadeur, etc. Cruzamos los hermosísimos paseos de Beverly Hills con sus avenidas de palmeras hasta llegar a la Universidad. Era pasado el mediodía y entonces, para agradecer su gentileza, traté de invitarlo a comer, pues así celebraremos juntos mi natalicio. ¡Qué más le quise decir! Él fue el primero que se adelantó, pues me llevó a un magnífico restaurant y pagó todo el servicio. Después continuó el paseo por la hermosa ciudad de Culver City, mostrándome los estudios de la Fox, Radio Pictures y, sobre todo, de la Metro

Goldwin Mayer, que abarca varias manzanas. Me dejó más tarde en la misma calle Broadway de Los Ángeles, ignorando por mi parte la manera de corresponder a tanta generosidad. A todo me contestaba: “It is an enjoyment for me” (Es un placer para mí). Cuando estés estreché su mano para despedirme, lo hizo con el clásico saludo para esas fechas: “Many happy returns of the day” (Por muchos años). Una vez más, por mi parte di gracias al Señor por lo espléndido de su Providencia, que contra toda previsión mía, salió de nuevo a mi paso en el día de mi natalicio.

Una de las casas de la gran empresa cineasta que mencioné al principio pertenecía, precisamente, a la Metro Goldwin Mayer; por eso que cuando pasé por Culver City traté de conocerla como si fuera una industria cualquiera, ya que tan familiar me fue años atrás, cuando estuve al frente del cine para los niños.

Me dirigí, pues, a Culver City, y me indicaron que todas las compañías tienen sus representantes, formando algo así como un alto comando con el nombre de “Motion Pictures Association of America”, y que, sin el consentimiento de su encargado general, Mr. Adisson Durlind, no admitían a personas extrañas a la empresa. Su sede estaba en Hollywood. Hablé por teléfono al citado señor y resultó ser nada menos que un antiguo alumno nuestro del Colegio de La Habana. Inmensa fue su alegría al declararle mi personalidad. Me dijo que vivía en Hollywood trabajando, y que por eso sería mejor que fuera allí, que él se comprometía a acompañarme a la empresa Paramount, que, si no era tan grande como la Metro, no por eso dejaba de tener su importancia.

En el día convenido me dirigí a Hollywood; estaba él esperándome en su despacho particular.

Si en alguna persona se han juntado aquellas hermosas prendas de carácter que lo hacen simpático por toneladas, las intelectuales y de estudio que lo acreditan de culto y erudito, es sin duda en este caballero, hijo de padre norteamericano y madre española. Además, hay que añadir que es un católico de recia personalidad que públicamente profesa sus sentimientos religiosos, aún en rueda de compañeros de distinto credo. Acabo de recibir carta suya en la que me agradece íntimamente, todo emocionado el envío de la Vida de San José de Calasanz, como también de otros folletos nuestros de la Argentina. Habla el inglés y el español a la perfección, conociendo muy a fondo nuestra hermosa literatura.

Se me presentó en la siguiente forma: me llamo Adisson, Mauricio, Mariano, Durlind y Nieto. Continuó después hablándome de sus parientes maternos, entre los que figuran los Madariaga, Polavieja, Urrutia y otros apellidos que ahora no recuerdo. Haciendo un verdadero alarde de su acendrado españolismo, me enseñó varias revistas de literatura española, defendiendo siempre contra ciertas opiniones tendenciosas, el patrimonio de nuestra cultura y los altos valores del espíritu hispánico. Está desempeñando un alto cargo en esa asociación que protege los intereses comunes de las empresas cinematográficas.

Y hablando de cine, me contó que Hollywood ya es una ciudad muerta, que todo su prestigio ha decaído, puesto que la mayor parte de las empresas han retirado sus estudios a Santa Mónica, Culver City, Westwood, etc., quedando tan solo los de la Paramount, que en su tiempo fueron de los principales. Actualmente son a lo sumo dos o tres películas de categoría que salen anualmente de sus estudios. No obstante, estos estudios de la Paramount tienen una Dirección que por su afabilidad, comprensión y ameno trato para sus visitantes se captan las simpatías de todos.

Me llevé, pues, en su coche a los estudios, y recuerdo que en el viaje, volviendo a sus años de colegio, me dijo una vez más con toda jovialidad: ¿de modo que es Vd. Scholarum Piarum? (sic).

Te digo, querido lector, que tuve que hacerme violencia para reprimir mi emoción. Era un alumno que recordaba con cariño a nuestros Padres de la provincia de Cataluña.



En la Paramount fui presentado a los altos dirigentes de la empresa, que entienden y hablan bastante español, y uno de ellos, Mr. Robert Richmond, tuvo la gentileza de acompañarnos durante la comida que hicimos en el gran comedor que la empresa tiene para sus directores y estrellas. No tardó en presentarse otro sacerdote, amigo de la casa, y me insistió de nuevo que de vez en cuando siempre llegan personas de categoría a visitar

los estudios. Recuerdo que Mr. Richmond me dijo que tenía intención de conocer España en el próximo verano de vacaciones, y de un modo especial, Sevilla. Al preguntarme si sería bien recibido, por ser norteamericano, le contesté que España siempre tiene los brazos abiertos para todos los hombres de buena voluntad, que sabe perdonar y que no aspira sino a vivir en paz con el mundo entero. Después del almuerzo, Mr. Richmond nos acompañó por todos los sets.

Con absoluta exactitud, me atrevería a decir que quien no haya visitado estos lugares, no puede ni remotamente darse idea cabal de lo que es una industria cinematográfica. 18 son en número los sets propiamente dichos, sin contar otros muchos edificios, pabellones, etc. Que al mismo tiempo su fachada es de estilo completamente distinto a ambos lados, para aprovecharlas según la naturaleza de la producción. Esos sets podrían compararse a inmensos galpones de 50 m de largo hasta casi algunos de 25 de alto. Muchos de ellos están unidos y en su interior hay infinidad de calles formadas por fachadas de madera, yeso, etc. y otros materiales de fácil manejo que representan exteriores de bancos, iglesias, edificios de importancia, de óperas, estaciones, etc., y otras construcciones de la más variada arquitectura. Cuando llegué estaban filmando la película titulada "Union Station", aludiendo al trazado del primer ferrocarril en California. Presencé una sencilla escena callejera de un policía que se acerca a un bar ambulante, llamándome la atención que hasta tres veces hizo repetir el director de la escena. Antes de iniciar cada escena, hay una persona que avisa tocando un silbato para prevenir al obrero que está cerca guarde absoluto silencio hasta que toque de nuevo. Después, el director ordena el trabajo con el grito "Action" y solo los actores empiezan entonces a trabajar, llamándome la atención la brevedad de cada escena, lo que significa el sinnúmero de enfoques, posiciones, arreglos, lo mismo de ayudantes que de la cámara para llegar al tan variado complejo que se ve en algunas películas.

Me enseñaron todo lo que tenían preparado para esa producción de largo metraje y tan importante en la historia del ferrocarril de California. Había ni un símil exacto de la primera locomotora, pero al natural con su respectivo arrastre de coches, conforme a su primitiva construcción. Hice el recorrido de un túnel artificial, hecho de una pasta especial, por donde debía pasar ese "tren", todo con perfecto realismo, que para quien no esté en antecedentes, le da la sensación de ser tomado por el mismo lugar.

Un verdadero ejército de obreros y empleados en número de casi 4000 (en el de la Metro son 5000) hormiguean por aquellos inmensos talleres de carpintería, herrería, orfebrería, ebanistería, yesería, electricidad, pintura, fotografía, sastrería, etc., pues apenas hay actividad que no tenga su representación. Y todo para proyectar la apariencia de la realidad en el más perfecto camuflaje. Así pude ver en un departamento artículos de alimentación (pernils, carne,

infinidad de variados postres, tomates cortados, bananas, manzanas, naranjas, etc., “surtido de productos de confitería”), todo en yeso o escayola, que difícilmente podrían distinguirse de los verdaderos. En otro departamento enorme, variedad de vajilla de plata y oro, según las edades y épocas; relojes de todos los tipos, estatuas, alfombras, instrumentos de música los más variados, pianos, artículos de tocador como para contentar al más exigente pretendiente; espejos, muebles de exquisito gusto conforme a las exigencias de la Corte de los Reyes, etc.; más allá, escudos de las principales naciones, toda clase de armas antiguas y modernas, artículos de cerámica, porcelana fina, cristalería de la más variada, bastones de los más raros, paraguas, etc. Interiores de tranvía, de salones lujosamente amueblados, calles con sus líneas de tranvías, telones inmensos, donde aparecían pintados bosques de los más variados con escenas de la naturaleza, etc., etc. Y no dejamos en trajes y vestidos, porque si desfilarán por allí los modistos de más subido tono y las costureras del más refinado gusto, cada uno encontraría con seguridad su ejemplar como para satisfacer sus extravagancias. Pues bien, para que aprecies lo detallista del norteamericano sobre el particular, te diré que a pesar de todo ese mundo de cosas (¡hay que verlo para creerlo!), no tuvo Mr. Richmond el inconveniente de pedirme que le regalara la etiqueta de cigarros puros con que obsequié a Mr. Durlind y a él, el correspondiente al mío para “alguna oportunidad de eventual”. Si había etiquetas de cigarros y cigarrillos en aquellas interminables vitrinas... ¡con qué poco se contentó aquel magnate del cine, Mr. Robert Richmond!

Cualquiera podrá creer que para llevar una administración completa de tanto personal, con tan variado trabajo y en tantas categorías, fuera necesario un sinfín de empleados y contadores. No, porque es menos compleja de lo que se puede suponer. Sencillamente es automática. Máquinas calculadoras e impresoras a la vez, llevan el estricto control de la asistencia del obrero, horas de trabajo y sueldo que le corresponde, de modo que solo cuatro personas había en la oficina de administración para atender ese inmenso trajín.

Por supuesto que también había una grande y valiosa biblioteca asesadora, sobre todo álbumes de fotografías correspondientes a biografías de hombres célebres, escenas de la naturaleza, castillos, edificios históricos, etc.

Como una verdadera película se desarrolló mi visita en compañía de tan distinguidos personajes Mr. Durlind y Mr. Richmond. Ambos nos despedimos de Mr. Richmond agradeciendo cordialmente sus atenciones. Mr Durlind tuvo además la gentileza de llevarme en su coche hasta Los Ángeles, al lugar más cómodo para proseguir después en mis diligencias. Antes de darnos el último adiós, me pidió encarecidamente que no dejara alguna vez de escribirle, que se sentiría muy honrado con unas líneas de quien pertenecía a la misma Orden de sus antiguos maestros, cuyas enseñanzas cristianas contribuyeron más y más a robustecer las que recibió en el seno de su familia.

Iba yo a terminar este capítulo cuando oigo la algarabía y bullicio de los pequeños que, terminadas sus clases de catecismo, se dirigen contentos al salón para recrearse con el consabido cine. Esa alegría infantil llena de ilusiones y esperanzas inconscientemente se apodera de mi espíritu, que me impulsa por el momento a vivir su compañía en el salón de costumbre. Mas los tiempos han cambiado, pues la experiencia de Hollywood ha cerrado por completo las puertas a mi loca fantasía al convencerme en persona que toda la felicidad que promete el séptimo arte es una mera truculencia...

x-x-x

X. Preparando el regreso

Existe una sabia costumbre en Norte América, y que hoy día es ya una orden, de que el sacerdote procure llevar vida en común en la casa parroquial con el párroco o en alguna comunidad religiosa. Esa santa disposición le garantiza, en primer lugar, la honorabilidad, le asegura y facilita el cumplimiento de los deberes de su estado, reportándole además, si se quiere aun en el orden material, ventajas que le allanan las dificultades en el camino de la vida. Si esto es cierto en la vida ordinaria para los que están de tránsito por razones de vacaciones, estudio, descanso, etc., las consecuencias que emanan del acatamiento a esa orientación no pueden ser mejores. Felizmente, en mí mismo lo pude comprobar.

Un tiempito antes de salir de Los Ángeles, deseando llenar ese requisito, traté de encontrar unas veces directamente y otras por medio de amigos, ubicación honesta en la forma arriba indicada, donde pasar los días que tenía yo determinados, viéndome obligado a escribir solicitando cortés y religiosamente atenciones solidarias de quienes formamos una misma hermandad en la santa familia sacerdotal de Jesucristo, sublime vínculo de quienes militamos en sus filas inmortales.

Contestaciones cariñosas, que rebosaba de caridad cristiana, me iba llegando; unas sintiendo no poder acceder porque tenían ya otros sacerdotes en religiosa hospitalidad, y otras por lo reducido del lugar y estar la comunidad completa. Todos, en cambio, manifestaban sinceridad en su relación y la mejor voluntad de ser útil.

Mas nunca me cansaré de bendecir la Santa Providencia del Señor, que siempre fue en extremo generoso en este mi largo viaje, ya que me deparó tantos y tan buenos amigos sacerdotes cuyas finísimas delicadezas durarán en mi memoria mientras viva. San Francisco de California, Salt Lake City, Chicago, Buffalo, New York y Filadelfia. No puedo recordarlas sin experimentar esa emotividad espiritual ante ejemplos de la más noble gentileza, los que iré enumerando a medida que llegue la oportunidad.

Mi permanencia en Los Ángeles iba tocando a su fin. Por eso traté de conocer algunos de los pueblos que no había visitado y ofrecían su punto de interés para apreciar esta parte de California. Uno de ellos era el puerto de Los Ángeles, San Pedro, por donde se realiza todo el comercio marítimo con el extranjero. Ese ha crecido de tal modo que es uno de los más importantes del país, y en cuanto al de cabotaje, muy pocos le ganan. El petróleo constituye el 80% de las exportaciones. Frente al puerto hay una gran Isla adonde se llega por medio de un ferry que tiene dos pisos, el más alto para los pasajeros y el inferior para autos, que fácilmente pueden ir hasta 40. En la isla están los astilleros, donde vi algunas embarcaciones en construcción. También visité una gran fábrica de conservas de pescado. En el puerto había bastantes buques de carga y algunos de pasajeros. Refinerías de grandes proporciones e inmensos tanques de petróleo se apiñaban cerca del puerto, que está protegido por dos largas escolleras.

A la vuelta de San Pedro me quedé en Wilmington para despedirme de los buenos amigos el P. Manuel Canseco, párroco de la Iglesia de la Sagrada Familia y el P. Ballesteros, teniente-cura. Esta Iglesia es para los feligreses de habla española, que son la mayoría del pueblo. Es espaciosa, de construcción reciente, se la ha dotado de muchas comodidades técnicas. Desde la sacristía, por ejemplo, se pueden abrir y cerrar sus diez grandes ventanas automáticamente presionando tan solo un botón eléctrico; hay unas bombillitas en la misma sacristía que se prenden al arrodillarse el penitente frente al confesionario, como solicitando la presencia del sacerdote. No falta tampoco la calefacción central. Posee también un órgano eléctrico, y el organista se puede comunicar por teléfono con la sacristía. Acababa de adquirir el P. Canseco un magnífico sagrario,

que personalmente lo regalaba a la iglesia en recuerdo de sus queridos padres. Adosado la Iglesia había en construcción un hermoso salón, comedor parroquial y otras dependencias para desenvolvimiento de sus asociaciones. Del mismo modo, como dije en otros artículos anteriores, se bendijeron unos terrenos contiguos para la escuela parroquial, que empezará a funcionar, Dios mediante, el próximo mes de septiembre.

El P. Canseco es sumamente querido por sus feligreses, que apoyan espléndidamente su dinamismo, convencidos del alto espíritu que le anima a concebir una idea y su repuesta, rapidez en practicarla. Con el P. Ballesteros fue de un modo particular, con quien estuve siempre conversando. Me invitó a comer varias veces que le visité, y tuvo conmigo también muchísimas deferencias. A estos dos beneméritos sacerdotes recuerdo con toda simpatía, lo mismo que la parroquia que dirigen de la Sagrada Familia. Wilmington pertenece también a la zona del petróleo. Y es curioso ver grandes torres dentro de la propiedad privada para la extracción del mismo.

Otro lugar que había estado de paso y quería conocer por lo mucho que de él había oído hablar y también visto alguna vez en película, era Long Beach. Como su nombre lo indica (larga playa), está situado en la costa del Pacífico y es lugar de veraneo y recreación. A pesar de ser pleno invierno, se disfrutaba de una temperatura agradable, casi primaveral. Sus hermosos hoteles con vistas al mar, su paseo escollera en forma de semicírculo frente al auditorio municipal, su parque de diversiones, la variedad de entretenimiento, sus famosas montañas rusas, sus carreras de caballos en juguete, la gran campana de buzo para descender nueve metros bajo el fondo del mar, carruseles, toboganes, etc. formaban un conjunto de lo más variado, que tantos turistas atraen a esa costa.

No tanto quizá como Long Beach, está Santa Mónica, algo más al norte; es una ciudad de muy buen gusto, situada en la costa. Hay un gran malecón que se interna en el mar y es donde la afición de la pesca hace verdadero furor.

Sin duda alguna, lo que da mucho realce y vida a Los Ángeles es ciertamente ese numeroso cortejo de pueblos y ciudades que la circundan y que al mismo tiempo le están unidas por lo que ellos llaman “carros colorados”, que son trenes-tranvías llenos de confort y comodidad. Algunas de esas ciudades en el verano me imagino han de ser verdaderos sitios de concurrencia, pero también me han contado ¡triste es decirlo! que la libertad en el vestir ha de llamar poderosamente la atención, de tal suerte que no duden calificarlo de ambiente netamente pagano. Yo, por mi parte, no lo he visto, a Dios gracias, pero quienes lo han presenciado no aciertan a creerlo.

Dos días antes de mi partida, comencé por despedirme del Colegio “Cathedral High School”, de mis hermanos los Padres Escolapios, que vivían tan distantes unos de otros en parroquias de la arquidiócesis, de mis buenos amigos Mr. Elvis Faith, el inolvidable César Valenzuela, familiares y amistades, familia Ruelas. Por supuesto que antes de partir estuve en la iglesia de Nuestra Señora de Los Ángeles, donde tantas veces había entrado al volver del Colegio al mediodía a hacer una visita al Señor, que está expuesto en adoración continua, y también en la Iglesia de San José para agradecer sus beneficios.

El itinerario de vuelta que me propuse realizar fue como sigue:

1. A San Francisco, con permanencia de ocho días.
2. De aquí, pasando por Sacramento y Reno (capital de Nevada), hasta Salt Lake City, capital de Utah.

3. Cruzando Wyoming, hasta Omaha, capital de Nebraska, donde estuve unas horas tan solo en el hermoso hall de la estación de la empresa.
4. Cruzando el Estado Iowa llegué a Chicago, capital de Illinois. Aquí estuve cinco días, como para conocer el Observatorio de Yerkes en Williams Bay, Wisconsin.
5. De Chicago me dirigí a Buffalo, donde permanecí 4 días, y por último hasta New York, donde tomar el avión de vuelta para Buenos Aires.

Total, que fueron quince los estados particulares que conocí del país unido.

El 8 de febrero fijé mi salida para la ciudad de San Francisco de California, a fin de visitar el no menos famoso observatorio de Lick, el gran amigo de pluma “pen friend” con quien hacía ya seis años que me carteaba, Sr. Miguel Ángel Gallegos y al P. Jesús García Prieto, de quien tan buenas referencias tenía y deseaba conocer. Es que me iba a hospedar en la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe, a cuyo frente está el Rdo. Carlos Murphy, siendo teniente-cura el citado P. Prieto.



Tomé como medio de locomoción el ómnibus de la sociedad de la formidable empresa “Greyhound”. Ahora que he hecho un recorrido tan largo, tan cómodo y, sobre todo, un 60% económico en los ómnibus de la “Greyhound”, me permito traer de propósito algunos datos que leí en un folleto acerca del negocio que realiza esa empresa y que tantos

beneficios reporta a los pasajeros.

No puede ser más humilde el origen: un joven sueco, Carl Wickman, viendo imposible vender el coche con que esperaba realizar un negocio, lo dedicó a prestar servicio como autobús. Más tarde presenció el abuso que había en el servicio entre la ciudad y las cercanías minas de sal de South Hibbing, en Minnesota, y allí se dirigió para hacer competencia y mejorar la situación, donde todo abuso y desbarajuste. Así fue aumentando su negocio, al que le siguió otro autobús. Más tarde se reunieron varios socios, pero la nueva empresa tuvo grandes contratiempos. Hasta que Wickman logró interesar a los ferrocarriles, que compraron acciones y suministraron fondos para realizar sus vastos planes. En 1928 las rutas de la “Greyhound” se extendieron ya a través de los Estados Unidos, del Atlántico al Pacífico. El humilde autobús de antaño se ha convertido hoy en 5800 autobuses magníficos, cuyas rutas miden en conjunto como 136.000 km y transportan anualmente 210 millones de pasajeros.

x-x-x

XI. San Francisco

El 8 de febrero, después de haber dicho misa en nuestra Parroquia de Santa Marta, acompañado del Padre Poblá me dirigí a la estación de la “Greyhound”. Mucho sentí tener que separarme de tan buen Padre, de cuya compañía estuve disfrutando durante casi dos meses, y tan grato bienestar se experimenta con su carácter franco y alegre, característico del temperamento español. Por eso que, al partir de esa ciudad, en un principio experimenté nostalgias de aquel pedazo de suelo que tantas veces había recorrido y que tan buenos recuerdos despertaba en mi alma. Pero los días de vacaciones iban transcurriendo y tenía que aprovechar los que me restaban.

Me despedí, pues, del buen Padre Poblá y esperé ante mi respectiva entrada el momento de subir al ómnibus. En ese intervalo de espera, se me acercó una señora desconocida y me preguntó con enorme sorpresa mía: ¿Es Vd. el Padre a quien espera en San Francisco el Sr. Miguel Ángel Gallegos? Ante mi afirmación, continuó ella diciéndome que también el Sr. Gallegos era amigo suyo, y que le había escrito hiciera lo posible por encontrar mi persona para ayudarme durante el viaje, caso que encontrar alguna dificultad. Me dejó escrita su dirección en mi libreta especial de notas: Miss Mary Nordhausen, Avenida Ocampo 1426, Chihuahua, México. Agradecí respetuosamente su gentileza y le dije que no me extrañaba la actitud del Sr. Gallegos, que aunque personalmente no lo conocía, en la nutrida correspondencia que entre nosotros había existido, de tal suerte volcó en ella a sus sentimientos de hidalguía y generosidad, que la más sincera y cordial amistad nos unía hace mucho tiempo, en un recíproco sentir de afecto y simpatía. Viajamos en el mismo ómnibus hasta San Francisco, mostrándose sumamente atenta en las paradas que hace durante el viaje para comer, descansar, etc. Tuve la suerte de encontrar esa persona con quien alternar en mi propio idioma, y que al mismo tiempo tan culta parecía, pues había viajado por Francia, Bélgica y Alemania.

Partió el ómnibus en dirección a Santa Mónica para tomar el hermoso “highway” que sigue la costa. Algo más afuera de la ciudad en dirección al Norte se levantan en la misma playa y a la vera del camino las preciosas residencias de gran parte del mundo teatral, radio y pantalla. El “highway” se continúa en largo trecho entre el mar y la montaña, hasta que se desvía para serpentear después entre sus faldas y penetrar por esos magníficos y abrigados valles donde se alinean largas filas de naranjos, limoneros y olivos. Por esta parte las montañas ofrecen un verdor de lo más variados matices y tonalidades, de suerte que la gran belleza del paisaje, los constantes cambios de decoración en el panorama y la fisonomía risueña de estos pueblos y ciudades hacen olvidar lo prolongado del recorrido.

Cruzamos la ciudad de Santa Bárbara, donde entre otros edificios se destaca el “Country Court House”, de un estilo netamente españolísimo, glorioso atributo de esa ciudad a los primeros colonizadores españoles; Santa María, San Buenaventura o Ventura, Santa Cruz, San José, hermosa ciudad situada en el precioso Valle de Santa Clara y capital del condado del mismo nombre, y muy importante por el culto cultivo del ciruelo. En esta ciudad y sus alrededores estuve varias veces de paso para ir al Observatorio de Lick en Mount Hamilton y al Parque Nacional de Yosemite.

Doce horas después que salí de Los Ángeles, es decir, a las siete y media de la tarde, llegué a la hermosa y original ciudad de San Francisco. A la estación de Greyhound salió a esperarme mi viejo amigo, que ya he nombrado varias veces, el Sr. Miguel Ángel Gallegos, con su esposa Aida de Gallegos y su encantadora hijita Ramoncita Cecilia. El Sr. Miguel Ángel Gallegos es de origen costarricense, pero español de corazón, como que es el director del Departamento Hispanoamericano de San Francisco. Es una de esas personas que saben captarse las simpatías de quien lo trate apenas entrar en conversación. De una amplia cultura y finísima educación, posee un ascendiente singular en esta población, que los certifica como el verdadero consejero que con su tacto y comprensión sabe allanar las dificultades del momento. Añádase que es un católico ferviente y al mismo tiempo devoto y entusiasta de San José de Calasanz. En uno de los días que tuve la suerte de vivir en su compañía, entronicé el Sagrado Corazón en su hogar, ceremonia que siguieron los tres con gran piedad, de rodillas ante el Corazón de Jesús, que oficialmente, por decir así, iba a ser el Rey y Señor de aquella casa. La esposa llevaba sobre el pecho una hermosa medalla de San José de Calasanz; allí había sobre la repisa del foyer una plaquita de nuestro Santo Fundador, además de otras estampas; les regalé un crucifijo reliquia y en la biblioteca tiene también la vida de nuestro Santo Padre y otros libros que yo les iba

mandando desde Córdoba, pertenecientes a las actividades de nuestra Corporación. Por eso que en el hogar del Sr. Miguel Ángel Gallegos me encontraba como en mi propia casa. Por otra parte, el Sr. Gallegos siempre estuvo preocupándose por mi persona para facilitarme el modo de llegar a California. Guardo toda su correspondencia, que suman muchas cartas de lectura extensa y algunas de ellas sumamente interesantes, escritas con todo cariño y con sueltos de mucho gracejo. Siempre confiaba en la realidad de mi viaje. Cuando se enteró de mi llegada a Los Ángeles, tiempos le faltó para proporcionarme el auto de su gran amigo, el cónsul de Costa Rica de esa ciudad, Dr. Mario Hernández, para conocer el no menos famoso Observatorio de Lick en Mount Hamilton. De todo ello me ocuparé en capítulo aparte.

Volviendo, pues, a mi llegada a San Francisco, Diré que el buen amigo don Miguel Ángel me acompañó a cenar a un magnífico restaurante, donde en franca camaradería y amena conversación nos mirábamos como satisfechos de ese tan feliz encuentro, que tantas veces habíamos planeado y tantas dificultades tuvimos que salvar. Ese encuentro soñado durante tantos años en confidencial y noble correspondencia, nos obligó a desplegar singular energía, que entonces nos premiaba centuplicado, permitiéndonos saborear la alegría de vivir idéntico ambiente y respirar el mismo aire que vigoriza.

Me acompañó después a mi residencia parroquial, situada en la calle Broadway 908, donde dos celosos sacerdotes, el Rdo. Padre Carlos Murphy y el Rdo. Padre Jesús García Prieto, en santa paz y armonía cristiana, dirigen las almas de aquella porción del rebaño de Cristo en la simpática iglesia de Nuestra Señora la Virgen de Guadalupe.

Es una casa hermosa, alegre como el sol de California, por donde pasan al cabo del año muchos sacerdotes en busca de hospitalidad y que tan gentilmente son tratados y considerados por los citados Padres Murphy y Prieto, almas grandes y generosas, llenas de bondad y cariño, como que simbolizan la iglesia nacional española, tal como se le llama en San Francisco. Aquí en esta hermosa parroquia me hospedé durante ocho días en inolvidable compañía con tan buenísimos sacerdotes, y tres días después fue aumentada en dos sacerdotes más, españoles, el Padre Rodríguez y el Padre Silvano Baquedano, navarro, ya amigo de General Paz, y que vinieron para asistir a los funerales por el alma del Sr. Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis, que falleció a consecuencia de un trágico accidente.

Y hablando de San Francisco, diré que es una de las ciudades más lindas que he visto, pues a la belleza de la naturaleza, a su límpido cielo, a su clima benigno, hay que añadir las incomparables obras maestras en todos los ramos de la ingeniería. La Bahía de San Francisco se une con el Pacífico por el estrecho de "Golden Gate" (Puerta de Oro), que aproximadamente tiene una milla de ancho, pero después se abre irregularmente, que la hace aún más atractiva en una superficie de 450 millas cuadradas, estando la parte más distante de su entrada a una distancia de casi 100 km a un lado está San Francisco y en el opuesto Oakland; entre ambas ciudades se levanta como punto de apoyo el inmenso puente que las une, la isla de Yerba Buena. Por otra parte de la ciudad están sus pintorescos acantilados, donde pueden verse soleándose a veces centenares de focas y lobos marinos. También su hermosa playa con un inmenso parque de atracciones. Otra cosa típica de la ciudad es el tranvía a cable. Hay muchas calles que forman pendientes de tan grande declive que de no ser uno muy práctico en el manejo del volante y llevar buenos frenos el coche, da miedo pensar dónde iría a parar. Al principio no podía acostumbrarme y sobre todo el Padre Murphy se reía cuando teníamos que hacer ese recorrido y yo llevaba alarmado las manos a la cabeza. Pues hay que ver eso, señores, para creerlo. En estas calles, pues, donde hay recorrido de tranvías, estos en lugar de cable aéreo eléctrico, emplean uno subterráneo que se mueve como una correa sin fin tirando constantemente;

entonces, para subir aquellas empinadas cuestas, “muerden” el cable, verificándose una verdadera tracción. Estos tranvías son chicos y en el cruce de Powell y Market hay una plataforma en medio de la calle al mismo ras del suelo donde se les da vuelta para iniciar viaje, lo mismo que se hace en las estaciones terminales con las locomotoras. Otra cosa que me llamó la atención fue un inmenso túnel que tenía que cruzar al ir a la casa de don Miguel Ángel. No sé la longitud a ciencia cierta, pero lo que sí puedo decir es que, reloj en mano, al tranvía le costaba ocho minutos cruzarlo, y eso que iba bastante velocidad.

Y no digamos de su edificación, pues comenzando por la Municipalidad, uno de los edificios públicos más preciosos del mundo, cuya cúpula es superior en altura a la del Capitolio de Washington; la Ópera, el Auditorium, sus grandiosos hoteles Mark Hopkins, Fairmont, Historic Palace, San Francisco Hotel, etc.; la telefónica de 141 m de altura, con 26 pisos; La Coit Tower, erigida en la parte superior de la colina del Telégrafo (los panoramas que presencié desde estos lugares tan solo me atrevería a compararlos con los que divisé en New York desde el Observatorio del Rockefeller Center y Empire State Building); los otros enormes rascacielos del centro comercial y continuándose por las magníficas Iglesias de San Patricio, la Catedral, Dolores, la de San Pedro y San Pablo (llamada la Nacional Italiana), con su magnífico carrillón de campanas que tocan el Ave María de Schubert como pude oírlo; la de San Ignacio de los Padres Jesuitas, frente al hermoso Parque Golden Gate, etc., la espléndida plaza de la Unión, en cuyo sótano de cinco pisos caben hasta 2000 coches; la calle Market, arteria principal del movimiento, etc., confirman ese mundo de vida que se agita en el extremo occidental del País Unido.



Al día siguiente de mi llegada, el Padre Carlos Murphy me llevó a pasear por la ciudad y alrededores. Primeros hicimos a uno de los tantos funerales que se iban celebrando por el alma del finado Obispo de la Diócesis, como siempre con la iglesia colmada de fieles pues según me dijeron en San Francisco, hay arriba de 600000 católicos. A continuación, fuimos por el “Cliff House” para

llegar al famoso puente “Golden Gate”. Su construcción empezó en enero de 1933 y terminó en mayo de 1937, elevándose su costo a la suma de 35 millones de dólares. Dos grandes torres de unos 240 metros de altura sostienen sendos cables colgantes de 90 cm de diámetro. El tramo principal, es decir, el comprendido entre las dos Torres. Tiene una longitud de 1400 metros. Su anchura es de 30 metros, de modo que cómodamente pueden pasar seis coches a la vez. El pasajero que quiera cruzar este puente tiene que pagar medio dólar, tanto a la ida como a la vuelta. A la salida del puente y a la derecha, en una hermosa colina, aparece muellemente recostado el pueblo de Sausalito entre mucha vegetación, que le da la fisonomía de un Belén al lado de la costa. Seguimos más adelante hasta la hermosa ciudad de San Rafael, capital del condado del mismo nombre, y allí el Padre Murphy me indicó el lugar donde estuvo la antigua misión española, que, si hoy día no existe más que el recuerdo, dio origen en cambio a la progresista ciudad que perpetúa su nombre. Comimos en un restaurante y a la tardecita volvimos a nuestra Parroquia.

Otro día me llevó a visitar el suntuoso parque Golden Gate. Lo que más me gustó de este es el magnífico invernáculo, donde hay una gran variedad de plantas y árboles de las regiones más exóticas. En uno de los apartados había una rica exposición de preciosos tulipanes y orquídeas.

Contiene también este parque el llamado “jardín japonés”, con sus típicos puentes y sus pagodas; la cascada Huntington, que se abre paso a través de helechos y plantío de arbustos hacia el pequeño lago Stow, donde blancos y negros cisnes y patos alegran la fisonomía del conjunto, de belleza incomparable.

También visité el acuario, muy interesante con sus numerosos apartados, con distintas clases y variedades de peces, todo perfectamente organizado en una galería. Sin duda que el que vi en Chicago me pareció superior. Otros museos como el de Historia Natural, el Museo de Arte, etc.

En resumen, el Padre Carlos Murphy, en medio del movimiento parroquial, todavía encontró tiempo para hacer mi estadía lo más agradable posible, eso que su salud ha sufrido bastante, pero su alma grande sabe encontrar en el cariño que siente por el sacerdote, aquellas atenciones que para los que estamos de paso dejan un recuerdo imperecedero, porque sabemos valorar el verdadero espíritu sacerdotal que las anima.

x-x-x

XII. Con el Padre Jesús García Prieto.

Sería faltar a la más elemental regla de educación, si no dedicara en este relato de mi viaje un capítulo especial en recuerdo de este benemérito sacerdote, a quien de un modo particular iba recomendado por el padre Silvano Baquedano, amigo nuestro desde que estuvo por Córdoba hace tres años, y que él mismo escribió a San Francisco y me entregó una carta de presentación. En realidad, al Padre Prieto ya había escrito antes, y ahora que conozco el ambiente de aquel punto, me explico su prudente silencio, dejando las cosas a mi buen amigo el Sr. Miguel Ángel Gallegos, que me ponía al tanto de todo.

Las circunstancias cambiaron, sin embargo, y entonces, con toda delicadeza, el Padre Prieto se interesó por mi persona a fin de que mi permanencia en San Francisco, ciudad conocida únicamente por estudio, fuera provechosa. Con solo citar el paseo al Parque Nacional de Yosemite, me creo en la obligación moral de darle a conocer a mis Superiores, sintiendo lo que pudiera herir su modestia; pero la sinceridad de mis palabras, más diáfana que la atmósfera que anima aquel maravilloso rincón de la naturaleza de Yosemite, No aspira sino a testimoniar la gratitud de mi corazón, que me impulsa a relatar detenidamente sus finezas, que nunca podré pagar, pero sí reconocer.

El día 10 de febrero se realizó el último funeral de cuerpo presente en la Catedral de Santa María por el Ilmo. Señor Obispo Dr. Tomás O'Dowd, Auxiliar de la Arquidiócesis de San Francisco. Acompañado del Padre Prieto, nos hicimos presentes en la Catedral, en la que he llegamos a juntarnos casi 500 sacerdotes entre los del clero secular y regular. Estaban presentes además los Sres. Arzobispos de Los Ángeles y Portland; los Sres. Obispos de Salt Lake, Reno, San Diego, Fresno, Great Falls, Sacramento Boise; los Obispos Auxiliares de Seattle y San Francisco, además de 25 Monseñores con sus características vestiduras de rojo y púrpura. Dijo la Misa el Sr. Arzobispo de San Francisco, que había ordenado al finado, primero de sacerdote y después de Obispo, ya que no contaba más que 43 años. El coro del Seminario cantó admirablemente la misa gregoriana de Réquiem, mientras que en el amplio presbiterio el ceremonial desplegó toda la solemnidad que la Iglesia Católica tiene para sus ministros de alta jerarquía. La oración fúnebre estuvo a cargo de Monseñor Manning, Obispo Auxiliar de Los Ángeles, quien al final leyó el mensaje de condolencia enviado por Su Santidad el Papa Pío XII. Se hicieron presentes el Sr. Gobernador, el Intendente, representaciones militares y navales, altos dignatarios del Estado y además una multitud de fieles, no obstante la molesta llovizna que caía. Al terminar el funeral esperaban al pie de la escalinata, en correcta formación, un destacamento de policía y otro de

bomberos para escoltar el cadáver hasta el sepulcro, en número de 200. Pude ver también a varios colegios católicos de niños y niñas que, vestidos con su uniforme particular y acompañados de las Hermanas y Maestros, se hicieron presentes a despedir a su gran protector, como fue el finado, decidido luchador por la educación religiosa. Todo el tráfico de ómnibus y tranvías quedó paralizado en el área próxima a la Catedral. Fue en verdad algo imponente que explica aquel dicho tan popular: “Sucederá cada muerte de Obispo...”

Este triste suceso motivó la llegada de gran número de sacerdotes, entre los que vinieron a nuestra Parroquia los Padres, Rodríguez y Baquedano. Me alegré muchísimo de poder encontrarme de nuevo con tan simpático Padre, que ya visité en su parroquia de San Malaquías, en el pueblo de Tehachapi. Nos juntamos, pues en la Casa cinco Padres, que aquello parecía ya una comunidad, y en la más cordial camaradería transcurrieron los dos días que estuvieron. Como pude ver, hay en esta nación muchos más sacerdotes españoles de los que suponía, y en las Congregaciones Religiosas parece que los Superiores los traen ya de jovencitos para que aprendan bien el idioma; al menos así lo pude ver en la casa de estudio de los padres Claretianos de Domínguez.

El día 11 el Padre Prieto me sacó a pasear por Oakland. Para eso tuvimos que cruzar el espléndido Bay Bridge, el puente que une estas dos ciudades, llamado “Milagro de Puentes”. Tiene una longitud de 12 km desde donde inicia su recorrido, que a través de la isla Yerba Buena se continúa de oeste a este hasta Oakland. Empezó su construcción en julio de 1933, completándose en noviembre de 1936. Alcanzando su coste. La cantidad de 77 millones de dólares. Los tramos correspondientes a San Francisco están a 72 metros sobre el nivel del agua, de modo que cómodamente pueden pasar aun los buques de mayor tonelaje. La característica del puente es que tiene doble piso: el superior para los coches particulares, pudiendo cruzarlo cómodamente hasta seis autos a la vez. El piso inferior sirve para el ferrocarril interurbano, con doble dirección por una parte y en la otra para ómnibus y camiones, con capacidad para tres unidades simultáneas. Hay en esa construcción un verdadero derroche de cemento y acero, construcción que para mí es la más hermosa que vi de las de su clase, y eso que he cruzado bastantes a través de sus grandes ríos (San Joaquín, Sacramento, Missouri, Mississippi, Rock, Ohio, etc., Los muchos que hay en New York y los que tuve que cruzar para ir a Washington). El tramo correspondiente a Oakland, es decir, desde la isla Yerba Buena, tiene distinta estructura, pero en su primera mitad ofrece también mucho interés. Como graciosamente me decía el Padre Prieto, este puente constituye la “sinfonía del cemento y del acero”. Hay que pagar 25 centavos de dólar para cruzarlo, tanto a la ida como la vuelta. Recorrimos, pues, la ciudad de Oakland, sus parques, el lago artificial, edificación no tan monumental, por supuesto, como la de San Francisco, pero elegante; sus calles limpias, etc. Volvimos a cruzarlo de nuevo y fuimos al muelle de pescadores, al puerto, al mercado, donde se podía ver gran cantidad de langostas y cangrejos de mar, amén de otras variedades de pescado. Después fuimos a la Coit Tower en la colina del Telégrafo, desde donde se aprecia en su magnitud la bahía, puerto, puentes y rascacielos, etc. Más tarde entramos en la hermosa Iglesia Nacional Italiana de San Pedro y San Pablo, con su característico carrillón, etc.

Es costumbre de la Iglesia Nacional Española que, como he dicho, reside en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, regentada por el Padre Murphy y el Padre Prieto, hablar por radio en la tarde del lunes durante 15 minutos para el público de habla castellana, exponiendo algún punto doctrinal católico o sobre la fiesta que se celebra, etc. Esta misión esta confiada a dos sacerdotes, uno de ellos es el Padre Prieto. Como le correspondía el turno en el próximo lunes, me insinuó y después me invitó constantemente a que hablara por radio, ofreciéndose en cambio a llevarme al Parque Nacional de Yosemite. En un gran apuro me puso este buen Padre, reconociendo, por

otra parte, que era inmenso el beneficio que me hacía, ya que todas las cosas tienen sus dificultosos principios, y la conquista más grande a que se puede aspirar es a la de uno mismo, con el dominio de la voluntad. Me excusé en un principio por mi falta de práctica, pero el buenísimo Padre, que ni mucho menos rehuía el trabajo para el que le sobraba práctica y, sobre todo, talento, me porfiaba una vez y otra, hasta que no tuve más remedio que aceptar contra toda mi repugnancia. Me pasé todo el día preparando unas planillas que, a pesar de lo sencillo del tema, como que era algo sustancial a nuestra Corporación, me costaron “Dios y su ayuda” para terminarlas. Por fin, con la dirección del buen Padre pude llegar a la meta. La estación de radio está en Oakland, así que tuvimos que entonar otra vez la sinfonía del cemento y del acero, cruzando el famoso puente para llegar a la radio. Cuando subimos estaba hablando un pastor Protestante con la consabida lata de dislates, como acostumbran (el hielo caliente al lado de la frialdad de la prédica protestante). Hizo la presentación el mismo Padre Prieto y allí leí las planillas preparadas, cabiéndome el inmerecido honor de hacer una sucinta relación de nuestro glorioso Padre, ya que el tiempo permitido no autorizaba para más. Ni qué decir tiene que el Padre Prieto cumplió su palabra en toda la extensión: la magnífica e inolvidable excursión al Parque Nacional de Yosemite, que habíamos planeado y que llevamos a cabo el 15 de febrero. Si ese día no hicimos 800 km en su auto particular, no caminamos nada.

Salimos a las 4 de la mañana con un cielo estrellado que presagiaba la claridad del día que se avecinaba. Nos dirigimos hacia la hermosa ciudad de Merced por el riquísimo valle regado por el río San Joaquín, cuyo ancho cauce cruzamos varias veces, pasando además por los pueblos de Livermore, Tracy, Vernalis y Modesto. Desde Merced nos desviamos del magnífico “highway” y tomamos rumbo hacia Mariposa, cruzando bosques de gigantescos árboles, haciendo un sinfín de curvas por aquellas profundas gargantas entre aquel laberinto de montañas de tan variado verdor, donde parece que el río Merced, en titánica lucha, pudo finalmente abrirse paso para rendir tributo de vasallaje y pleitesía al río San Joaquín. Mariposa es un lindo pueblo situado en un valle bastante cerrado y que constituye la antepuerta del propiamente valle de Yosemite. Por toda esta parte sus casitas son típicas, parecidas a las que vi después en la parte alta de la California, formadas de gruesos troncos de árboles, pero diestramente colocados y con muchos caprichos en hábil construcción que le dan un hermoso aspecto. Por fin, después de varias horas de viaje, llegamos a Yosemite. Al oeste de la cordillera de Sierra Nevada, casi a 400 km de San Francisco, está situado este magnífico valle a una altura de 1500 metros sobre el nivel del mar. Más bien se le podría considerar como una garganta, que por la acción erosiva de los glaciares y del río Merced en torrencial corriente, abrieron un cañón que fue ampliándose hasta darle la forma de una V algo irregular. Como se puede observar, las paredes de este singular valle están constituidas por majestuosas rocas de granito que alcanzan algunas la altura de 500 metros, por donde se desploman en magníficas colas de caballo grandes masas de agua, según la época del año, siendo el tiempo más propicio para apreciar estas bellezas y caprichos de la naturaleza los meses de mayo y junio, cuando el deshielo de las nieves que se vienen acumulando durante el invierno incrementa extraordinariamente su caudal. La más importante de estas interminables cataratas es la llamada Yosemite Falls, cuya altura equivale aproximadamente a nueve veces la del Niágara. En el mes de julio todavía se continúan, pero en agosto desaparecen completamente. Cuando estuvimos en el mes de febrero, época de las nieves, aún caía bastante agua.

El valle, que próximamente tendrá 10 km de largo por 1 y medio de ancho en la parte más amplia, está rodeada de gigantescas rocas. Estas, por efecto de la erosión, presentan distintas formas, que han sido bautizadas con diferentes nombres según la apariencia o semejanza a cosas de la vida ordinaria: así, el “Half Dome”, porque parece una cúpula a la que se le hizo una

sección de arriba abajo. Este se alza airoso sobre el nivel del valle a una altura de 1600 metros. Una hermosa vista sobre la entrada del valle se tiene desde la boca del túnel llamado Wawona, que conduce a las milenarias secuoyas de Mariposa. Aquí es donde hicimos alto para tomar nuestras provisiones. Otra cosa muy interesante es la característica inmediata entrada, que se hace por entre dos enormes monolitos que parecen centinelas avanzados, que ceñudos vigilan a los pasajeros como si se sintieran celosos de proteger los secretos de la naturaleza.

Por toda esta región, debido a las distintas alturas, desde los 600 metros hasta los 4000 y las variadas condiciones de humedad, la flora tiene espléndida representación, ya que los naturalistas han llegado a calcular arriba de 1000 variedades. Lo mismo la fauna, con sus 50 especies de mamíferos y más de 200 variedades de pájaros. Los animales de toda esta parte son todavía salvajes, y como tales hay que tratarlos. Los osos son peligrosos, y por eso la ley manda que se les observe de lejos y está prohibida su caza, como también la de las gacelas, ciervos y venados. Estos animales están bastante acostumbrados a los visitantes, pues se muestran más dóciles. Pude ver varios que se acercaban con confianza.



Otro aspecto muy interesante de este hermoso lugar y alrededores consiste en que, a pesar de estar aquello tal como evolucionó en su época originaria, se encuentran en el mismo corazón de su soledad todas las comodidades que uno necesita. Un magnífico hotel de estilo en conformidad con el ambiente, correo, casas de comercio, museos, restaurantes, etc., todo tan bien distribuido, y al lado de caminos de macadam, y disimulados con lo agreste del paraje que no desmerece con su construcción la apariencia salvaje que se pretende conservar, de suerte que en perfecta armonía se dan de la mano los tiempos prehistóricos con los últimos adelantos de los tiempos modernos.

Fue un paseo que deja recuerdo para mucho tiempo, y para los aficionados al estudio de la naturaleza, nada mejor que unas vacaciones estivales con un programa bien preparado, puesto que el mismo Gobierno ha puesto a su disposición en el mismo paraje el magnífico Museo de Yosemite, donde en relieve figura todo el proceso de formación geológica de la corteza de su suelo en sus diferentes capas, un jardín de flores silvestres, y al mismo tiempo exhibiciones de la vida e historia de los Indios de Yosemite, su modo de alimentación, industria, caza, armas de defensa, etc. La biblioteca especial es el complemento de esta clase de estudios. Este Museo tiene también sus sucursales sobre el terreno en Mariposa para saber la historia de las secuoyas gigantes; en Glacier Point, pequeño observatorio que predomina el Valle y el inmenso Mar de Piedra que se alza sobre el mismo; Y en Toulumne, igualmente, se puede gozar de las nobles

satisfacciones que reportan estos conocimientos tan útiles para los especialistas del ramo. Todos estos lugares tienen cómodo y fácil acceso por hermosos caminos macadamizados, no habiéndose economizado ningún gasto a fin de proporcionar al virtuoso de esta clase de cultura naturística los medios más adecuados para su desenvolvimiento. Con un realismo sin igual en esta inmensa área conocida mundialmente con el nombre de Parque Nacional de Yosemite, la industria del hombre ha completado la labor de la naturaleza.

De un hermoso e ilustrativo folleto que adquirí en una de las tiendas del valle, entresaco algunos curiosos datos de las secuoyas gigantes de Mariposa, donde la premura del tiempo impidió acercarnos. Esta famosa arboleda contiene unos 200 árboles de enorme tamaño, algunos de los cuales parece que tienen arriba de 3000 años, como el “Gigante Grizzly”, que mide en su base 32 metros de circunferencia y una altura de 70 metros, el “Columbia”, de 30 metros de circunferencia por 90 de altura, y otros que llevan nombres de ciudades o personajes ilustres como Lafayette, Washington, Virginia, California, etc. En esa parte de Mariposa está la mayor arboleda, pues todavía hay dos más al norte del Valle, aunque su número es inferior. Son las de Toulumne y Merced.

Repito que fue un paseo magnífico. Hicimos la vuelta por distintos caminos, siempre con la buena voluntad del inolvidable Padre Prieto en su deseo de hacerme conocer mejor toda esta región. Pasamos por Los Baños, Gilroy, San José, donde cenamos, para llegar a casa bien entrada la noche. El Padre Prieto se mostró en este viaje como un volante de primera categoría, pues hace falta mucha pericia y no poco valor para manejar, y a no pequeña velocidad, por aquellas curvas tan cerradas; cierto que la excelencia del camino y el ajuste del coche inspiraban confianza, teniendo además la suerte de salirnos un día de visibilidad completa, aún en la parte más alta de la sierra. Por eso digo que la excursión no pudo ser más feliz.

Mi querido Padre Prieto, cuando llegue a tus manos esta humilde relación, fruto de la gratitud y recuerdo, imagínate que el propio autor te la entrega con el consabido estribillo norteamericano: “Thank you very, very much for your kindness”.

XIII. En el Observatorio Astronómico de Lick.

Como dije anteriormente, apenas el buen amigo don Miguel Ángel se enteró de mi llegada a Los Ángeles, en la primera carta que me escribió ya me anunciaba solucionando el problema de movilidad para visitar este magnífico observatorio. El cónsul de Costa Rica en San Francisco, Dr. Mario Fernández, en un gesto de caballerosidad, brindóse gustosamente para acompañarme. Él fue quien se adelantó en venir a visitarme a la residencia de don Miguel Ángel, quien con todo afecto me presentó a su paisano y amigo. Hice también en el hogar del cónsul la entronización del Corazón de Jesús, e invitó a muchos amigos y paisanos suyos para la fiesta que con ese motivo dio en su casa. Con todo respeto y seriedad, siguieron los asistentes la ceremonia, siendo después muy felicitado el Sr. Cónsul, reinando en el ambiente aquella sana alegría que solo la amistad cristiana sabe despertar. Antes de volver a la Parroquia convinimos la fecha del viaje, acordando que vendría a buscarme después del mediodía.

El Observatorio de Lick está situado a unos 130 km de San Francisco y 42 km al este de San José, en el Valle de Santa Clara, capital del condado del mismo nombre, y a 1300 metros sobre el nivel del mar. Su fundación se debe al insigne bienhechor norteamericano Jaime Lick, quien fue en un principio ebanista y constructor de pianos y órganos. Prosperando más tarde en sus negocios, llegó a alcanzar la no despreciable suma de 3 millones de dólares, que en su testamento legó para muchas obras de beneficencia, otras de carácter patriótico, y finalmente otras con fines científicos, siendo la más importante la del Observatorio que lleva su nombre, para la que destinó la cantidad de 700.000 dólares. Él mismo estableció que fuera lo mejor de su

construcción, hasta la fecha 1879, y si quedara algún remanente de esa cantidad, se invirtiera en fondos del Estado a fin de seguir amparando la institución con los intereses. Jaime Lick un año antes de su muerte, seleccionó el lugar en Mount Hamilton, con la condición de que el Condado cooperara con la construcción de un excelente camino hasta la cumbre de la montaña, condición que, por supuesto, fue aceptada inmediatamente. Se consultó a los mejores profesores en materia astronómica, y después de un prolongado y concienzudo estudio de la pureza del aire y del cálculo del mayor número de posibilidades de observación nocturna, se fijó el lugar donde existe actualmente, iniciándose los trámites en 1879, para llegar al final de su construcción el 1 de junio de 1888. A 600.000 dólares llegó la inversión del monto total, cumpliéndose más tarde la voluntad del bienhechor a formar con los 90.000 dólares restantes un fondo permanente a favor de la institución. Ofrece la particularidad de ese Observatorio, lo mismo que pude ver más tarde en el de Yerkes en Wisconsin, cerca de Chicago, que, a diferencia de Mount Wilson, está todo reunido en el mismo edificio, formando un solo cuerpo, vale decir que al lado de las torres de los grandes instrumentos paralácticos y como continuación de ellos, están la biblioteca con 19000 volúmenes, cuartos para calculistas, salas de preparaciones fotográficas, archivo, salas de revelado, departamentos para el servicio, dirección, etc. En Mount Wilson solo los telescopios gigantes están en la montaña, pero lo principal del trabajo, es decir, el estudio científico sobre lo que el aparato descubre, todo ello se desarrolla en las magníficas oficinas de Pasadena, según dije al hablar de Mount Wilson. En la actualidad el Observatorio depende de la Universidad de California, acudiendo los estudiantes avanzados que quieren graduarse en el doctorado de ciencias astronómicas a este centro de observación, lo mismo que los extranjeros que acuden en conocimiento de los grandes aparatos, que tantas veces se



mencionan en la enseñanza de la cosmografía. Se dan por muy bien pagadas todas las molestias, que no son pocas, originadas en estos larguísimos viajes.

El 12 de febrero salí después de comer con el Sr. Cónsul y varios paisanos suyos en dirección del Lick por un espléndido “freeway” que siguió toda la costa de la bahía, hasta que nos internamos en el Valle de Santa Clara rumbo a la ciudad de San José. Ese trayecto ofrece la singularidad de tener otras

carreteras que la cruzan en varios sentidos, y en todos esos lugares hay preciosos puentes de hormigón que elevan el tráfico para la seguridad del público, formando en sus construcciones magníficas curvas que alardean de esbeltez y elegancia. Y antes de llegar a San José se ven a ambos lados del camino extensos cultivos de árboles frutales, duraznos, albaricoques y de un modo especial el ciruelo, que constituye una de sus principales riquezas. Vimos también varios aeródromos y en uno de ellos se alzan unas construcciones raras de forma semicilíndrica que sirven para probar la resistencia de los aviones. Llegados a San José, nos desviamos hacia el pueblo de Livermore para iniciar la subida, que en algunos puntos resulta muy pronunciada, hasta que finalmente llegamos a la cumbre.

El día era domingo, y a pesar de que estaban cerradas para el público las visitas del Observatorio, la Dirección tuvo la gentileza de mostrarnos todos los aparatos y demás dependencias de la casa.

Nos hizo pasar a la hermosa biblioteca y me obsequiaron con varios folletos ilustrativos, de los que he sacado numerosos datos para escribir el presente artículo. Allí estuvimos esperando al Director del Observatorio, Dr. Charles Donald Shane, quien, avisado por teléfono, no tardó en presentarse. Fui presentado por el Sr. Cónsul y, después de mostrarle la recomendación del Observatorio de Córdoba, él mismo nos acompañó, hablándonos de los trabajos realizados por el Observatorio o bajo su influencia y dirección, y que gustosa y someramente paso a describir a continuación.

Por de pronto, el alma de este Observatorio reside en el grandioso telescopio ecuatorial refractor, de 910 mm de diámetro y 17,60 metros de distancia focal, que al presente tan solo lee supere el de Yerkes. En los anteojos refractores, la imagen es formada por una lente y examinada por un ocular, como en un ordinario catalejo. La montura ecuatorial, según se estudia en cosmografía, permite girar el instrumento alrededor de dos ejes, uno que es paralelo al eje polar de la Tierra y el otro paralelo al plano del ecuador. Un aparato de relojería mueve el telescopio alrededor del eje polar para acompañar sincrónicamente el movimiento aparente de las estrellas. El poder óptico varía desde los 270 hasta los 3000 diámetros, del mismo modo que en el microscopio se modifica el aumento de la imagen cambiando uno de los dos oculares. El piso de ese lugar de observación, que tiene un diámetro de 20 metros, puede ser variado en altura en un recorrido de 6 metros, a fin de tener la comodidad conveniente para el estudio del cielo.

Hay otro anteojo refractor ecuatorial de 30 cm. y 4,50 metros de distancia focal, idéntico al que posee el Observatorio de Córdoba.

Un círculo meridiano, o anteojo meridiano, de 15 cm para calcular con precisión las posiciones de las estrellas en el momento de su paso por el meridiano local.

Un anteojo reflector de 910 mm de diámetro, regalado al Observatorios por el inglés Eduardo Crossley. En estos anteojos, la luz es traída a un foco por uno o varios espejos en vez de la lente, como en el refractor.

Un astrográfico de 50 cm y de 4 metros de distancia focal. Fue regalado por la institución Carnegie, que al mismo tiempo sufragó los gastos de la cúpula, cámara oscura, oficinas, etc. A decir verdad, el astrográfico fue lo que más me gustó. Contiene fotografías de 45 cm por 43 en toma directa. El Dr. Shane nos mostró varias; es algo magnífico.

También había un anteojo especial para buscar cometas, delicados sismógrafos y otros telescopios más chicos, obsequio todo ello de amigos, bienhechores y corporaciones científicas. La voluntad del insigne fundador aspiraba a que este centro de cultura cosmográfica fuera el mejor de los de su clase. Desde aquel entonces, enormes progresos se han realizado en ese campo de la técnica óptica, superando por cierto a Lick. No obstante, el Dr. Shane nos dijo que próximamente se iba a construir otro ecuatorial refractor de 3 metros de diámetro y 25 metros de distancia focal. Una partida de un millón y medio de dólares ya ha sido votada por las Cámaras del Estado de California. El Dr. Shane nos enseñó el terreno donde iba a construirse. Para eso hubo necesidad de retirar algunas casas, que lo han verificado sin necesidad de demolerlas, cosa allí bastante común.

Muy variados han sido los trabajos realizados por el Observatorio de Lick. En un principio el sol era fotografiado todos los días de diáfana visibilidad, y el material así acumulado era clasificado para el estudio de las manchas solares y su distribución. Empero, cuando se fundó Mount Wilson se relegó a este Observatorio aquel trabajo, y toda su actividad sobre el estudio del Sol se ciñó a las observaciones de los eclipses.

Como estudiamos en Cosmografía sobre la importancia de los eclipses, quedan muy compensados todos los trabajos que significan trasladarse a regiones extrañas con el consabido ajetreo de preparativos e instalaciones, y eso para el corto intervalo de tiempo que duran los eclipses totales de sol... por esas aportaciones científicas, fruto de observaciones únicamente factibles en estos preciosos precisos momentos. Así, por ejemplo, el conocimiento de la corona solar se debe a estas observaciones que nos revelan la constitución química del Sol.

Otra experiencia muy importante que también citamos en cosmografía es la que tiende a comprobar la moderna Teoría de Gravitación de Einstein, que explica con más exactitud que la de Newton ciertos fenómenos. Según la teoría generalizada de la relatividad de Einstein, la luz que proviene de las estrellas al pasar contiguo al Sol es desviada en su camino por la atracción que la gravitacional de aquel. Si dos estrellas están aparentemente próximas al Sol, pero en lados opuestos, deberán, de acuerdo a esta teoría, parecer un poco más distantes entre sí que lo estaría si el Sol estuviera en otra parte del cielo. En el eclipse total de 1919, los ingleses astrónomos con Eddington en el Brasil y en África obtuvieron una confirmación parcial de esta hipótesis con algunas estrellas. Cúpole la gloria a los observatorios de Lick en el eclipse total de 1922 en Australia, empleando cámaras especiales diseñadas para ese fin, obtener excelentes series y fotografías testimoniando la teoría de Einstein. El número y distribución de estrellas fotografiadas en las regiones inmediatas al Sol permitieron exactamente determinar el desvío de la luz de las estrellas del borde del Sol. El ángulo de desviación media 1 segundo con 72 centésimas ($1''72$). El calculado teóricamente por Einstein, era de 1 segundo con 745 milésimas ($1''745$). Este mutuo convenio entre la observación y la teoría hay que considerarlo, sin duda alguna, como una realidad del corrimiento de Einstein.

Hoy son nada menos que 17 expediciones que organizó ese Observatorio a los más apartados lugares del globo, figurando entre ellos Sumatra, Egipto, India, España, Japón y varios de la misma América. Como siempre, generosas amistades del Observatorio aportaron su concurso para sufragar los grandes gastos que tales movimientos originan.

Como consecuencia de estas y otras observaciones, también se ha llegado a la conclusión de que no existe planeta alguno en los espacios intermercuriales de tamaño apreciable para justificar el corrimiento anual de $42''$ (cuarenta y dos segundos) del perihelio de Mercurio en sentido retrógrado, no quedando otros recursos para su explicación que la citada teoría del sabio Einstein.

A este observatorio también se debe gran parte de los trabajos realizados para confirmar la distancia Tierra-Sol por medio del planetoide Eros, según estudiábamos en años pasados. Esta distancia de 150 millones de kilómetros es lo que forma la unidad básica astronómica.

Y no digamos de los trabajos realizados para el cálculo de las velocidades radiales de las estrellas mediante el corrimiento de las rayas del espectro hacia el rojo o violeta, según se acerquen o alejen de nosotros, conforme al principio de Doppler; arriba de 40.000 espectrogramas han sido obtenidos.

Durante los años de 1903 hasta 1929, este importante Observatorio estableció una sucursal con un anteojo reflector de 37 pulgadas en el cerro de San Cristóbal, al lado de Santiago de Chile, con el fin de determinar las velocidades radiales de las estrellas más brillantes, y completar así el trabajo que se inició en Lick en 1896, pues se aspiró a extenderlo por todo el cielo. Al terminar esos trabajos, el Observatorio y su equipo fueron vendidos a la Universidad Católica de Chile.

Como homenaje del Observatorio a su insigne fundador, Jaime Lick, su cuerpo fue sepultado al pie del mismo refractor.

Finalmente, el Dr. Shane nos invitó a tomar el té a su casa, que está contigua al Observatorio. Nos presentó el libro de visitas, donde anotamos nuestra dirección, y nos dio una tarjeta personal suya, agradeciendo por nuestra parte todas sus atenciones, y de modo particular los preciosos folletos que resumen la historia de este centro de cultura y de los que extracté estos numerosos datos.

Antes de acabar el presente capítulo, dejo constancia de mi reconocimiento al Sr. Cónsul de Costa Rica, Dr. Mario Hernández, por este precioso paseo al Observatorio de Lick, que solo conocía de estudio y que era uno de los lugares que deseaba visitar. Fue, repito, una magnífica excursión en todo su trayecto, pues al aspecto científico se juntó lo espléndido del día, que permitió observar los puntos más lejanos, como la Sierra Nevada, todos los picos que rodean Yosemite, uno de ellos el "Half Dome", el espacioso valle de Santa Clara en toda su amplitud, etc.

X-X-X

XIV. Rumbo al Este.

Solamente estuve ocho días en esta ciudad original de San Francisco, y gracias a la gentileza de los buenos Padres Murphy y Prieto y del Sr. Cónsul de Costa Rica en atención al citado varias veces Don Miguel Ángel Gallegos, pude conocer gran parte de la ciudad y sus alrededores, que tan grata impresión dejan y tan buenos recuerdos proporcionan. Pero el tiempo me apuraba, así que me vi obligado a continuar viaje, no sabiendo si hacer parada en Salt Lake City o en la ciudad de Omaha. El trayecto hasta la primera ciudad me resultó muy largo, pues si el viaje por California es hermoso y entretenido, no así cuando llegó la noche, que coincidió precisamente al dejar este estado y penetrar en el desolado y pobrísimo estado de Nevada a eso de las seis y media de la tarde.

Me acompañaron a la estación de la Greyhound el Padre Prieto y Don Miguel Ángel, despidiéndome en la parroquia del Padre Murphy, que momentos antes de partir me dio un recuerdo, que este es el momento que todavía agradezco. Un fuerte abrazo con tan buen Padre fue la rúbrica de mi permanencia en aquella simpática casa, cuyo solo nombre me emociona, la Parroquia de Nuestra Señora de la Virgen de Guadalupe, Broadway, 908, San Francisco II, California. La hora de salida del ómnibus era a las nueve de la mañana, y la llegada a Salt Lake City a las siete del día siguiente, de modo que tenía muchas horas de viaje. Me despedí igualmente del Padre Prieto y de don Miguel Ángel, quiénes, conocedores del ambiente, me dieron sabias orientaciones, iniciando después la marcha rumbo a Salt Lake. Cruzamos de nuevo el famoso puente, pasando por Oakland, Berkeley, en cuyas cercanías se podían ver inmensos tanques de petróleo. Más adelante cruzamos ya en su desembocadura del río San Joaquín por un espléndido puente de hierro, siguiendo después por entre montes cubiertos de gramínea hasta antes de llegar a la ciudad de Sacramento. Para salvar unos terrenos muy bajos, cruzamos un puente de seis millas, llegando al mediodía a la capital del Estado de California, Sacramento.

Esta ciudad fue fundada por Juan Sutter en el siglo pasado, llamándola "Nueva Helvecia". El hallazgo de precioso mineral aurífero por uno de sus criados, motivo esa extraordinaria inmigración, que en muy poco tiempo fue poblando toda esta región, dando origen a las hermosas ciudades que pueden verse. Una de estas fue Sacramento, a orillas del río del mismo nombre. Nosotros cruzamos este río por el puente Torre, llamado así debido a que en su mitad hay dos altos elevadores para alzar el tramo central a una altura tal que fácilmente dejan paso a las embarcaciones. Pues este río constituye para el transporte una gran arteria de vida comercial. Nos llevaron por lo principal de la ciudad y así pude darme cuenta del hermoso Capitolio, rodeado de bellos jardines; de la Catedral del Santísimo Sacramento, de sus hermosos

parques y otros edificios grandiosos (Elks Club, Hotel Senator, City Hall, etc.) Descansamos aquí una hora para comer y continuamos viaje, pasando un espléndido viaducto hacia el pueblo de Auburn. De aquí seguimos hasta Truckee. Todo el trayecto es una continua subida por entre elevadas montañas cubiertas todas de espesos bosques de pinos; es de la parte de California, la más montañosa que he visto, con panoramas espléndidos que hacen muy entretenido el viaje. Por mucho tiempo viajamos contiguos a la línea del tren que en toda esta parte se halla protegida por fuertes empalizadas, y a veces entubada por túneles artificiales para proteger el tren de las tempestades de la nieve, que aquí se acumula en gran cantidad. Nuestra carretera misma se hallaba en esta altura por una pared de nieve de casi tres metros. Llegamos por fin a la parte más alta del camino, 2200 metros sobre el nivel del mar. Aquí nos detuvimos unos minutos para contemplar el panorama. A pesar de estar en pleno invierno, el frío no molestaba mucho, como lo experimenté más tarde en el Este. Desde esta altura se podía ver en el fondo el hermoso lago Dorner, convertido en límpido espejo de hielo. Igualmente, en toda esta región montañosa se veían magníficas casitas de construcción original, ya que muchas de ellas aparecían como formadas por troncos de árboles; ni qué decir de hoteles, colegios y clubs de esquiadores, pues no faltaban buenas pistas. A las cinco de la tarde llegamos a Truckee, hermosa ciudad serrana. Ahí nos detuvimos bastante para descansar.

Este pueblo fue el último de mi inolvidable California, de esa California que tanta riqueza encierra suelo, de la que tan magníficos panoramas embelleció la naturaleza; de esa California donde los infatigables misioneros españoles engendraron para la Iglesia a miles de infieles, extendiendo el Reino de Jesucristo acá en la tierra; de esa California que tanto sabe a España aún hoy día por el idioma, por ese número de hijos suyos que allí viven, por el de los hijos de sus hijos, es decir, los de esas naciones de estirpe hispana que miran con cariño a la Madre Patria; de esa California cuyo sol parece que se asoma con aire andaluz, pues todo se presenta lleno de vida y colorido; la California de risueños valles, de altas montañas, de espaciosas playas, de espléndidos caminos; de esa California tan cerca del cielo con su potencial astronómico y penetrando las entrañas de la tierra con su labor petrolífera. Sacrifiqué mi deseo de volver a España, más tú, California me premiaste con creces, pues en tus templos, en tus aulas de enseñanza, en tus museos, en tantos hogares, en el relato de tus recuerdos, en tu historia, en tu tradición, en el corazón de tus buenos hijos me descubriste como por arte mágica de esa misma España, la España del pasado con su grandeza, la del presente con su hidalguía y la que todos anhelamos con la aureola de la inmortalidad. Por eso que al dejar tu suelo y penetrar en el extranjero me sentí más español que nunca. Por eso que no te puedo olvidar, California; eres un pedazo de España, mas con distinta etiqueta.

Dejamos pues el Estado de California y como si corrieran unas cortinas, automáticamente apareció el estado de Nevada, cuya capital es Carson City, muy próxima a Reno, ciudad de nuestro tránsito. Es que íbamos como encajonados por un profundo y estrecho valle, por donde corrían a la vez el río, el ferrocarril y nuestra carretera. No tardamos en llegar a esa fatídica ciudad de tan triste recuerdos que, aunque de hermosas construcciones, se encuentra rodeada de pobrísimos alrededores. Nos detuvimos unos minutos para proseguir viaje por Lovelock. Aquí, durante el breve descanso, conocí casualmente a un matrimonio navarro que me presentó a otros amigos suyos, quienes me dieron la dirección de una familia de Salt Lake City y que tenía hotel. Agradecí su atención y, pasando por el pueblito de Elko llegamos a las siete de la mañana a la no menos importante ciudad de Salt Lake City, capital del Estado de Utah.

Está situada esa ciudad en el Valle del Gran Lago Salado, y protegida por el Este por las altas montañas Wasatch, cuyas cumbres aparecían cubiertas de nieve, hallándose el famoso lago al Oeste. Los mormones, en bien pequeño número por cierto, la fundaron a mediados del siglo

pasado, prosperando enormemente, hasta convertirse en la actualidad en una importantísima ciudad. Como me sentía algo cansado y, por otra parte, llevaba un referencias de un hotel cuyo



propietario era español, me detuve tan solo hasta la tarde, para poder decir misa y dormir unas horas. Efectivamente, el propietario de ese hotel era uno de esos simpáticos navarritos que, con otros vascos, llevaba muchos años allí trabajando. Me acomodó en una buena habitación y me fui a la Catedral a decir misa. Confundí en un principio la iglesia de los

Mormones con nuestra Catedral Católica, pero me llamó enseguida la atención que no estuviera abierta a las ocho de la mañana, hasta que allí mismo, en información, con todo respeto, me orientaron. Hay que reconocer que esa secta religiosa tiene una iglesia para su culto que exteriormente y a primera vista, no difiere de una de nuestras monumentales catedrales. Contiguo está lo que llaman el “Tabernáculo”, que es un espacioso auditorium cubierto con una inmensa techumbre que parece la concha de una tortuga. Posee uno de los órganos más grandes del mundo, y son famosos sus coros a voces mixtas. Nuestra Catedral católica es una magnífica iglesia de piedra labrada. Los vitrales del crucero son preciosos. Me atendieron gentilmente, dije la Santa Misa y de gracias al Señor por su Providencia. Pude ver bastante de la ciudad, pues lo mejor está precisamente por esta parte. El estado de Utah tiene también un magnífico Capitolio con su elegante cúpula. Vi igualmente el “Eagle Gate”, soberbio edificio que con el “Hotel Utah”, suntuosa construcción, se encuentran en la misma calle South Temple. Incomparablemente más modesto que éste, pero de ambiente netamente español, era el “Hogar Hotel”, donde descansé unas horas y después me sirvieron una succulenta comida. El Sr. Juan Landa, su dueño llamó a muchos de sus amigos, que todos eran vascos ya de alguna edad, quienes me acompañaron durante la sobremesa, interesándose por España, de la que hacía tantos años se hallaban ausentes. Un gesto muy español como aquel Sr. Landa, pues al pedirle la cuenta no me quiso cobrar ni un centavo, acompañándome al auto y dándome su tarjeta. La dirección es: Hogar Hotel, John Landa, Prop. 126 South, First West St. Salt Lake City, Utah.

Salí de Salt Lake City pasadas las cinco de la tarde por unos valles muy lindos, hasta que nos desviamos para continuar por gargantas bastante estrechas, que difícilmente se abrían camino paralelamente al ferrocarril, el río y nuestra carretera. El terreno continúa siendo pobre, montañoso. Dejando por fin al Estado de Utah y entrar en Wyoming, siendo la primera ciudad que tocamos Evaston, después Rock Springs, Rawlins, Laramie, ciudad bastante importante donde nos detuvimos unos minutos, viendo de paso la Abadía de San Mateo. En Wyoming también cruzamos parte del Parque Nacional Teton, donde la naturaleza es hermosa, sus escarpados picos a cuyo pie se extienden los lagos Jackson y Leigh, y en cuyas apacibles aguas se reflejan como en un espejo, etc. Hoy llegamos por último a Cheyenne, capital del Estado de Wyoming. Acá nos detuvimos como una hora frente a la estación del ferrocarril. Es un precioso edificio, todo de piedra labrada. Esta ciudad me gustó bastante. A las siete y media de la mañana nos dirigimos al estado de Nebraska; terreno llano entrecortado por onduladas lomitas; por acá vi correr a gran velocidad el hermoso “streamliner” tren Intercontinental. La primera ciudad que encontramos en Nebraska fue Sídney. Ciudad pequeña, yo más bien diría pueblo de campaña, pero a lo que a lo norteamericano; el terreno se continúa llano, como que estamos en la parte central, regada por el Mississippi-Missouri y sus grandes afluentes. Continuamos por North

Platte hasta llegar a Kearney, donde hicimos otra parada en una plaza, en cuyo centro se levanta un elegante monumento en memoria de los caídos durante 1861-65 y 1890-1900. Seguimos hasta la bonita ciudad de Gran Island, en las márgenes del río Platte, importante afluente del Missouri, y por último, llegamos al Lincoln, capital del Estado de Nebraska, con su magnífico Capitolio en un estilo parecido a la Municipalidad de Los Ángeles. Aun cuando políticamente Lincoln es la capital, Omaha, a orillas del caudaloso Missouri, es inmensamente superior, con una población de 300.000 habitantes, uno de los centros comerciales e industriales en productos agropecuarios más importantes del País Unido. El Hall de la estación de la Greyhound es magnífico, en forma de rotonda. A 11 millas tan solo de esta ciudad está el famoso colegio “La Ciudad de los Niños”, del insigne educacionista el Padre Flanagan. Hermosos y altos edificios de la Universidad Creighton, la dirección de los ferrocarriles Union Pacific, hermosos puentes sobre el Missouri, etc. A pesar de que estuvimos solo algo más de una hora, pude ver mucho de esta gran ciudad interior, que es cruce de caminos del Este al Oeste. Omaha fue la última ciudad de Nebraska, para llegar enseguida al Estado de Iowa, una vez cruzado el Missouri, siendo la capital Des Moines, que pasamos de noche para amanecer en Homestead, todo cubierto de nieve, aunque el día estaba espléndido. A las diez de la mañana llegamos a la bonita ciudad de Davenport, a orillas del Mississippi, que cruzamos por un magnífico puente. Paralelo a este pude ver tres más, todos de distinta estructura. Tiene la particularidad que el río sirve de límite en esa parte a los Estados de Iowa con Davenport y una orilla, y la ciudad de Rock Island en la otra, en el Estado de Illinois. Uno de los puentes que comunican estas dos ciudades tiene entre cada tramo unas compuertas en forma de rollos que sirven para elevar el nivel de las aguas a manera de dique, abasteciendo a los canales de riego y navegación. Antes de entrar en Davenport, vi el magnífico Colegio-Universidad de San Ambrosio. En pleno Estado de Illinois pasamos por Sterling y más tarde Dixon, a orillas del caudaloso Rock, afluente del Mississippi y que lo cruzamos también por otro magnífico puente. Esta ciudad fue la última que visitamos acercándonos a Chicago, que no tardó en presentar ya en lontananza la silueta de sus imponentes rascacielos. Eran las cuatro de la tarde en que, por el Roosevelt Road, casi 2 días completos después que dejé Salt Lake City, hacía la entrada en la ciudad de Chicago. Me hospedé en la Comunidad de los Padres Claretianos, Roosevelt Road, 813.

A pesar de lo largo del trayecto, no me sentí muy cansado, por lo variadísimo del panorama, las siempre nuevas emociones que se sienten conociendo ciudades de tan diferente fisonomía; téngase en cuenta que procuraba estar siempre en primera fila para apreciar detalles; además, todas las estaciones de servicio de la Greyhound están provistas de restaurantes donde el pasajero es atendido con todo esmero, y sobre todo al extranjero se le ayuda con una delicadeza inolvidable.

x-x-x

XV. En Chicago.

Durante todo el tiempo que estuve en California, salvo alguna que otra excepción de llovizna en la ciudad y nieve en las montañas, la temperatura no pudo ser mejor, y el sol brilló en un cielo espléndido que hacía olvidar el rigor de la estación invernal, al menos para mí. Aquello no me pareció invierno por su agradable temperatura, y eso que recorrí bastante del Estado. Pero en Chicago el panorama cambió por completo de decoración, lo mismo que en Buffalo y bastante en New York. En los pocos días que estuve en Chicago, tanto la lluvia como la nieve no cesaron de caer, y si a esto se añade el fuerte y frío viento del norte que azotaba con gran intensidad, llegó un momento que supuse iba a ser de todo punto imposible mi acceso a Williams Bay para conocer el Observatorio de Yerkes.

Me hospedé en la Comunidad de los Padres Claretianos, que está al frente de la Iglesia Nacional Española en Roosevelt Rd. 813. Me recibió con todo afecto el padre Tomás Mattin, rector y párroco, alma grande, celoso sacerdote y cuyo corazón de padre no reconoce categorías para ayudar al necesitado. Es una verdadera afluencia de pobres, que llaman todos los días a las puertas de la parroquia, en busca de la influencia y caridad del Padre Tomás, que a otro espíritu que no fuera de su temple acobardaría por completo. Inagotable son los recursos de su generoso corazón para ayudar a tanto necesitado. Difícilmente se sale de aquella casa sin que el bálsamo de la caridad cristiana dulcifique o al menos mitigue las penas. Todavía aquel buen Padre, en medio de tanta ocupación, encontró tiempo para acompañarme por la ciudad. En primer lugar, me llevó a visitar el hospital fundado por Santa Francisca Javier Cabrini. Estuvimos en la habitación donde murió la Santa, y deposité, según la costumbre de allí, en sobre cerrado mi petición, que se dejan todas en el mismo sillón donde exhaló sentada su último suspiro. Después me acompañó a conocer el Aquarium Shedd, famoso lugar y digno de verse, pues es muchísimo mayor que el Steinhart Aquarium de San Francisco, y con ejemplares rarísimos y sumamente variados de la fauna marina. El mismo Padre Tomás me insistió a que fuera contra mi temor por el frío que hacía, pues con razón suponía que esas cosas se ven pocas veces. Reconozco que el tiempo no me acompañó para apreciar bien esta formidable población, ya que lo que primero echaba en falta era el sol de California, al cual estaba tan acostumbrado. Sin embargo, recorrí la Avenida Michigan, estuve por las calles Walton, Wabash, Randolph, State, South Chicago, Wacker Drive, etc. Subí al alto edificio Palmolive hasta el 34 piso, divisando un gran panorama sobre el lago Michigan. Vi la hermosa fuente Buckingham, que en las noches de verano se ve realizada por una fantástica iluminación. Mucho me gustó la vieja Torre del agua, combinación de castillo medieval con faro portuario, el hotel Congreso, el Museo de Historia Natural. Visité también la Catedral, que me pareció algo chica, aunque muy preciosa. Igualmente menciono el edificio de la Ópera, Wrigley y Tribuna, el mercado, etc.

Sin duda alguna es Chicago una ciudad de enorme movimiento. Basta observar sus playas de ferrocarril, el canal que se interna por la ciudad, el subterráneo, el “elevated” (tren elevado que circula por las calles), las numerosas líneas de tranvía, ómnibus, taxis, etc. También visité a los familiares de mi gran amigo de Los Ángeles, Mr. Elvis Faith, quien me dio una carta de presentación, agradeciendo mucho mi visita.

El día 21 de febrero pude ir al Observatorio de Yerkes en Williams Bay, Estado de Wisconsin. En la empresa de ómnibus “Cardinal Lines”, acompañado del Padre Félix Monasterio, salimos hacia la ciudad Lake Geneva. El día estaba muy desapacible, con llovizna primero y después nieve. En esa ciudad tuvimos que cambiar de ómnibus hasta Williams Bay. En verano todo esto debe ser precioso y de mucho movimiento con Chicago, si bien con una tarde tan sombría no era posible apreciar muchos detalles. En Williams Bay hablé por teléfono con el Observatorio y felizmente el joven mexicano Sr. Münch Guido, que está por doctorarse, me atendió con toda amabilidad y vino a buscarme en su coche. La carta de recomendación que me entregó el Dr. Jorge Sahade, amigo particular de Guido, con quien estuvo aquí dos años estudiando, me facilitó grandemente la entrada. Esta fue la segunda vez que la influencia de tan distinguido astrónomo como es el Dr. Jorge Sahade, que forma parte del personal técnico del Observatorio de Córdoba, contribuyó como antes había sido en Mount Wilson a que se me permitiera sin inconveniente alguno recorrer este Observatorio, que en conjunto es el que más me gustó en sí, aunque por el clima y la situación me resultó inferior a los de California.

La idea de establecer un observatorio cerca de Chicago se debió al eminente profesor Dr. Hale, quien ya poseía su observatorio personal para la observación de fenómenos solares con un antejo refractor de 12 pulgadas. Con el fin de penetrar más detalladamente en su estructura,

solicitó un telescopio de dimensiones mucho mayores. El mismo profesor diseñó los planos para la construcción de un refractor de 40 pulgadas, o sea 1,02 metros de apertura, encontrando apoyo decisivo en el entonces Presidente de la Universidad de Chicago, Dr. Harper, y del riquísimo comerciante Charles Yerkes, quien se encargó de la financiación del mismo. En 1893 quedó terminado el trabajo, que fue exhibido en la Exposición Colombiana de Chicago y que tanto llamó la atención.

La construcción del edificio fue comenzada en 1895, y las primeras observaciones astronómicas con el telescopio completo fueron realizadas por el profesor Hale, quien fue nombrado primero Director, preparando un estudio científico delineado por el mismo. En 1904 renunció a este cargo al verse obligado a aceptar la dirección del nuevo Observatorio solar en Mount Wilson de la institución Carnegie de Washington.



Aun cuando el Observatorio depende de la Universidad de Chicago, para asegurar el éxito de las observaciones, no hubo más remedio que alejarlo de la ciudad que, por el humo, polvo, trepidación, por su enorme movimiento, gran iluminación de su cielo, etc., pudiera molestar trabajos tan delicados, que precisan el máximo de la quietud y concentración de espíritu; pero su distancia, si es que

tenía que depender de ella, tampoco debiera pasar de 100 millas, y así se eligió un lugar próximo al lago Geneva, a 76 millas de Chicago (unos 125 km), que reúne las mejores condiciones.

El profesor Hale visitó los grandes observatorios de América y Europa y reunió todas las útiles sugerencias del Observatorio de Lick y del Astrofísico de Potsdam en Alemania. El estilo del edificio es romanesco, recargado construido con ladrillo romano y en juegos con adornos de terracota. Tiene la forma de una cruz con las tres Torres y la habitación meridiano en las extremidades. Su eje principal está situado de Este a Oeste, teniendo una longitud de 110 metros aproximadamente, ocupando la gran torre el Oeste. Las dos grandes torres menores ocupan los extremos del otro eje en Dirección Norte Sur, con 48 metros de distancia entre sus centros.

La característica de este Observatorio sin duda alguna reside en su poderoso antejo refractor, superior al de Lick. Tiene una apertura de 1,02 metros y 21 metros de longitud. Consta de dos piezas de vidrio separadas, de las cuales la primera es de vidrio “crown”, es decir, de bajo coeficiente de refracción, o sea un menisco convergente, teniendo en su centro un espesor de dos pulgadas y media, disminuyendo gradualmente hasta los bordes. La segunda de vidrio “Flint”, es decir, de alto coeficiente de refracción, está separada de la primera ocho pulgadas dentro del tubo y tiene un espesor de dos pulgadas. Se hicieron estas lentes lo más delgadas posible para reducir la absorción de la luz en el vidrio. El modelado de estos meniscos fue de una curvatura como para atraer los paralelos rayos de la luz de las estrellas a un foco situado a 20,60 metros.

La virtualidad del gran telescopio radica en su gran poder captador de luz, que está definido por la apertura de la lente, y su aumento definido por la distancia focal. El primero es aproximadamente 35.000 veces superior al del ojo, y el segundo, teóricamente al menos, es de 4000 diámetros. En las condiciones ordinarias atmosféricas, raras veces excede de los 1000 diámetros. El poder de “disolver” del telescopio es tal que dos estrellas separadas con un ángulo de desviación de un décimo de segundo, su distancia angular fácilmente puede ser calculada, lo

cual equivale, como estudiamos en Cosmografía, a apreciar los focos de luz delanteros de un automóvil a una distancia de 1300 km. Las angulaciones más pequeñas medidas sobre fotografías tomadas con este telescopio corresponden a un centésimo de segundo, que también corresponden a la aproximación de esos focos a 13000 km de distancia.

El telescopio descansa sobre una torre de hierro fundido, estando el centro del movimiento del telescopio a unos 20 metros sobre el suelo. Puede ser balanceado de una posición a otra directamente con la mano, no obstante pesar 20 toneladas. Yo mismo lo experimenté. Sin embargo, para movimientos sumamente sensibles, por ejemplo en los trabajos espectrográficos y fotográficos, hay motores especiales que facilitan las posiciones que se deseen con la mayor precisión. Igualmente está provisto de grandes círculos con buenos caracteres para su rápida lectura, como también de aparato de relojería que hace mover el antejo con movimiento sincrónico al aparente de la esfera celeste.

La cúpula tiene un diámetro de 30 metros de ancho, lo cual facilita el acoplamiento al extremo del telescopio de espectroscopios y otros aparatos. Gira sobre 26 ruedas bajo la acción de un motor eléctrico, pudiendo dar una vuelta completa en menos de cinco minutos. El piso se puede subir y bajar con facilidad a pesar de sus 38 toneladas de peso y en un recorrido de casi 8 metros de altura. Se necesita esta diferencia de altura, evidentemente, cuando el astro alcanza su máxima culminación, es decir, en su posición cenital. El ambiente de la torre nunca está calentado, para evitar las corrientes a través de las grandes aberturas de observación. Otros accesorios se emplean en conexión con el refractor: un micrómetro filar adherido al ocular, que ayuda a medir la distancia angular en casi todas las observaciones visuales. Un tipo especial de interferómetro permanente que ayuda a medir los diámetros aparentes de las estrellas, y con el cual se confirmó la duplicidad de la brillante estrella Capella, Alfa de la constelación Cochero. La cámara fotográfica, espectrográfica y espectroliógrafos.

La torre del sudeste es de 10 metros de diámetro. Contiene un magnífico telescopio refractor de 60 cm, tan poderoso como el refractor para ciertas observaciones en estrellas de débil brillo.

En la torre noreste trabaja un ecuatorial de 30 cm de abertura, el cual fue donado junto con otros aparatos valiosos al Observatorio por el Dr. Hale. El ecuatorial tiene dos objetivos, uno para el trabajo visual y el otro para fotografía directa del Sol, espectros estelares, etc. Igualmente pueden verse barómetros, barógrafos, espectrohelioscopio para observaciones solares en luz monocromática.

Este Observatorio posee también un microscopio especial, el comparador micrométrico, con el que dos negativos pueden ser examinados a la vez o en rápida sucesión, de suerte que cualquier cambio en posición, tamaño o intensidad de la imagen es apreciable a la vista.

De un modo especial se dedica a medidas micrométricas, observaciones espectrográficas, paralajes, fotometría, etc.

Solamente una enseñanza astronómica gradual es concedida en este Observatorio. Los que aspiran a doctorarse en Ciencias Físicas deben trabajar aquí al menos durante seis meses. Debido a la premura del tiempo, la observación particular está completamente prohibida. El tiempo de visita es de junio a septiembre, y en el resto del año solo por la mañana. Gracias, como he dicho, al Sr. Guido, en atención a la recomendación que llevaba, pude entrar por la tarde. Son 15000 los visitantes que acuden a este importante centro de cultura cosmográfica.

Anexionado este observatorio, pero en el Estado de Texas, está el Observatorio de McDonald, cuyo principal aparato es un grandioso telescopio reflector de 2,05 metros de diámetro. Está situado a una altura de 2300 metros sobre el nivel del mar, en el Monte Locke, como a 300 km

de El Paso. El Director de Observatorio de Yerkes es también del Observatorio de McDonald, y la Universidad de Chicago provee del material científico a ambos observatorios. Los astrónomos de Yerkes tienen la ventaja de usar el telescopio reflector. Este arreglo los capacita de poder mantener la investigación orillando los inconvenientes de cada aparato, pues los reflectores son perfectamente acromáticos y se prestan mejor a la fotografía, y, en cambio los refractores gozan de una mayor distancia focal, que les permite con más eficacia penetrar el cosmos y descubrir mundos desconocidos.

El telescopio reflector McDonald está diseñado particularmente para observaciones espectroscópicas de estrellas, cometas y planetas, y para observaciones fotográficas y fotoeléctricas de nebulosas.

Antes de marcharme de aquel precioso Observatorio que, en conjunto, repito, fue el que más me gustó, el Sr. Guido me obsequió con hermosos folletos ilustrados que me han ayudado en la composición de este artículo. Es digno en verdad de ser visitado, pero con buen tiempo. No es de extrañar que limiten la temporada y circunstancias de visitas.

El Sr. Guido me llevó de vuelta a Williams Bay, donde volvimos a tomar el ómnibus para llegar a Chicago a la noche, gustándome su espléndida iluminación.

XVI. Con los Padres Escolapios de Hungría y Polonia en Buffalo.

A pocos días estuve en Chicago con aquellos buenos Padres Claretianos. agradeciendo las atenciones de todos ellos, de un modo particular al Padre Félix Monasterio, compañero de viaje al Observatorio de Yerkes, y principalmente al padre Tomás Mattin, cuya cariñosa hospitalidad jamás olvidaré.

Me despedí, pues, de todos los Padres, y con rumbo a Buffalo, tomé el ómnibus de la Greyhound, conociendo nuevos espacios de la ciudad de Chicago a la salida. La primera parada fue en South Bend, a orillas del Río San José, en el Estado de Indiana. Es una bonita ciudad de más de 100.000 habitantes. Mucha de su importancia la debe a la gran Universidad Católica de Nuestra Señora de Lourdes, situada a tres km. En uno de los recuerdos que compré en South Bend se habla de este centro de instrucción. Y por lo que me he enterado, aquello parece, más que Universidad, un verdadero pueblo, con magníficos pabellones, una hermosa iglesia de estilo gótico dedicada al Corazón de Jesús, espléndida biblioteca con 600.000 volúmenes, un grandioso estadium para 60.000 personas, etc. También contiguo a South Bend está otro importante colegio católico para señoritas, dirigido por las Hermanas de la Santa Cruz. De South Beach nos dirigimos a la importante ciudad de Toledo, a orillas del lago Erie, en el Estado de Ohio. Es gran centro industrial de mucho movimiento y elegante edificación. En esta ciudad tenía años pasados un gran amigo filatelista, con quien me carteaba frecuentemente. De Toledo cruzando un hermoso puente colgante. Seguimos viaje a Cleveland, a donde llegamos después de dos horas. Muy pronto se da uno cuenta, a pesar de que por estudio algo conocía, del enorme movimiento que debe haber en Cleveland. Como dijo un geógrafo, "Cleveland nació grande". Buques cargados de mineral en bruto a través de los lagos llegan a los altos hornos, que son alimentados por el carbón, que en interminables trenes procede de la vecina Pensilvania. A lo largo de varias líneas de ferrocarril que penetran la ciudad, álzanse cientos de fábricas que elaboran toda clase de trabajos de hierro y acero. Esto en cuanto a la gran industria, porque en la industria manufacturera no tiene límites la variedad de sus productos. Al pasar por el "High level bridge" de doble piso, se ve esta ciudad en toda su magnitud: el hermoso grupo de la "Union Terminal Tower" con sus 52 pisos, la magnífica plaza pública con sus jardines rodeados de altas construcciones, el auditorium, el edificio de correos, la Municipalidad, el Consejo de Educación. Otra cosa que me llamó la atención, y que se ve en muchas ciudades, es la gran variedad de

fuentes para elevar el camino donde existe mucha circulación. De esta suerte, aún entre los puntos más distantes su distancia queda muy recortada.

De esta grandiosa ciudad, donde nos detuvimos bastante tiempo, salimos para Bufffalo, a donde llegué por la mañana, marchándome inmediatamente a saludar al Padre José Bátori, que entonces hacía de Rector y cuya residencia era la parroquia de Santo Tomás de Aquino, 450 Abbot Rd. Con todo cariño recuerdo a este buen Padre Escolapio de Hungría, que habla bastante español; se interesó por mi persona con verdadero afecto fraternal, como decía a aquellos Padres de la Parroquia: "This Spanish Father is a Father of my Qrder". Dije misa en esta Parroquia y después de desayunar me llevó al "Father Baker's Home", que es una hermosa institución fundada por el padre Baker. Consta de dos orfanatrofios, una gran casa de residencia, una escuela y una magnífica Basílica dedicada a Nuestra Señora de la Victoria. Repito que es una iglesia magnífica, donde existe un verdadero derroche de mármol. En el frente hay dos salientes en forma de semicírculo con sus columnas especie de pérgola, y que rematan en unas esculturas preciosas que representan ángeles conduciendo a los hombres al cielo. La fachada tiene esculturas suntuosas, también en mármol. En el interior hay un vía crucis que cada estación puede formar un altar por lo grande que es. Y todos de finísimo mármol. El decorado, de muy buen gusto. Se ve que es una iglesia en la que no se ha reparado en gastos. El padre Bátori me presentó al padre Francisco Senye, que habla y entiende bien el español. Ahora ya no reside en esta parroquia, ha sido trasladado a la ciudad de Kermore 17 N.Y. 2924 Delaware Av. y al Padre Miguel Palotai, gran músico. El Padre Francisco Senye es el que me acompañó por todas partes, pues los demás, por el cargo de teniente-cura sus obligaciones impedían alejarse de sus parroquias respectivas. Los conocí a todos personalmente: Padre Esteban Senye, 60 Hotel Av., Iglesia de San Juan Bautista. Me invitó a cenar en compañía del párroco, que es un sacerdote joven; el padre Juan Savary, que residen en Niagara Falls, parroquia de San José, 1413 Pine Av., el Padre Enrique Miszkurka, 253 Ridege Rd. Lackawanna Cabana, New York, parroquia de San Jacinto. Padre Tesla Nauc 251 Rich Road, lackawanna, N.Y., Parroquia de San Jacinto, Padre Ceslao Numowitz, 251 Ridge Rd., Lackawanna N.Y. Parroquia de Santa Bárbara. Estos dos últimos padres polacos. Padre Laszlo, Torontalli, 18. Walker St. Buffalo, N. Y., Parroquia de San Nicolás. Todos ellos hablan bastante español, de modo que pasé unos días sumamente gratos en su compañía. Todos deseando que sople viento favorable para seguir empuñando el timón del bajel calasancio. A todos estos simpatiquísimos escolapios hay que añadir el Padre Szabo, párroco de la Iglesia de la Asunción, Stilawanna St., Lackawanna. N.Y. Este padre no es escolapio por profesión religiosa, pero nos quiere sinceramente de corazón y apoya todas las actividades de los Padres. Yo me hospedaba en su casa, pudiendo observar el inmenso aprecio y la gran familiaridad con que aquel buen Padre Szabo trataba a los Padres, pues también sabe húngaro. Un día nos sacó a pasear en su coche y, entre otras cosas, me llamó la atención que las aguas del lago Erie estaban completamente heladas, y los buques aprisionados en el hielo.

Cuatro días estuve tan solo en Buffalo, recibiendo de aquella avanzada escolapia demostraciones de cariño y simpatía que jamás olvidaré. Aunque no vivían por las circunstancias en comunidad, todas las semanas se reúnen para discutir el asunto principal que todos anhelan; oír las orientaciones del Padre General, quien, les escribe con mucha frecuencia, y sobre todo mantener la unión y solidaridad escolapias, que si el ideal supremo del religioso es asegurar su salvación en el troquel sublime de la caridad calasancia, que moldeó a nuestro glorioso fundador con golpes de amor divino, nada más adecuado que respirar ese ambiente de mutua compenetración de ideas para afrontar después los futuras peligros.

El día 26, acompañado del padre Francisco Senye, fui a las cataratas del Niágara. Aun cuando hacía mucho frío, se presentó un día de bastante visibilidad. Junto a las cataratas se va levantando la progresista ciudad de Niagara Falls, de un porvenir enorme. Nos acercamos hasta el mismo borde de las cataratas, pues hay una barandilla para facilitar el acceso y prevenir casos fatales. El aspecto no puede ser más imponente; aquella gran masa de agua precipitándose en el espacio con un ruido ensordecedor. El Estado ha realizado obras secundarias para que el público aprecie mejor esa obra maestra de la naturaleza. Ha construido un ascensor a fin de llegar al mismo pie de las cataratas y después se puede visitar lo que llaman “la cueva de los vientos”, que es el espacio comprendido entre la pared y la cortina de agua; naturalmente que esto solo es posible en verano. Intentamos cruzar el puente internacional con el Canadá,



llegando hasta la mitad, pues el fuerte viento era sumamente molesto. Frente mismo a las cataratas antes de la caída, hay una isla con tupidos bosques que dividen al río Niágara en los brazos., “La herradura de caballo” correspondiente al Canadá y el contiguo al País Unido. A ambos lados del río se han abierto sendos canales para surtir de agua a dos poderosas centrales que abastecen de fluido eléctrico. Comimos después en un restaurante, y a continuación nos sacamos una foto como recuerdo de tan lindo paseo. Nos volvimos después a Buffalo por la carretera que corre paralela al río Niágara, y después me encontré con los padres polacos, quienes me acompañaron hasta la parroquia del Padre José Bátori para despedirnos, y después me invitaron a cenar en el restaurante Lackawanna. Nuevamente allí me despedí de todos ellos para tomar el ómnibus de vuelta hasta New York.

El resumen, fue sumamente grata mi estada en esa, como que vivía con mis hermanos en religión, cuya amistad aún sigo cultivando por medio del padre Francisco Senye, que ahora lo han cambiado al nuevo domicilio que antes cité.

En Buffalo tuve la oportunidad de conocer personalmente una amistad que solo existía por carta. Se trata de una familia católica cuya hija mayor se encuentra paralítica, y que, para solucionar los momentos de la vida contra la ociosidad, ha recurrido a ese inocente hobby filatélico. Yo les había prometido mi visita, pero sintieron que el tiempo no me acompañara, lo mismo por el frío como por la nieve. Antes de irme me pidieron la bendición. Su residencia es Michigan Av. 1467, Miss Geraldine Perkins.

A las cuatro de la tarde salí de Buffalo en el ómnibus de la Greyhound. Me acompañó a la estación el Padre Francisco Senye, de quien fue el último que me despedí, y que mientras estuve en esa, apenas si me dejó un momento.

El trayecto de Buffalo a New York, pintoresco. La única estación de parada de importancia el timos fue en Scraton, casi a mitad de camino hasta la última ciudad de mi largo trayecto. Llegué a las seis de la mañana el día 28 de febrero, después de 20 días de viaje desde Los Ángeles.

No cabe duda que un trayecto tan largo resulta a primera vista cansador, haciéndolo en ómnibus. Pero hay que tener en cuenta que, siendo tan variado el panorama que en el trayecto se divisa, las mismas comodidades de la compañía, el gran número de paradas, pudiendo ser estas arbitrarias, ya por el periodo de duración que ofrece la compañía de dos meses, en cuyo

tiempo se puede detener donde y cuando guste... compensa su larga duración. Otra ventaja que ofrece la compañía es en cuanto al equipaje. En todas las estaciones hay unos compartimentos de hierro con sus respectivas puertecitas, y de tal manera construidas que depositando tan solo 10 centavos o 25 centavos, según sea el tamaño de la valija, se cierra con una llave especial que uno mismo la lleva consigo sin necesidad de molestar a nadie. También en lugar de hacer esta operación se puede mandar el equipaje por adelantado y sin recargo alguno, con solo mostrar el billete, y es conducido a destino con todo el tiempo de antelación que se desee. Esto resulta muy cómodo, como se comprenderá, llevándose tan solo el mínimo y ligero maletín para lo más imprescindible. En suma, que fue un paseo a través del continente norteamericano lleno de recuerdos y de emociones.

X-X-X

XVII. New York, Buenos Aires.

A las seis de la mañana del día 28 de febrero llegué a New York en el ómnibus de la Greyhound, e inmediatamente me fui a la Comunidad de los Padres Agustinos Asuncionistas, situados en 624 W – 156 St. Esta Reverenda Comunidad estaba formada por el Padre Crescent Armanet, que era el Superior, y los Rdos. Padres Adrián, Lambert, Bernard, Román y tres Hermanos. Atienden la Iglesia Nacional Española de Nuestra Señora de la Esperanza. El cuidado espiritual de la iglesia está confiado al R.P. Adrián Buisson, con el cargo de párroco, que lo viene desempeñando desde el año 1912 hasta el presente. A este buen Padre le escribí desde Los Ángeles y aún conservo su cariñosa contestación. Todos ellos me hablaban mucho de San José de Calasanz, cuya vida por Timón David observé que figuraba en uno de los anaqueles de la biblioteca. En el año 1937 el Padre Adrián celebró las bodas de oro sacerdotales, y a pesar de sus años, sigue tan fuerte guiando por el sendero de la vida cristiana esa porción del rebaño de Cristo. En esta Comunidad estuve los últimos nueve días de mi permanencia en Norte América y me siento muy feliz de haberme vinculado, pues he recibido varias cartas del padre Crescent Armanet contestando a mis pobres líneas de gratitud. En esta iglesia decía la Santa Misa todos los días, en el altar



dedicado a San José Esposo, consistente en una valiosa pintura del Santo realizada por nuestro insigne pintor valenciano Joaquín Sorolla. Mucho me gustó el ambiente de vida familiar de aquella Comunidad religiosa, tan sencilla como buena, y los gratos recuerdos que tengo, hondas raíces han echado en mi alma.

Desde allí hablé por teléfono a mi antiguo amigo y hermano en religión, el Padre Antonio Rivarés, a quien fui a visitar, y dentro de sus posibilidades de tiempo de estudio me acompañó a conocer la ciudad. Vi la hermosa Catedral de San Patricio, el suntuoso edificio de Historia Natural, donde fácilmente se pueden pasar días y días descubriendo siempre novedades de estudio; la gran biblioteca pública sobre la Quinta. Avenida, el Mausoleo del General Grant, la gran Catedral de San Juan el Divino, la iglesia de la Trinidad. Subí al Observatorio del Rockefeller Center, al Empire State Building y a la Estatua de la Libertad. Nunca me pude imaginar las enormes proporciones de ese monumento. Hasta el pie de la estatua hay un ascensor para salvar los primeros 50

metros de altura ,y después, por una escalera doble de caracol se sube hasta la cabeza, donde cómodamente caben 40 personas. El punto de observación es a través de la frente. La longitud del brazo derecho que sostiene la antorcha es de 14 metros. Dentro de la antorcha caben hasta 12 personas. El largo de la nariz es de 1,50; la anchura de la boca es de 1 metro; la altura en total, desde el suelo hasta donde termina la antorcha, es de 101 metros. Para llegar a la isla donde está la estatua hay que tomar un vaporcito que sale cada hora desde Wall Street.

El Empire State Building, situado en la calle 34 y Quinta Avenida, tiene 102 pisos y una altura de 416 M. Desde este lugar, como el Rockefeller Center, se divisa lo principal de la ciudad, parques, fuentes, ambos brazos del río, etc. Estuve también en el Planetarium Heyden, contiguo al gran Parque Central en el oeste; es lástima que no tenga la vista tan linda como el de Los Ángeles. Claro que en el fondo son iguales, pero en conjunto me gustó más el de Los Ángeles. Igualmente visite la Universidad de Fordham, que es un conjunto de edificios distribuidos según la especialidad. Está regentada por los Padres Jesuitas. Como institución privada católica, quizá sea la mejor de Norteamérica. Conocí su biblioteca, el auditorium, etc. Asisten unos 12000 alumnos. Cambié impresiones con el Padre Alfonso Quintana, colombiano, quien me dijo que acababa de conocer el tan popular profesor argentino Ingeniero Cabrera, autor de varias obras de matemáticas, que nuestro que nuestros alumnos estudian en este país de Sudamérica.

El día 4 por la mañana me fui a visitar la ciudad de Washington. Tomé el tren en la estación de Pensilvania. Vasto edificio, donde afluye un mundo de movimiento que hace perder la cabeza hasta ponerse al tanto. Cruza el tren desde el mismo centro de la gran isla Manhattan hasta salir fuera de la ciudad un interminable túnel. A la salida se ve un larguísimo puente a la izquierda y en el que algunos de sus tramos pueden girar para dar paso a las embarcaciones. Como quería conocer también Filadelfia, tomé billete de ida y vuelta para bajarme en esa ciudad. Pasé por las importantes ciudades de Newark, Trenton, Filadelfia, Wilmington y Baltimore. El paisaje precioso, pues corre el tren a lo largo de la Bahía de Chesapeake, donde se cruzan desembocaduras de ríos de distintas categorías con su variedad de puentes. Me llamó la atención que en el lugar llamado "Havre Grace", el puente que cruzamos tenía a la par dos más paralelos con sus enormes tinglados de hierro. Algunas de esas ciudades son apreciables desde el mismo tren, pues gran parte de la ciudad se extiende a la vera de la vía. Antes de llegar a Washington, hay vastas extensiones de tupidos bosques.

La estación de Washington es espaciosa y de muy buen gusto. A grandes rasgos diré que esa ciudad es, según mi manera de ver, única en su clase en Norte América por su fisonomía. Limpia como una taza de plata, allí no se ve ni un hilo de telégrafo, teléfono, cable de tranvía, pues está en medio de los rieles en un tercer riel abierto, etc., siendo su cielo y ambiente completamente despejado. Como es la capital del Estado Unido, allí están sus Ministerios, que son magníficos palacios de inmensas proporciones; la Biblioteca, la Suprema Corte, el Departamento del Tesoro, el Capitolio. Imposible imaginarse un edificio de esa clase tan grandioso y al mismo tiempo de tan refinado gusto. El Hall, que corresponde a la cúpula, es una inmensa rotonda donde hay en sus paredes magníficas pinturas que responden a pasajes de la historia de ese pueblo; hay también otras rotondas de menores dimensiones y en las que figuran hombres ilustres de sus tierras que se distinguieron por la ayuda que prestaron, entre ellos el Jesuita Padre Marquette, explorador del Mississippi-Missouri, y nuestro inmortal paisano, el insigne Junípero Serra. Ambos tienen allí su hermosa estatua de tamaño natural, ofrecida por los respectivos Estados de Wisconsin y California. En este edificio todo es grande, simbolizando perfectamente la patria.

Otra cosa que también me llamó la atención fue el obelisco levantado en memoria de Washington. Tiene una altura de 92 metros, y con un gran ascensor se sube hasta su punto más

alto, donde en los cuatro puntos cardinales hay amplias ventanas de observación y desde las que se alcanza a divisar la mayor parte de la ciudad y alrededores: todos los puentes sobre el río Potomac, los parques, los lagos artificiales, los ministerios, la Casa Blanca, el Departamento de Energía Atómica, etc. etc. Como no era más que una noche de permanencia en esa ciudad, me fui a un hotel que estaba situada al lado de la estación y de la Iglesia de San José, donde al día siguiente, que era domingo 5 de marzo, pude decir tranquilamente la Santa Misa y tomar el tren de vuelta para New York, pero quedándome unas horas en Filadelfia. Así lo hice.

Salí de Washington a las ocho de la mañana y a las diez llegaba a Filadelfia, donde la Providencia del Señor salió a mi paso. Resulta que, lo mismo que en Washington, quise contratar un taxi por dos horas, pues me cobró muy barato y además despacio y en clarísimo inglés, que entendí en su mayor parte, me explicaba todo; pero el taxista de Filadelfia me dijo que me cobraría lo que marcará el taxi. Le contesté que perdonara por Dios. Seguí más adelante y tropecé con un joven a quien le pregunté qué todavía me llevaría a la “Casa de la Independencia” para ver La histórica campana. Entonces el joven se prestó para acompañarme. Vi, pues, lo que ellos llaman el “Independence Hall”, tal como era en ese histórico momento; la campana que está rajada y guardada con patriótico sentimiento. Aquella residencia está llena de recuerdos sumamente apreciados para todo norteamericano. Entre otras cosas, leí el auténtico pergamino firmado por los primeros próceres, donde consta el acta de la Independencia, etc. Me dijo el joven que esperar allí unos minutos y que después volvería. Efectivamente, al cuarto de hora volvió y entonces recorrí la ciudad en su compañía. Le invité a comer en un restaurante, que no quiso aceptar a pesar de mi insistencia, pero tuvo la gentileza de volver a la hora convenida. Fuimos después a la Municipalidad, suntuoso edificio en cuyo interior hay un gran patio y en cuyo centro figura un hermoso rosetón que es el centro de la ciudad, y desde el cual, a través de cuatro arcos en que se abren las paredes, se divisaba la ciudad por las calles Broadway y Market. Frente al Instituto de Tecnología Benjamin Franklin hay una espaciosa plaza rodeada de altas construcciones, y a la izquierda se ve el esqueleto del otrora avión con que el aviador Lindbergh cruzó por primera vez el Atlántico de un solo vuelo.

Después de seguir conociendo la ciudad, me acompañó por último hasta la estación de Pensilvania para proseguir el viaje hasta New York. Ignoro la religión a la que pertenece el joven, pero no puedo olvidar su gentileza, pues desde que nos saludamos hasta que tomé el tren no me ha abandonó fuera del momento de la comida. Su nombre es como sigue: Jack W. Burkhardt, 1247. Shackamaxon St. Filadelfia. 25 Pa. Por supuesto que al llegar a Córdoba le escribí dándole las gracias por sus atenciones. Estuvimos conversando delante de la estación, y lo que uno veía en el ínterin “le daba la sensación como pretender solucionar el movimiento continuo”. Y es que en tan reducido espacio se veían circular tantos y tan variados vehículos a la vez, porque por un lado el continuo ir y venir de tranvías y autos; encima estaba el tren elevado; al mismo tiempo se oían las trepidaciones del suelo debido al tren subterráneo; frente estaba un canal al lado de fábricas, con el consabido movimiento de barcazas y remolcadores; a la derecha, varias líneas de ferrocarril en doble piso en puente, que hacían el viaje entre New York y Washington. Y como si esto fuera poco, aún se veían a poca altura aviones en su recorrido ordinario. Repito que en mi vida he visto tanto y tan variado movimiento a la vez.

Y llegó el día 9 de marzo, último de mi permanencia en Estados Unidos. La hora de salida del avión del aeródromo La Guardia era a las nueve y media. A las ocho debíamos presentarnos en la Oficina Central. Allí vino para acompañarme hasta el aeropuerto el Padre Rivarés, con quien cené antes, despidiéndome después hasta...

El avión era un cuatrimotor para 53 pasajeros más, solo íbamos 7, pero llevaba 31000 kg de carga y unos 7000 litros de gasolina, según me enteré después. Despegó a las nueve y cuarenta minutos de la noche y volamos por encima de New York nocturno, reconociendo los puntos más importantes por su iluminación. Y así hicimos el vuelo de noche hasta San Juan de Puerto Rico, donde llegamos a las siete y media de la mañana en un vuelo magnífico. En Puerto Rico cambiamos de avión, otro cuatrimotor, y llegamos a la hermosa isla de Trinidad a las doce, donde fuimos a comer a un hotel en el interior de la isla. De Trinidad alzamos vuelo para la Guayana Inglesa, después la Holandesa y a continuación la Francesa, observando las inmensas selvas de aquellos lugares. De Cayena, capital de la Guayana Francesa, seguimos hasta Belem, a orillas del Amazonas, primera ciudad brasileña, donde presentamos nuestros pasaportes. De Belem a Río de Janeiro. Fue el trayecto más largo, pues salimos a las nueve de la noche y tocamos tierra a las ocho de la mañana siguiente. Casi fue el mejor trayecto de vuelo, que lo pasé durmiendo toda la noche. En Río de Janeiro subieron muchos pasajeros argentinos, y en tres horas de vuelo llegamos a San Pablo. Aquí nos detuvimos diez horas debido a una falla del motor; en el entretanto vino a este aeropuerto Monseñor Juan Lauriano, Vicario General de la diócesis de Ribeirao Preto, y lo saludé presentándome personalmente, después; llamó a sus sobrinos y en su auto me llevó a pasear por la ciudad de San Pablo, que conocí hacía diez años y observé el enorme progreso en todo ese tiempo. Después me llevaron a visitar el serpentario de Butantam, que también conocía, invitándome a continuación a tomar un refresco en la casa de sus sobrinos, Pues el calor era bastante sofocante; de modo que la falla del motor del avión me reportó este otro lindo paseo. Me dio el Señor Vicario su tarjeta y yo le di igualmente la mía, quedando muy agradecido a su amabilidad. Este aeropuerto es quizás, según me indicaron, el tercero del mundo, pues cada día hay un movimiento de 200 aviones; en el tiempo que yo estuve, ello era un continuo entrar y salir de máquinas.

Finalmente, a las nueve de la noche alzamos vuelo para Río Grande del Sur, después Montevideo y por último Buenos Aires, donde llegue a las dos de la mañana del 12 de marzo, dando gracias al Señor por tan feliz viaje.